

A vibrant illustration of a young boy with blonde, wavy hair, wearing a light blue button-down shirt. He is holding a black horizontal bar with both hands, looking upwards with a slight smile. The background consists of stylized green hills under a yellow sky, framed by a yellow border.

AVENTURA *en el* CIRCO

Erud
Bluton

Lectulandia

Los niños están nuevamente de vacaciones y un nuevo personaje les acompañará en sus vacaciones, Gustavo Bermelievo, natural de Tauri-Hessia, quien esconde un secreto y precisamente por ese mismo secreto, los niños realizarán un viaje inesperado e involuntario a Tauri-Hessia, donde se alojarán en un circo.

Lectulandia

Enid Blyton

Aventura en el Circo

Aventura - 07

ePub r1.1

Titivillus 30.07.15

Título original: *The Circus of Adventure*
Enid Blyton, 1952
Traducción: Guillermo López Hipkiss
Ilustraciones: Stuart Tresilian

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

Introducción



Queridos niños y niñas:

He de escribiros esta vez una introducción más larga de lo que suelo acostumbrar.

Era mi propósito dar fin a esta serie de Aventuras con mi sexto libro, titulado **Aventura en el Barco**. En dicha obra, Bill Cunningham —amigo y compañero de aventuras de los cuatro niños Jack, Jorge, Dolly y Lucy— se casó con la señora Mannering, madre de Jorge y de Dolly, que se convirtió así en la señora de Cunningham. Recordaréis que Jack y Lucy, huérfanos de padre y madre consideraban a la madre de Jorge y Dolly como tía suya llamándola tía Allie.

Ahora, en este séptimo libro, descubriréis, claro está, que a la señora Mannering se le llama señora Cunningham, por ser esposa de Bill. A Bill se le llama, como siempre, Bill a secas. Los cuatro niños, Bill y su esposa constituyen una familia magnífica. Habréis leído de qué manera llegaron a conocer a Bill en el primer libro de todos, **Aventura en la Isla**.

La culpa de que tuviese que continuar esta serie después de haber tomado la decisión de acabarla, la tenéis vosotros, niños y niñas lectores. Pensasteis, y con razón, que ahora que Bill y la señora Mannering se habían casado y que todo quedaba dispuesto para un feliz desenlace, la serie había tocado a su fin, y os horrorizasteis de tal manera al pensar que podría no haber más aventuras con Jack y «Kiki», Jorge, Dolly y Lucy, que me anegasteis en un diluvio de centenares, creo que podría decir millares de cartas, ordenándome, suplicándome que escribiera otra Aventura. No procedían las misivas tan sólo de niños de la Gran Bretaña, sino de australianos, neozelandeses, sudafricanos y africanos orientales, americanos y hasta niños de otros países, tales como Alemania, donde se publican las Aventuras, traducidas a su idioma.

Bien pues: he accedido a vuestra petición. Aquí está el séptimo libro, **Aventura en el Circo**, escrito para vosotros con verdadero encanto por mi parte. ¡Quiera Dios que os guste! Los libros anteriores se titulan:

AVENTURA EN LA ISLA

AVENTURA EN EL CASTILLO
AVENTURA EN EL VALLE
AVENTURA EN EL MAR
AVENTURA EN LA MONTAÑA
AVENTURA EN EL BARCO

Os desea muy buena suerte a todos,

Enid Blyton
=

Capítulo Primero.

Las vacaciones

La tranquilidad había desaparecido ya de la casa. Los cuatro niños se hallaban de vuelta del colegio y estaban metiendo en aquellos instantes los baúles, gritándose los unos a los otros. El loro «Kiki», ni que decir tiene, tomó parte en la algazara, dando penetrantes chillidos.

—¡Tía Allie! ¡Estamos de vuelta! —gritó Jack—. ¡Cállate «Kiki»! ¡Apenas consigo oírme chillar a mí mismo!

—¡Mamá! ¿Dónde estás? —llamó Dolly—. ¡Hemos vuelto ya!

La madre acudió apresuradamente, todo sonrisas.

—¡Dolly! ¡Jorge! No os esperaba tan pronto. ¡Caramba, Lucy, cómo has crecido! Y, Jorge, ¡pareces estar reventando de salud!

—Pues no comprendo el motivo —rió el niño, dándole un fuerte abrazo a la señora Cunningham—. La comida del colegio es tan horrible que ¡jamás pruebo bocado!

—¡El cuento de siempre! —dijo la madre, sonriendo—. ¡Hola, «Kiki»! ¡Saluda, por lo menos!

—¿Cómo está usted? —murmuró el loro, con voz solemne, tendiéndole la pata izquierda, como para estrecharle la mano.

—Una habilidad nueva —observó Jack—; pero te equivocaste de pata, lorito. ¿No sabes distinguir entre la derecha y la izquierda?

—Derecha, izquierda, derecha, izquierda, derecha, izquierda —dijo «Kiki» al punto, empezando a marcar el paso con singular acierto—. Un-dos, un-dos, un-dos...

—Bueno, basta ya —dijo Jack. Se volvió hacia la señora Cunningham—. ¿Cómo está Bill? ¿Se encuentra aquí también?

—Era su intención estar aquí para daros la bienvenida a todos —contestó la señora—. Pero le llamaron inesperadamente por teléfono esta mañana, y tomó el coche y partió a toda velocidad con dirección a Londres.

Los cuatro niños no ocultaron su desilusión.

—Supongo que no se tratará de algún trabajo que le haya salido precisamente cuando estábamos a punto de llegar a casa a pasar las Pascuas de Resurrección, ¿verdad? —inquirió Lucy—. ¡Siempre tiene alguna misión secreta que cumplir cuando menos falta hace que la tenga!

—Confío en que no habrá tal cosa esta vez —respondió la señora Cunningham—. Espero que me llame de un momento a otro para decirme si piensa volver esta noche o no.

—¡Mamá! ¿Abrimos el equipaje aquí mismo y sacamos nuestras cosas? —quiso

saber Dolly—. No hay sitio para moverse con cuatro baúles en el paso.

—Sí. Pero dejad dos de los baúles a mano cuando los hayáis vaciado. Nos vamos de vacaciones mañana... ¡todos juntos!

Aquella era una noticia para los niños.

Se agruparon inmediatamente alrededor de la señora Cunningham.

—¡No nos dijiste una palabra en tus cartas! ¿Adónde vamos? ¿Por qué no nos lo dijiste antes?

—En realidad, la idea fue de Bill y no mía —replicó la señora—. Le pareció que resultaría un cambio agradable. Hasta yo misma quedé sorprendida cuando lo arregló en un momento.

—¡Lo ha arreglado ya! ¡Sin decirnos a nosotros una palabra! —exclamó Jorge—. Escucha, ¿ocurre algo? Parece raro que lo haya arreglado todo Bill tan de repente. La última vez que hable con él, cuando fue al colegio a vernos, no supo hablar más que de lo que íbamos a hacer todos en casa durante las cuatro semanas de vacaciones de Pascua.

—Yo no creo que la cosa tenga nada de particular —le anunció la madre—. Ya sabes que a Bill se le ocurren las cosas así, de sopetón.

—Bueno, pero, ¿dónde vamos a ir entonces? —quiso saber Jack, echando a «Kiki» del aparador, donde intentaba quitarle la tapadera a la caja de galletas.

—A un sitio que se llama Little Brockleton —respondió la señora Cunningham—. Un lugar muy tranquilo. En pleno campo. Como os gusta a todos. Podréis ir vestidos de cualquier manera el día entero.

—Little Brockleton —murmuró Jorge—. Brock significa «tejón». ¿Si habrá tejones allí? Siempre he tenido ganas de estudiar las costumbres de los tejones..., esos bichos tan raros que parecen osos.

—Bueno, pues entonces tú, por lo menos, serás feliz —dijo Dolly—. Supongo que eso significa que cuando queramos darnos cuenta, ya habrás metido en casa un par de tejones como favoritos. ¡Uf!

—Los tejones son unos animales muy agradables —empezó Jorge—; limpios y muy mirados en sus costumbres, y...

Lucy soltó un chorro de risa.

—¡Ay, Señor! ¡Pues no se parecen a ti ni pizca entonces, Jorge!

—No interrumpas de esa manera ni digas tantas tonterías —repuso Jorge—. Decía, refiriéndome a los tejones...

Pero nadie tenía el menor deseo de escucharle. Jack ansiaba hacer una pregunta.

—¿Hay pájaros que valgan la pena por Little Brockleton? —quiso saber—. ¿Dónde está ese sitio? ¿Junto al mar?

Jack seguía tan aficionado a las aves como siempre, y se sentía feliz mientras pudiera dedicarse a observarlas. La señora Cunningham se echó a reír.

—¡Tú y tus pájaros, Jack! Y ¡tú y tus tejones, Jorge! No puedo decirte una palabra de los que pueda haber por allá. Supongo que los corrientes. Bueno... a ver los

baúles. Los vaciaremos todos, trasladaremos arriba los de los muchachos, y dejaremos los de las niñas para llevárnoslos a Little Brockleton..., puesto que están un poco menos maltratados.

—¿Podemos comer algo después de deshacer el equipaje? —inquirió Jorge—. Estoy muerto de hambre. La comida del colegio, ¿sabes?, es tan...

—Sí, eso ya lo he oído decir antes. Jorge —le respondió su madre—. Os daré una magnífica comida dentro de media hora..., sí, lo que más os gusta..., fiambres, ensalada, judías con salsa de tomate, patatas con su piel, montones de tomates...

—¡Qué ilusión! —exclamaron todos—. ¡Qué cosas más buenas!

Y «Kiki» saltó, solemnemente, de una a otra pata.

—¡Buenas cosas, buenas! —dijo—. Buenas..., buenas tardes, buenas noches, muy buenas.

Empezaron a deshacer el equipaje.

—«Kiki» se portó muy mal durante el viaje —dijo Jack, intentando transportar un enorme montón de ropa, y dejando caer la mitad—. Se metió debajo de un asiento a picotear los envoltorios de unos caramelos. Subió al poco rato al tren un anciano la mar de agradable, y «Kiki» le metió los papeles en la parte baja del pantalón. ¡La cara que puso cuando se agachó y los vio!



—Y luego se puso a ladrar como un perro —agregó Lucy, con una risita—, y el pobre señor dio un brinco tan grande, que por poco toca el techo del compartimento con la cabeza.

—¡Pum, pum! —intercaló el loro—. ¡Pop, pop! ¡Piiiiii, piiiii! Piiiiii, suena el pito. Límpiame los pies y cierra la puerta.

—¡Ah, «Kiki»! ¡Qué agradable resulta volverte a ver y escuchar tus tonterías! —exclamó la señora Cunningham riendo.

«Kiki» irguió la cresta, se acercó a la señora, y le frotó la mano con la cabeza, como si fuera un gato.

—Cuando haces eso —aseguró ella, rascándole—, siempre me parece que vas a ponerte a ronronear.

Los baúles quedaron vacíos muy pronto y la distribución de su contenido no ofreció complicaciones: la ropa sucia se tiró a un enorme cesto de mimbre y la otra se tiró dentro de los cajones de la cómoda.

—No acabo de comprender por qué da la gente tanta importancia al hacer y deshacer el equipaje —dijo Jack—. «Kiki», saca la cabeza de mi bolsillo. ¿Qué significa esta repentina locura por los caramelos? ¿Quieres que se te quede pegado el pico y no puedas hablar?

«Kiki» sacó la cabeza del bolsillo del niño, y lanzó un aullido de triunfo. Había encontrado un caramelo. Ahora pasaría un rato la mar de agradable quitándole el papel y hablando a solas mientras llevaba a cabo la tarea.

—Bueno, eso le tendrá entretenido un rato, por lo menos —observó Dolly, con alivio—. ¡Mete tanto ruido cuando está excitado!

—Lo mismo que te pasa a ti —intervino al punto Jorge.

Dolly le miró torvamente.

—A callar los dos —se apresuró a decir Jack—. Nada de peleas en el primer día de vacaciones. ¡Troncho! ¡Fijaos en Lucy! ¡Está dejando caer un par de calcetines en cada escalón al subir la escalera!

Sonó el timbre del teléfono y la señora Cunningham se apresuró a descolgar el auricular.

—¡Debe de ser Bill! —dijo.

Lo era, en efecto. Hubo una corta conversación que, por parte de la señora, consistió, principalmente en «Sí. No. Ya. Supongo que sí. No, claro que no. Sí. Sí. No, Bill. Bien. Sí, ya se lo explicaré. Hasta la noche, pues. Adiós».

—¿Qué dice? —preguntó Jack—. ¿Va a venir pronto? Tengo muchas ganas de verle.

—Sí, vendrá esta tarde a eso de las cinco y media —contestó la señora Cunningham.

A los cuatro niños no les pareció muy satisfecha. Abrió la boca para decir algo, vaciló, y volvió a cerrarla.

—Mamá, ¿qué es lo que dijiste que explicarías? —preguntó Jorge—. Te oímos

decir: «Sí, ya se lo explicaré». ¿Se trataba de algo que tenías que decirnos? ¿Qué es?

—No digas que se trata de una mala noticia —exclamó Lucy—. Bill sí que va a venir con nosotros, ¿verdad?

—¡Oh, sí! Bueno..., espero que no os importará, queridos..., pero..., tiene mucho interés en que llevemos a otra persona también.

—¿A quién? —preguntaron todos a coro.

Y pusieron tal cara de felicidad, que la señora Cunningham se quedó la mar de sorprendida.

—No se tratará de su tía anciana, ¿verdad? —dijo Dolly—. ¡Oh, mamá, no digas que es alguien con quien vamos a tener que ser muy formales a todas horas!

—No, claro que no. Se trata de un niño..., el sobrino de un amigo de Bill.

—¿Le conocemos? ¿Cómo se llama? —quiso saber Jack.

—Bill no me dijo su nombre.

—Y, ¿por qué no puede irse a pasar las vacaciones a su propia casa? —exclamó Dolly, desilusionada—. No me gustan los niños pequeños. ¿Por qué hemos de llevarlo con nosotros? ¡Nos lo echará a perder todo seguramente!

—Quiá, no lo creas —anunció Jorge, en seguida—. A los niños pequeños los hacemos andar bien derechos nosotros, ¿verdad, Jack? Son muchos los que tenemos que aguantar en el colegio... a ellos y a sus estupideces..., sabemos divinamente cómo meterles en cintura.

—Sí, pero, ¿por qué ha de venir con nosotros? —insistió Dolly—. ¿No tiene casa?

—Sí, claro. Pero es extranjero —repuso la madre—. Le han mandado al colegio a Inglaterra para que se eduque bien. Me imagino que su familia desea que pase ahora unas semanas con una familia inglesa para que conozca nuestra vida de hogar. Además, según parece, hay alguna dificultad en su casa ahora..., quizá haya alguien enfermo o cosa parecida.

—Bueno, ya procuraremos pasarlo lo mejor posible —dijo Lucy, imaginándose al desconocido como un niño muy pequeño, consumido de nostalgia, a quien podría consolar y cuidar.

—Te lo encajaremos a ti entonces, Lucy —dijo Dolly, a quien los niños pequeños hacían muy poca gracia, y las niñas pequeñas menos aún—. ¡Puedes pasearle en un cochecito y meterle en la cama por la noche!

—No seas boba, Dolly —le dijo su madre—. No será tan pequeño como todo eso. Bueno..., ¿habéis acabado ya? Casi es hora de comer, conque id a lavaros las manos y a cepillaros el pelo.

—Lavaos las manos, cepillaos el pelo, limpiaos los pies, sonaos la nariz —gritó «Kiki»—. ¡Cepíllate las manos, sóplate los pies, límpiote los... los... los...!

—Sí..., buen lío te has hecho, amiguito —dijo Jack, riendo.

«Kiki» voló a posarse sobre el hombro y le tiró, amorosamente, de la oreja con el pico. Luego, al oír sonar el batintín, soltó un agudo chillido y voló al comedor. ¡De

sobra sabía lo que aquel sonido significaba!

—¡Jack! ¡«Kiki» nos picoteará todos los tomates como no lo vigiléis! —observó la señora Cunningham—. ¡Corre, corre tras él!

Pero la observación resultaba innecesaria: todos habían echado a correr hacia el comedor al oír la llamada.

Capítulo II

Llega Gustavo

Los niños pasaron la tarde recorriendo la casa para ver qué cambios se habían hecho, y explorando el jardín de punta a punta para descubrir qué flores se habían abierto, qué cosas comestibles se encontraban (nada más que lechugas, ¡oh, dolor!) y para presentar a «Kiki» a las seis gallinas nuevas.

—Hay una alfombra nueva en el cuarto de los invitados —anunció Lucy—, y a eso se reducen los cambios. Me alegro. No me gusta volver a casa y encontrarme las cosas cambiadas. Supongo que ese niño dormirá en la habitación de los invitados, ¿verdad, tía Allie?

—Sí —respondió la señora Cunningham—. Pienso prepararla dentro de unos momentos. Anda a reunirte con los demás en el jardín. Puedes coger unos asfódelos si quieres..., nos hacen falta unos cuantos para el vestíbulo.

Lucy marchó la mar de contenta. El primer día de vacaciones siempre resultaba una gloria. Todos los primeros días transcurrían despacio y el pensamiento de que quedaban días y días de vacaciones en perspectiva, era motivo en que recrearse casi instante tras instante.

—¡Lucy! ¡Ven aquí! ¡«Kiki» se está divirtiendo de lo lindo! —llamó Jack—. ¡Fíjate de qué manera se está exhibiendo ante las gallinas!



El loro se había posado encima de un poste en el corral. Las seis gallinas se habían agrupado a su alrededor, admirándole.

—Clo-clo-clo —se dijeron unas a otras.

Y una de ellas se alzó sobre las puntas de las patas y batió las alas, como si intentase volar.

«Kiki» ladeó la cabeza, se puso de puntillas también, abrió las alas, y despegó, planeando hasta aterrizar junto a las sorprendidas gallinas.

—Clu-clu-clú... clu-clú —dijo, muy serio—. ¡Clu-clu-clu... clu-clú!

—¡Clucu-cu-cuclú! —contestaron, admiradas, las gallinas, acercándose más.

Una de ellas, más osada, le picoteó una de las plumas de la cola.

¡Aquello era una insolencia! «Kiki» danzó alrededor de las alarmadas aves haciendo el mismo ruido que un aeroplano en dificultades. Las gallinas pusieron pies en polvorosa, huyendo hacia el gallinero y tropezando unas con otras al intentar introducirse por la estrecha puerta del mismo de dos en dos.

El loro anodeó tras ellas, cloqueando otra vez. La señora Cunningham dijo, desde la ventana:

—¡Niños! ¡Esas gallinas no pondrán jamás huevos como dejéis que las asuste «Kiki»!

—¡«Kiki» se ha metido en el gallinero! —le contestó Jack—. ¡Seguramente se sentará en uno de los nidos e intentará poner un huevo como ellas! ¡Sol de ahí, «Kiki»!

El loro se asomó a la puertecilla, interrogador.

—Pon el agua a calentar —dijo, muy sereno—. ¡Clu-clu-clú... clú-clú!

Voló a posarse sobre el hombro de Jack, y las gallinas se miraron unas a otras con alivio. ¿Podría salirse ya y errar por el corral sin peligro?

—Ahí está el gato del vecino —dijo Dolly—. ¡Supongo que habrá venido a averiguar qué es todo este jaleo! No sueltes a «Kiki», Jack.

—Ladrará como un perro si el gato se acerca más —respondió el niño—. Venid..., vamos a ver lo que tiene el jardinero en el invernadero.

Era una tarde soleada muy agradable, y los cuatro se divirtieron «vagando por ahí», como dijo Jack. Todos estaban ansiando que llegara Bill. Así se hallaría reunida la familia completa, aun cuando, claro está, habría una persona de más si es que se presentaba, en efecto, el anunciado niño.

—Voy a apostarme junto a la puerta del jardín a esperar a Bill —anunció Lucy, después del té.

—Lo haremos todos —respondió Jorge—. ¡Qué buena persona es Bill! ¡Y qué suerte que no ande comprometido en una de sus misiones secretas en estos instantes y pueda marchar con nosotros!

Fueron a instalarse junto a la cancela todos juntos. «Kiki» no hacía más que erguir y agachar la cresta en su excitación. Se daba perfecta cuenta de que Bill estaba a punto de llegar.

—¡Bill! ¡Aguas mil! —no hacía más que decir—. ¿Dónde está Bill? ¡Piii, suena Bill!

—Eres un bilibobo —dijo Lucy, acariciándole el cuello—. ¡Vaya si lo eres!

—¡Qué cosa más estúpida de llamarle! —exclamó Dolly—. ¡Precisamente cuando aguardamos a Bill! ¡Apuesto a que le llama bilibobo a gritos cuanto le vea!

—¡Bilibobo, bilibobo! —aulló el loro, enamorándose de la palabra.

Jack le dio un golpecito en la cabeza.

—No, «Kiki», mirad..., ahí viene un coche. Quizá sea el de Bill.

Se equivocó. No lo era. Al pasar el vehículo junto a ellos, «Kiki» imitó con sorprendente exactitud la bocina de un automóvil.

El conductor se quedó asombrado, porque no veía coche alguno en la vecindad. Hizo sonar su propia bocina, creyendo que habría por allí alguna curva o recodo que él era incapaz de ver.

De pronto Lucy soltó un grito.

—¡Aquí está Bill! —exclamó—. ¡Un coche negro, muy bruñido y brillante! ¡Bill, Bill!

Tenía razón. Sí que era el coche de Bill. Se detuvo ante la cancela, y el rostro sonriente del detective asomó por la ventanilla. Había alguien sentado junto a él. ¿El

niño quizá?

Bill abrió la portezuela y saltó a tierra. Los cuatro niños se le echaron encima.

—¡Bill! ¡Querido Bill! ¿Cómo está usted, Bill?

—¡Bilibobo! —aulló una voz.

—Ah..., buenas tardes, «Kiki» —saludó Bill, al aterrizarle el loro de lleno en el hombro—. Veo que sigues siendo el mismo pájaro grosero de siempre. ¡Estoy haciendo yo mucha falta aquí para enseñarte modales!

«Kiki» cloqueó como una gallina excitada.

—¡Eh, tú! ¡No vayas a ponerme algún huevo en el cogote! ¿De qué cacareas? ¿Dónde está tu madre, Dolly?

—Aquí —respondió la niña, al acudir la señora Cunningham, corriendo.

Una tos muy fuerte, procedente del interior del vehículo, contuvo a Bill antes de que pudiese saludarla. Una tos cuyo evidente objeto era recordar la presencia del invisible viajero.

—Ah... me había olvidado por completo durante un instante —dijo el detective—. He traído visita. ¿Se lo dijiste, Allie?

—Sí —asintió ella—. ¿Dónde está? ¿En el automóvil? Hazle bajar.

—Vamos, sal —ordenó Bill.

Y, en el profundo silencio que siguió a sus palabras, el que tosiera se apeó del vehículo todo lo majestuosamente que pudo. Se le quedaron todos mirando.

Tendría unos once años, y saltaba a la vista sus cualidades de extranjero. El cabello, rizado y negro como ala de cuervo, era demasiado largo. Tenía los ojos tan negros como el pelo, y las pestañas más espesas que ninguna de las dos niñas. Sus modales eran, en verdad, magníficos.

Se dirigió a la señora Cunningham y tomó la mano que ésta le tendía. Pero, en lugar de estrechársela, se inclinó sobre ella y se la tocó con los labios. La señora Cunningham no pudo menos que sonreír. Los cuatro niños contemplaron la escena con regocijo.

—Mis más expresivas gracias, querida señora —dijo con acento extranjero.

—No hay de qué darlas —repuso la señora Cunningham—. ¿Has tomado ya el té?

Pero antes de dar contestación a esta pregunta, el niño hizo una nueva exhibición de modales. Se acercó a Dolly y, antes de que ésta pudiese adivinar su propósito, le cogió la mano y se inclinó sobre ella. La niña la retiró, dando un grito.

—¡No! —exclamó.

Y Lucy se puso las manos, firmemente, detrás de la espalda. Tampoco quería que se las besaran. ¡Qué niño más extraordinario!

—Gus, muchacho... nosotros sólo tenemos costumbre de estrechar la mano —explicó Bill, intentando ocultar el regocijo que le causaba ver el rostro indignado de las dos niñas—. Ah..., éste es Gustavo Barmilevo, Allie. Permanecerá con nosotros unas semanas. Su tío me ha pedido que le custodie.

Gustavo Barmilevo hizo una profunda reverencia, pero no intentó besar las manos. Bill presentó a los demás.

—Dolly... Lucy... Jack y Jorge. Ah..., confío que no tardaréis en ser todos muy buenos amigos.

Los dos niños le estrecharon la mano a Gus, mirándole con cierta antipatía. ¡Dios santo! ¿Iban a tener que aguantar a aquel tipo durante las vacaciones?

Gus hizo una leve reverencia cada vez que estrechó una mano.

—Encantado de conocer —dijo ¿Que se llama?

—Es un pájaro «Kiki» —anunció Jack, con voz solemne—. Gus, te presento a «Kiki». «Kiki», te presento a Gus.

«Kiki» tendió la pata como de costumbre. Gus quedó la mar de sorprendido, pero no por eso olvidó los modales: le dio a «Kiki» la mano. Por desgracia, el loro le clavó las uñas en los dedos, y el niño soltó un alarido.

—¡Qué ruido, qué ruido! —observó «Kiki», muy severo—. Límpiame los pies y suénate la nariz. ¡Llama al médico!

—Me sangra el dedo —dijo el niño, con lágrimas en los ojos—. Me sangra, mira. ¿Qué pájaro es éste?

—Llama al médico, lorito tiene un catarro, llama al médico —cantó «Kiki», que estaba disfrutando de lo lindo.

El niño se dio cuenta de pronto de que era el loro quien hablaba. Olvidó que «sangraba» y contempló a «Kiki» estupefacto.

—¡Habla! —exclamó, con reverencia—. Habla. Palabras dice. Mi dedo va ensangrentado y dice llama al médico. Nunca he visto un pájaro «Kiki» antes.

—Vamos, entra, y te vendaré un poco el dedo —intervino la señora Cunningham, que empezaba a cansarse de todo aquello.

—Sí. Él sangra —asintió Gus, melancólicamente, observando cómo caía una minúscula gota de sangre al suelo.

Parecía como si estuviese a punto de llorar. Luego dijo algo la mar de extraordinario.

—Este pájaro —anunció, mirando bruscamente al loro—, este pájaro..., él ha de estar en jaula. Yo lo ordeno.

—No seas memo —contestó Jack, tras un instante de silencio, hijo de la sorpresa—. Vamos, tía Allie..., entremos en casa. ¡Gus podría desangrársenos!

Ante tan alarmante posibilidad, Gus corrió hacia la casa. Los demás le siguieron despacio. ¡Qué niño más extraordinario!

—Está un poco mal de la cabeza —dijo Dolly en voz baja.

Todos movieron la cabeza en gesto de asentimiento. Oyeron a Bill que les llamaba.

—¡Eh, Bill, perdone..., no se nos había ocurrido! —contestó Jack, deshaciendo apresuradamente lo andado—. Gus nos ha dejado un poco parados. ¿Cuál es su nacionalidad?

—Creo que tiene algo de mezcla —respondió Bill—. No le habléis de su familia ni de su casa, o romperá a llorar con toda seguridad. Siento tener que encajaroslo de esta manera. Resultará más llevadero cuando se haya ido acostumbrando al ambiente. Tengo entendido que se llevaba muy bien con todos en el colegio inglés al que ha estado yendo. Sea como fuese, os prometo libraros de su compañía todo lo que pueda. Cargaré yo con él, puesto que es a mí a quien le pidió mi amigo que ejerciera vigilancia sobre el muchacho.

—Ayudaremos nosotros todo lo posible, Bill —anunció Lucy—. Supongo que es tímido y que se siente cohibido. ¡Ay, Señor..., el miedo que yo tenía a que me besase la mano! ¿Qué hubieran dicho las niñas del colegio?

—Mal podían haber dicho nada, puesto que no veo cómo iban a enterarse —contestó el detective—. Coge tú esa maleta, Jack... y tú esa caja. Jorge. Bien..., pues no sabéis cuánto me alegro de veros a todos en casa otra vez. Y a «Kiki» también, el muy granuja. ¿Cómo te atreves a llamarme a mí bilibobo?

—¡Piii, suena Billy, piii, suena Billy! —chilló «Kiki», encantado. Y voló a posarse sobre el hombro de Bill para picotearle cariñosamente la oreja—. ¡Piiii, piii, piii!

Capítulo III

Gustavo y «Kiki».

No dispusieron de tiempo aquella tarde para llegar a conocer a Gustavo Barmilevo. Iban a salir de viaje al día siguiente y quedaban por preparar muchas cosas. El decidir qué llevar y qué dejar fue motivo de numerosas discusiones.

Gustavo estaba aturdido por el ruido que hacían tantas personas hablando al mismo tiempo. Les contempló, sentado, a todos, acunándose el vendado dedo. «Kiki» le fascinaba. No hacía más que observarle, pero no permitía que se le acercase.

No bien le veía moverse en dirección suya, agitaba las manos como quien espanta gallinas.

—¡Fuera! —exclamaba—. ¡Largo de aquí!

—Está tan aturdido como suele estarlo «Kiki» a veces —observó Jack, con una sonrisa—. «Kiki» no acaba de comprenderle. ¿Dónde puse ese libro? Tía Allie, ¿metí ese libro grande en el baúl?

—Sí —respondió la señora—. Y yo he vuelto a sacarlo. Por tercera vez, Jack: No vas a llevarte una veintena de libros de pájaros. Con dos, tienes suficientes y de sobra, conque, escoge.

—¿Tiene usted el corazón tan duro...! —exclamó el niño, cariacontecido—. Bueno, supongo que me permitirá llevar los gemelos de campaña, ¿verdad? Mejor dicho, si no van ellos, tampoco voy yo.

—Los gemelos puedes llevarlos colgados al hombro o al cuello —contestó la señora Cunningham—. Hazme el favor de recordar que vamos a ir siete en el coche, además del equipaje. Es necesario que llevemos lo menos posible. «Kiki», trae esa cuerda. ¡«Kiki»! Jack, si no consigues que «Kiki» deje de largarse con todo lo que yo traigo o suelto un instante, acabaré volviéndome loca.

—¿Dónde está la jaula? —preguntó, de pronto, Gustavo con voz autoritaria—. A él meta en la jaula.

—Déjate de jaulas y de cuentos —le respondió Jack—. ¡Y hazme el favor de no dar órdenes!

Era evidente que Gustavo no comprendía del todo lo que acababan de decirle. Pero el tono de voz del niño despertó su resentimiento. Se irguió, muy rígido, en su asiento.

—Este pájaro es... es... malvado —anunció—. No bueno. Malvado. No su presencia consentiré sin jaula.

—¡Vamos, Jack, vamos! —dijo la señora Cunningham en son de aviso, al que el enfurecido rostro de Jack—. No está acostumbrado a «Kiki» aún. Ni a nuestra forma de ser. Dale tiempo a que se ambiente. No le hagas caso. Gustavo, el pájaro no es

malvado. Es bueno. Estáte quieto en tu asiento y calla.

—¿Dónde está la jaula? —repitió Gustavo, de exasperante modo—. Una jaula grande, «grande». Para un malvado pájaro.

Jack se le acercó y habló despacio y muy alto, con el rostro pegado al del sorprendido niño.

—Tengo una jaula grande, «grande» —dijo, con voz casi dramática—. Pero la guardo para los niños pequeños y tontos. La traeré para ti, Gus. Si quieres una jaula grande, «grande», la tendrás para tu uso exclusivo. Te sentarás dentro para estar resguardado de ese malvado, malvado pájaro.

Con enorme sorpresa de Jack, Gustavo rompió a llorar como una magdalena. Los cuatro niños le miraron boquiabiertos. ¿Cómo podía ser tan increíblemente estúpido un niño de once años? Hasta Lucy se quedó pasmada. La señora Cunningham corrió, presurosa, a su lado.

—Está cansado —les dijo a los otros—. Todo esto es nuevo y extraño para él, y nunca ha visto a un loro como «Kiki» hasta ahora. ¡Ni a ninguno de nosotros, si a eso viene! Anímate, Gustavo. Jack no hablaba en serio, claro.

—Ya lo creo que hablaba en serio —empezó Jack—. La antigua jaula de «Kiki» era enorme y...

La señora Cunningham se llevó firmemente del cuarto al sollozante muchacho. Los demás se miraron unos a otros, sin ocultar su repugnancia.

—¡Vaya! ¡Y pensar que tenemos que aguantarle durante todas las vacaciones! —exclamó Jack—. No digo más que una cosa: voy a cogerle por mi cuenta y no va a pasarlo nada divertido, os lo aseguro.

—También yo le cogeré por mi cuenta —dijo Dolly, con ferocidad—. ¿Quién se ha creído que es? ¿Quién le ha dado permiso para usar ese tono de ordeno y mando? Oh, Jack, ¡ojalá hubieses ido a buscar la jaula y la hubieras traído! ¡Lo que hubiese disfrutado viéndole la cara a Gustavo!

—¡Pobre Gussy! —exclamó Lucy—. ¡Cómo hubiera chillado! ¡Pobre Gustavín!

—¡Gustavín! —dijo inmediatamente «Kiki»—. ¡Gustavín —berrenchín! ¡Gustavín-berrenchín!

Todos se echaron a reír.

—Has vuelto a dar en el clavo —le dijo Jorge al loro—. Berrenchín..., eso es lo que tendremos que aguantar: berrenchines... y gruñidos... y tonterías. ¿Por qué no crían los extranjeros a sus hijos como es debido? ¡Gustavín-berrenchín! Vamos a quedar harto de él hasta la coronilla.

—¡Gustavín-berrenchín! —aulló «Kiki», saltando de un pie a otro—. ¡Límpiate los pies, Gustavín!

—Sécate los ojos querrás decir —observó Jorge—. ¡Dios quiera que no vaya a llorar con demasiada frecuencia! Me parece que voy a llevarme un mantel de casa y ofrecérselo cada vez que vea que tiene a punto las lágrimas.

La señora Cunningham regresó a tiempo para oír estas últimas palabras.

—¿No os parece que andáis un poco faltos de caridad? —inquirió—. Es un niño algo tonto, lo reconozco; pero hay que hacerse cargo de las circunstancias. Debe resultarle terrible verse metido de pronto entre gente cuyo idioma desconoce y que se ríe de él. ¿Por qué no sois más comprensivos y le dais tiempo a adaptarse?

—Está bien, mamá —contestó Jorge—. De todas formas, lo que me extraña en Bill es que nos cargue con un individuo como Gussy sin previo aviso y, precisamente, al principio de las vacaciones. Bill no suele obrar así.

—Lo que ocurre —anunció la madre—, es lo siguiente: A Bill le encajaron este niño... y él comprendió en seguida que no os gustaría ni pizca su compañía. Conque me dio a conocer su propósito de irse solo con él a alguna parte. Yo no pude soportar semejante idea, porque unas vacaciones sin Bill resultarían horribles. Acabamos llegando a la conclusión de que lo mejor sería que Gustavo nos acompañase a todos, y que hiciésemos un esfuerzo por aguantarle. O hemos de resignarnos a eso, o tendremos que renunciar, no sólo a Gussy, sino a Bill.

—Comprendo —dijo Jorge—. Bueno, pues yo prefiero aguantar a Gussy, a quedarme sin Bill.

—Eso creí yo —aseguró la madre—. Conque no le hagáis a Bill arrepentirse. Igual desaparece con Gussy y no volvemos a verle en todas las vacaciones si ponéis demasiadas pegas. Ello, no obstante, creo que podéis meter a Gustavo en cintura sin peligro. Eso no le hará ningún daño. A mí me parece un niño llorón muy mimado.

—Le enseñaremos cuál es su sitio y cómo debe comportarse en menos de nada —repuso Jack—. Pero sigo sin comprender cómo pudo ser Bill tan débil como para aceptar su custodia. ¿Dónde está ese lloroncete ahora?

—Le he metido en la cama con un libro —dijo la señora Cunningham—. Tenemos muchas cosas que hacer esta noche, y no me sentí con ánimos para habérmelas con lágrimas y discusiones el primer día de vuestra llegada a casa. Conque se me ocurrió que nos sentiríamos todos más felices si se encontraba él fuera del paso en la cama.

—¡Cuánta razón tuvo usted! —exclamó Jack—. Bueno, pues ahora que nos hemos quitado ese estorbo de encima, sigamos con nuestro trabajo. No necesitará usted que se le ayude a preparar la cena, ¿verdad, tía Allie?

—¿Es ésa una manera indirecta de decirme que tenéis ganas de comer otra vez? Bueno..., las niñas pueden encargarse de la cena. Vosotros, venid a ayudarme a meter el mayor número posible de cosas en el mínimo espacio que podamos. Pienso dejar aquí poco menos que todo lo de Gustavo. Ha traído cosas verdaderamente absurdas. ¡Pijamas de seda auténtica, por ejemplo! Y llevan monograma y todo.

—Deben de haberle tomado el pelo de lo lindo en el colegio entonces —dijo Jorge—. Lástima que no le cortaron la melena. Con ese pelo tan largo, rizado y negro, resultaría una muchacha preciosa. ¿No podríamos hacérselo cortar nosotros, mamá?

—Tal vez, sí. Pero cambiemos de conversación. Estoy harta de él ya.

Quedó hecho el equipaje para la hora de cenar. La señora Cunningham estaba decidida a no llevar más de una muda para cada uno: camisas, jerseys, chaquetas de verano e impermeables. Tuvo que volver a sacar el enorme libro de pájaros de Jack de donde lo había escondido otra vez, debajo de unas camisas. Le miró con exasperación.

Él correspondió a la mirada con una sonrisa muy amable.

—¡Oh, perdone, tía Allie! ¡No me diga que ha vuelto a meterse solo en la maleta!

—Voy a cerrar el equipaje con llave ahora —anunció la señora, con determinación—. De veras, Jack, ¡hay veces que pienso que lo que a ti te hace falta es una buena azotaina!

La cena fue una comida de gran algazara. Gustavo, a quien habían llevado de comer a la cama en una bandeja, escuchó el ruido y las risas con cierta envidia. Estaba cansado y se alegraba de hallarse en la cama. Pero sí que parecían estar divirtiéndose mucho abajo. Se le antojaba, sin embargo, que no había causado muy buena impresión entre los de la casa. Aquel pájaro, aquel malvado pájaro, era el que tenía la culpa de que las cosas hubieran ido mal. Cuando pillara a «Kiki» por su cuenta, le pegaría bien fuerte. ¡Zas!

Bajó bruscamente la mano, haciéndose la ilusión de que pegaba al loro. La bandeja dio un salto, y un vaso de limonada se vertió por encima de la servilleta. Tan absorto estaba intentando recoger el líquido, que no vio la diminuta figura que se introducía por la puerta. Era «Kiki». Durante la cena le había echado de menos. ¿Dónde estaba? ¿Arriba? Decidió subir para asegurarse.

Se metió debajo de la cama, poniéndose a explorar las zapatillas y las cajas que allí encontró. Intentó destapar una de estas últimas a picotazos. Le encantaba quitar tapaderas.



Gustavo oyó el ruido. ¿Qué era? Paseó la mirada por el cuarto.

¡Toc-toc-toc! La tapadera no quería saltar.

—¿Quién está ahí? ¿Quién es? —preguntó el niño, con ansiedad.

El loro se puso a pensar con qué ruido responder. Poseía un fondo inagotable de ruidos de todas clases. ¿El silbido de una locomotora al atravesar un túnel? No, eso haría subir a la señora Cunningham hecha una furia. ¿La máquina segadora? Como ruido, resultaba altamente satisfactorio, pero no gozaba de popularidad entre paredes y bajo techado.

Contaba, por añadidura, con toda una serie de toses en su repertorio: tosecillas cortas y superficiales, toses huecas y profundas... y estornudos. ¿Y si soltaba un estornudo?

Sí, eso haría.

Hizo una de sus mejores imitaciones en este sentido:

—¡A... chís!

Sonó singular en grado sumo allá debajo de la cama.

Gussy quedó petrificado. Un estornudo, y tan enorme, ¡debajo de la cama! ¿«Quién» estaba debajo de la cama? ¿Alguien que le acechara? Empezó a temblar, y la limonada se vertió otra vez.

«Kiki» empezó a toser, con tos hueca, profunda, melancólica y lenta. Gustavo

exhaló un gemido. ¿Quién estaba tosiendo debajo de su cama ahora? No se atrevía a levantarse a investigar. Estaba seguro de que quienquiera que se hallase allí escondido, le agarraría de los tobillos en cuanto tocase el suelo con los pies.

El loro soltó, a continuación, un magnífico gruñido y el pobre Gussy tembló tanto del susto, que por poco le resbaló la bandeja por completo de la cama. La asió justamente a tiempo. Pero el plato se cayó, pegó contra uno de los zapatos, y rodó, después, debajo del lecho.

Ahora fue «Kiki» el sorprendido. Se apartó de un brinco y dirigió una mirada torva al plato, que dejó de rodar, cayó de plano, y quedó inmóvil.

—¡Socorro, socorro! —gritó Gussy, recobrando la voz por fin—. ¡Hay alguien debajo de mi cama! ¡Socorro, socorro!

Bill subió en un par de zancadas y se acercó al niño.

—¿Qué ocurre? Aprisa, dímelo.

—Debajo de la cama —contestó el otro, con voz desfallecida.

Bill se agachó para mirar. Allí no había nadie. «Kiki», llegando a la conclusión de que la broma se había acabado, se encontraba ahora dentro del vecino ropero, escuchando con la cabeza ladeada.

—No debes imaginarte cosas, muchacho —dijo bondadosamente el detective—. No hay nadie debajo de la cama, ni ha habido nadie en ningún momento. ¡Nadie en absoluto! Me llevaré la bandeja y puedes dormirte tranquilo ya.

Capítulo IV

Camino de Little Brockleton

El día siguiente se presentó claro y soleado. Unas nubes cruzaron a gran velocidad el firmamento abrilero.

—Parecen copos de algodón —dijo Dolly—. Ojalá esté el tiempo así durante todas las vacaciones.

—Voy a buscar el coche —anunció Bill—. Cuando haga sonar la bocina, espero que estaréis todos preparados. Allie, tú puedes sentarte delante, conmigo, y Lucy habrá de arreglárselas para caber con nosotros. Los otros cuatro se colocarán detrás. El equipaje irá en el compartimiento de atrás. Y, si alguno desea que le plante en la carretera para que continúe el viaje a pie, no tiene más que portarse mal y lo plantaré con sumo gusto.

—Creo que sería usted capaz, Bill.

—Oh, no te quepa la menor duda —contestó el detective, poniendo cara tan feroz, que el pobre Gussy se alarmó de verdad.

Decidió, por consiguiente, portarse superlativamente bien, y empezó por hacer alarde de buena crianza. Les abrió a todos la portezuela. Hizo reverencias. Intentó apoderarse de cuanto llevaba la señora Cunningham, y trasportarlo él. Cuando se metía en el paso de alguien, cosa que le sucedía a cada instante, se apartaba de un salto, hacía una reverencia, y decía:

—Excuse, por favor. Mil perdones.

—¿Cómo tienes el dedo, Gus? —inquirió Jack, cortésmente.

—Ha dejado de sangrar —contestó el niño.

—Bueno, pues te aviso..., no intentes gastarle ninguna treta a «Kiki» —dijo Jack—. Porque volverá a atacarte... y te hará sangrar otra vez..., ¡mucho sangrar!

—¡Ah, malvado! —observó Gus—. Y creo que ese pájaro no es nada agradable.

—¡Apuesto a que «Kiki» opina igual de ti! Estás en el paso. Más vale que te quites de ahí si no quieres que te alcance esta maleta en la barriga.

—Excuse, por favor. Mil perdones —dijo apresuradamente Gussy.

Y se apartó de un salto.

Por fin quedó todo listo. La mujer que hacía la limpieza salió a despedirles, prometiendo cerrar la casa cuando se fuera e ir todos los días a quitar el polvo durante su ausencia. Bill estaba tocando la bocina como un desesperado. Gussy tenía tanto miedo de que le dejaran atrás, que bajó por el sendero del jardín corriendo a toda velocidad de sus piernas.

Bill, la señora Cunningham y Lucy se apretujaron en el largo asiento delantero. Los otros cuatro ocuparon el de atrás. Gussy se sobrecogió cuando vio que «Kiki» iba

a acompañarles, posado en el hombro de Jack que estaba sentado a su lado.

El loro hizo el ruido de una botella de champaña al ser descorchada: «¡plop!».

Gussy dio un brinco.

«Kiki» soltó una carcajada y descorchó otra botella.

—«¡Plop!»—. ¡Plop, suena un tiro! Gussy. Gustavo. Gustavín-berrenchín. Berrenchín, Gustavín. «¡Plop!».

—Oye, ¿pero qué estás haciendo, Gussy? —inquirió Jack, al ver que el niño resbalaba del asiento al suelo.

—Excuse, por favor. Mil perdones. El pájaro «Kiki» me escupe en la oreja..., ¡hace plop! —exclamó Gussy, sentado en el suelo ya.

Todos soltaron la carcajada.

—No seas tonto, Gussy —dijo Jack—. Vuelve al asiento. Métete por el otro extremo, si quieres, junto a Dolly. Pero te advierto que «Kiki» correrá por todo el automóvil en cuanto se canse de ir posado en mi hombro.

—Suénate la nariz —ordenó con severidad el loro, contemplando al sorprendido Gustavo.

—¿Estáis ya todos listos ahí atrás? —preguntó Bill, desembragando.

Pisó el acelerador, el motor aumentó sus revoluciones y el coche se puso en movimiento.

—Buena carga llevamos —dijo el detective—. ¡Vaya familia! ¡Este coche va a gruñir y jadear cada vez que subamos una cuesta!

Y fue así, aun cuando era un automóvil de gran potencia, el mismo que empleaba Bill en su trabajo. Se tragaba los kilómetros y la señora Cunningham estaba encantada, pues contaba que, gracias a ello, llegarían a su punto de destino antes de que anocheciese.

—¿Cómo se llama el sitio al que vamos, tía Allie? —inquirió Lucy—. Ah, sí, ya recuerdo... Little Brockleton. ¿Vamos a ocupar una casita o qué?

—Sí —respondió la tía Allie—. Se llama «Villa Canteras» porque hay una cantera cerca. Se encuentra a cosa de una milla del pueblo, y creo que hay una granja no muy lejos. Allí podremos comprar huevos, mantequilla, leche y pan, conque estaremos de suerte.

—Preguntaré por los tejones en cuanto lleguemos —anunció Jorge desde el asiento de atrás—. Ojalá pudiese conseguir uno joven. He oído decir que se domestican muy bien.

—¿Lo ves? —exclamó Dolly—. ¡Ya sabía yo que te pondrías a buscar algún animalucho u otro para traértelo a casa! No podremos pasar una vacación sin que nos traigas ratones, o pájaros, o insectos, o cosas peores incluso.

—He estado pensando en dedicarme a estudiar a las arañas estas vacaciones —aseguró Jorge, muy serio—. Son unos animalitos asombrosos. Ésas tan grandes, con las patas peludas, son...

Dolly se estremeció.

—Cambiemos de conversación —dijo—. No sé por qué será, pero cada vez que alguien menciona siquiera a las arañas, me parece que siento que me corre una por la espalda.

—¡Troncho! ¡No me digas que se me ha escapado mi araña! —exclamó Jorge en seguida, fingiendo registrarse los bolsillos.

Gussy le contempló alarmado. Tampoco a él le gustaban las arañas. Dolly soltó un chillido.

—No seas tan ruin. Jorge, por favor..., ¡por favor! Dime que no es verdad, que no tienes ninguna araña en realidad.

—¡Jorge! —llamó la madre, en son de aviso—. ¡Te echarán a la carretera! Acuérdate de lo que os dijo Bill.

—Bueno, pues no llevo ninguna araña —anunció de mala gana, el niño—. Puedes estar tranquila. Dolly. Oye, Gus, ¿no estás incómodo en el suelo, entre nuestros pies? No hago más que olvidarme de que estás ahí. Espero que no me habré limpiado los pies encima de ti aún.

—Eso no es una cosa agradable que hablar —anunció Gussy, con dignidad—. Me enfadaré de que os limpiéis en mí los pies.

—Vamos a distraernos jugando a algo —intervino Jack, viendo que se avecinaba una discusión—. Iremos con los ojos bien abiertos y nos apuntaremos un tanto por cada perro negro, gato blanco, caballo pío, bicicleta encarnada o carro de helados que veamos. ¡El último en lograr cien tantos, se parará al llegar el primer puesto de helados siguiente y nos pagará un mantecado a cada uno!

Aquello le sonó a excitante a Gussy. Se levantó inmediatamente del suelo y se sentó junto a Dolly. Bill y la señora Cunningham exhalaban un suspiro de alivio. Ahora reinaría la tranquilidad. Todos andarían escudriñando el camino y contando tantos.

Gussy no se lució. Se le escaparon la mar de perros negros y de gatos blancos, y no hacía más que contar caballos corrientes en lugar de píos. Se puso la mar de melancólico cuando le dijeron que no podía apuntarse como tantos todos los caballos pardos y blancos que había visto.

—¡Va a llorar! —exclamó Jorge—. Aguarda, Gus, aguarda. Toma mi pañuelo.

Y sacó uno de los manteles de la cocina que, a pesar de las amenazas de su madre, se había llevado antes de salir de casa.

Gussy se encontró con el mantel en la mano. Lo contempló con asombro y, luego... ¡rompió a reír!

—¡Ja, Ja, ja! ¡Esto es mantel y no pañuelo! ¡Yo no lloraré en esto! ¡Reiré!

—¡Muy bien dicho, Gussy! —dijo Jack, dándole una palmada en el hombro—. Ríe todo lo que quieras. Eso nos gusta.

Fue motivo de sorpresa para todos descubrir que Gussy era capaz de tomar bien una broma y reír una gracia de la que él mismo fuese víctima. Empezaron a pensar que quizá no fuese tan mala persona después de todo. El niño dejó de jugar a contar

gatos, perros y caballos después de eso, pero exhibió un comportamiento aún más sorprendente al fin del mismo.

Lucy fue la última en llegar al centenar. Rebuscó en su monedero, porque, habiendo perdido ella, sabía que le tocaba pagarles a todos un helado.

—Bill, ¿hará usted el favor de parar cuando lleguemos al primer puesto de helados? —dijo.

El detective la complació.

Pero, antes de que la niña pudiera apearse, Gussy había abierto la portezuela de atrás y echado a correr hacia el puesto.



—Siete, por favor —dijo.

—¡Aguarda! ¡He sido yo quien ha perdido, no tú! —gritó Lucy, medio indignada.

Luego se quedó boquiabierta. Gussy había sacado una cartera del bolsillo, ¡una cartera, no un monedero! Y de ella extrajo un fajo de billetes de una libra esterlina. ¡Cielos! ¿Cuántos tenía? Retiró el de encima y se lo entregó al vendedor de mantecados, que parecía tan sorprendido como todos los demás.

—¡Caramba, amigo! —dijo el hombre—. ¿Has heredado una fortuna? O... ¿es tu padre millonario?

Gussy no le comprendió. Tomó la vuelta y se la metió en el bolsillo. Luego volvió al automóvil con los mantecados, y los fue repartiendo, con el rostro radiante.

—Gracias, Gus —dijo Bill, aceptando el suyo—. Pero, escucha..., no puedes ir con tanto dinero encima.

—Sí que puedo —respondió el niño—. Lo he llevado encima durante todo el curso. Es dinero para gastar. Dijeron que podía tener dinero para eso.

—¡Hum, sí! Pero un centenar de libras esterlinas o así, en billetes, rebasa la cantidad que suele dársele a un niño para que gaste. No debes llevar tanto en el bolsillo. Debieras haberlo entregado en el colegio para que te lo guardaran.

—Me dijeron que podía tener dinero para gastos —insistió Gussy—. Mi tío me lo dio. Es mío.

—Debe ser la mar de rica tu familia —dijo Jack—. Apuesto a que el propio Bill no anda por ahí con tantos billetes. ¿Es Gus un millonario o algo así, Bill?

—Hombre..., su familia no anda mal —contestó el detective. Puso el coche en movimiento otra vez—. De todas formas, tendrá que entregarme a mí esos billetes. Le robarán tarde o temprano.

—Va a echarse a llorar —anunció Dolly—. Jorge, aprisa, ¿dónde está el mantel?

—No voy a llorar —contestó Gussy, con dignidad—: voy a arrojar. Siempre yo me mareo en un automóvil. Me pasó ayer. Por favor, señor Cunningham, ¿puedo arrojar?

—¡Santo Dios! —exclamó el detective, parando el vehículo en seco—. ¡Apéate del coche entonces, aprisa! Échale fuera de un empujón, Dolly. ¿Por qué, oh, por qué le dejé tomarse ese mantecado? Me dijo ayer que siempre se mareaba en automóvil.

La señora Cunningham se apeó para consolar al pobre Gussy, que estaba ya con el rostro descompuesto.

—¡Tenía que marearse! —exclamó Dolly—. ¡Mira que marearse en un automóvil! ¡Sólo a uno como él se le ocurriría! Es lo único que faltaba.

—¿Qué culpa tiene él de eso? —respondió Lucy—. En cualquier caso, ya pasó. Y vuelve a tener buena cara.

—Por favor, mejor me encuentro —anunció Gussy, subiendo nuevamente al coche.

—Quédate con el mantel —le dijo Jorge, entregándoselo—. Podría resultarte útil si vuelves a sentirte mal.

—¿Estáis todos listos? —preguntó Bill—. Bueno, pues en marcha otra vez. Nos pararemos a comer a la una, y espero que a la hora del té ya estaremos en Little Brockleton. Gussy, da un grito si vuelves a sentirte indispueto.

—Yo sólo una vez me mareo —contestó Gussy—. Por favor, he perdido mi mantecado. ¿Querría usted parar para que compre otro?

—Ni soñarlo —dijo el detective, con firmeza—. No volveré a permitirte que tomes un mantecado en el coche. ¿No quiere ninguna de vosotros descabezar un sueño? ¡Me resultaría tan agradable conducir sin interrupciones! Bueno..., la próxima

vez que nos detengamos, ¡parada y fonda!

Capítulo V

«Villa Cantera».

Little Brockleton era un pueblecillo encantador. El automóvil lo atravesó, dispersando gallinas y una hilera completa de graznantes patos. Bill se detuvo ante una estafeta de Correos muy pequeña.

—He de mandar un mensaje —dijo—. Estaré un momento nada más. Luego iremos a preguntar en la granja el camino de «Villa Cantera» y recoger huevos y todo eso, y encargar leche.

Volvió a salir al cabo de un instante. Los niños sabían que Bill tenía que dar cuenta diariamente de su paradero, porque existía la posibilidad de que se presentara algún asunto urgente. Aquellos trabajos secretos que sólo él podía hacer.

Marcharon a la granja. La granjera quedó encantada de verles.

—Entren ustedes —dijo—. Hace media hora que les espero y les tengo preparado el té. Sé que no encontrarán nada dispuesto en la casita, y un buen té les ayudara a ir tirando.

—Es usted muy amable —contestó la señora Cunningham, agradecida—. ¡Dios santo, qué banquete!

Y vaya si lo era. No se trataba de un té corriente, sino de un té merienda. Un jamón sonrosado y brillante. Un pastel de carne. Mantequilla en platillos de cristal. Una jarra azul de espesa nata. Miel. Mermelada de fresas de confección casera. Pastas calientes. Un pastel de frutas. Bocadillos de huevo. Té, cacao y leche.

—Estoy completamente decidido a vivir en una granja cuando me haga mayor —anunció Jack, mirando con aprobación la comida que había sobre la mesa—. Jamás vi comida como la que sirven en las granjas. ¡Caramba! Es estupendo esto, ¿verdad?

Gussy se alegró de que la señora Cunningham se hubiese empeñado en que comiese poco al mediodía. Estaba seguro de que su apetito era por lo menos tres veces mayor que el de todos los demás.

—¿Qué quieres tomar? —le preguntó, bondadosamente, la mujer del granjero, viendo la cara de hambre que ponía.

—Quiero... un poco de carne de puerco —contestó Gussy—, y un poco de carne de pastel con ella. Y quiero nata con ella. Y...

—Es extranjero, ¿verdad? —dijo la granjera, riendo—. ¡Carne de puerco! ¿Quieres decir jamón? ¿Y no se pondrá enfermo si le echa nata por encima?

—Córtele un poco de jamón si quiere —respondió la señora Cunningham—. Nada de pastel. No es posible que pueda comerse las dos cosas. Y claro, ¡nada de nata!

—Mis deseos he dado a conocer —anunció Gustavo, con arrogancia, mirando a la

sorprendida granjera—. Quiero lo que he pedido.

Y agregó, como si se le ocurriera de pronto:

—Por favor.

—Cállate, Gus —le dijo Bill—. Haz lo que te manda. Te estás olvidando de ti mismo.

—No me he olvidado de mí mismo —contestó Gus, desconcertado y sin comprender—. Me he acordado de mí mismo. Y quiero...

—Cállate —ordenó Bill.

Y Gus se calló.

Los otros sonrieron. Resultaba agradable ver cómo le obligaba Bill a ceder. Gussy estaba muy enfadado. Miró torvamente a Bill, y pareció a punto de decir algo. Pero Bill le miró a su vez, y el niño no se atrevió ya a rechistar. El detective les guiñó un ojo a los demás niños, y ellos le guiñaron el suyo en respuesta.

—Gustavín-berrenchín —observó «Kiki», desde el hombro izquierdo de Jack—. ¿Dónde está Gustavo? Matarile-rile-rile... En el fondo del mar, mata...

—Son las llaves las que están en el fondo del mar, no Gustavo —le interrumpió Jack—. ¡So bandido! ¡Has sacado una fresa de la mermelada!

La granjera no pareció sorprenderse ni molestarse por la presencia de «Kiki».

—Mi tía tuvo un loro hace tiempo —dijo—. Uno como este vuestro. Sólo que no hablaba tan bien.

—¿Vive aún? —preguntó Jack, pensando en lo divertido que resultaría colocar a los dos loros frente a frente.

—¿Qué clase de conversación sostendrían?

—Si vive aún... ¿quién? ¿Mi tía o el loro? —quiso saber la granjera, sirviendo tazones de rica leche—. El loro murió. Dicen que tenía más de cien años. Mi tía aún vive sin embargo. Ahí está, sentada en un rincón junto al fuego. Es mi tía abuela en realidad, y ella tendrá más de cien años también si vive otros diez.

Los cinco niños contemplaron con reverencia y admiración a la anciana instalada en el rincón. A ellos les parecía su aspecto el de una bruja, pero tenía los ojos de un azul descolorido en lugar de verdes. La anciana les sonrió débilmente, y luego concentró de nuevo su atención en la calceta que estaba haciendo.

—A veces es una verdadera preocupación —anunció la granjera—. Anda por ahí y se nos cae. Y el médico va a marcharse una semana de vacaciones, ¿y qué haré yo si tía Noemí se cae y se hace daño durante su ausencia? ¡No tengo la menor idea! No hay más vecinos que ustedes. ¡Y ustedes quedan bastante lejos!

—Mándenos un recado si nos necesita alguna vez —dijo inmediatamente la señora Cunningham—. Yo acudiré en seguida, desde luego. Sé bastante de curas de urgencia y de cuidar enfermos. Conque no se preocupe por la ausencia del médico. Mándenos llamar si nos necesita.

—Ah, sí... sí que podría hacer eso —contestó la mujer—. Le estoy muy agradecida. Bueno, y ahora, ¿quién quiere un pedazo de pastel de frutas? Es bueno,

aunque me esté mal el decirlo, puesto que lo he hecho yo.

—Si como un bocado más seré incapaz de moverme ya —anunció Bill por fin—. ¿Querréis decidiros a acabar, niños? Iremos a «Villa Cantera» y nos instalaremos. ¿Consiguió usted mandar a una mujer a que nos limpiara la casa, señora Ellis?

—Sí. Y se llevó huevos, leche, un pastel, queso, jamón, mantequilla y pan fresco para ustedes. Ah, sí... y unas lonchas de tocino. No les irá mal allá abajo. Vengan ustedes a mí cuando necesiten algo. Les deseo una vacación agradable y reposada.

Abandonaron, de mala gana, la acogedora granja. Jack miró a Gussy con desconfianza cuando subieron al automóvil.

—No tienes muy buena cara —dijo—. ¿Estás seguro de que no te marearás?

—No le pasará nada —dijo apresuradamente la señora Cunningham—. No está muy lejos... no le pasará nada en absoluto.

—Eso quiere usted y por eso lo dice, tía Allie —dijo Jack—. «Kiki» está muy callado. «Kiki», tú has comido como un cerdo también... ¡has tragado como un cochinito!

«Kiki» hipó. Nadie sabía nunca si el hipo y los eructos del loro eran auténticos o fingidos. La señora Cunningham tenía siempre el convencimiento, no obstante, de que eran pura comedia.

—¡«Kiki»! —exclamó el niño con severidad—. ¡Modales, modales!

—Perdón —dijo «Kiki».

Gussy le miró con asombro. Ya resultaba sorprendente que un loro hipase; pero aún le resultaba más que se excusara. En su asombro se olvidó por completo de sentirse mareado.

Serpenteante camino abajo... cuestecilla arriba... descenso por otro camino orillado de setos tan altos, que a los niños les pareció que bajaban por un túnel verde. Doblaron luego un recodo y apareció ante ellos «Villa Cantera», un poco retirada del sendero.

Era un lugar muy bonito, con el jardín lleno de belloritas y alhelíos dobles, asfódelos. Los propietarios de la finca habían marchado a Francia de vacaciones, encantados de poder alquilársela a Bill.

Las ventanas eran bastante pequeñas, como suelen serlo siempre en las casitas antiguas. La puerta muy fuerte, hecha de roble que los años habían oscurecido, estaba protegida por un porche pequeño, bordado con paja, igual que el pendiente tejado de la casa.

—Una casita bordada... ¡qué bonita! —exclamó Lucy—. No sé por qué, pero las casas bordadas siempre parecen de cuentos de hadas. Es un sitio muy lindo.

Cruzaron el jardín. Bill, que tenía la llave, abrió la puerta. Entraron todos, deshaciéndose en exclamaciones ante todo cuanto veían.

—Apenas creo necesario recordaros —advirtió la señora Cunningham— que esta casa y todo cuanto contiene es propiedad de otras personas. Será preciso, por consiguiente, andar con más cuidado que de costumbre... Pero como probablemente

os pasaréis la mayor parte del tiempo fuera, ¡no tendréis tiempo de hacer mucho daño!

—Y aunque así no fuese, tampoco lo haríamos —respondió Jack—, ¡sobre todo estando aquí Bill dispuesto a echársenos encima!

La casa era tan bonita por dentro como por fuera, y muy cómoda y agradable. A los tres niños se les destinó un ático muy grande; a las dos niñas, una alcobita por encima de la sala y Bill y su esposa ocuparon una mayor y contigua.

¡La despensa estaba llena de provisiones! La señora Ellis, esposa del granjero, no había echado en olvido sus posibles necesidades. La señora Cunningham exhaló un suspiro de alivio al ver el jamón, el tocino, los huevos y la leche. El llevar aquella casa no iba a resultar una pesadilla como había esperado.

—Vosotros dos, niños, deshaced el equipaje —dijo—. No hemos traído gran cosa, conque no necesitaréis mucho rato para hacerlo. Colocad las cosas de los muchachos en el arca grande que hay en su cuarto... hay sitio suficiente en ella para la ropa de los tres.

—Yo no puedo dormir con los otros —anunció Gustavo, bajando al vestíbulo, donde las niñas y la señora Cunningham estaban deshaciendo las maletas—. Nunca yo he dormido con otros. Nunca yo debo hacerlo. En el colegio, yo solo duermo. Aquí, yo solo dormiré también. Es la regla en mi familia.

—Bueno, será la regla en tu familia —respondió Dolly—, pero no es la regla aquí. Quítate de encima de esas camisas, Gus. Y no seas memo. En cualquier caso, no hay más que tres alcobas.

—¿Qué pasa? —inquirió Bill, que volvió de dejar el automóvil en el cobertizo, al ver el ceñudo semblante del niño.

—Es Gus —contestó Dolly, cogiendo un montón de ropa—. Acaba de anunciar que desea dormir solo. Dice que es la regla de su familia. ¿Quién se habrá creído que es? ¿Un príncipe?

Gussy abrió la boca para replicar, y Bill interrumpió, precipitadamente, lo que estaba a punto de decir.

—Gussy, tú dormirás con los dos muchachos aquí. ¿Has comprendido?

—Duermo solo —aseguró, testarudo, Gus—. Nunca yo he...

—Hay un cuartito pequeño que podría usar —dijo Dolly de pronto con singular brillo en los ojos—. Lo vi hace un momento, cuando estuve arriba. Estoy segura de que no le importará la docena de arañas gigantescas que hay allí... con unas patas la mar de peludas, ¡uf! Y oí cómo corría a esconderse detrás de la cisterna un ratón, o quizá fuese una rata... y...

Gus puso cara de horror.

—No. Yo no duermo con arañas y ratones —dijo—. Pero sigue sin estar bien que tenga que dormir con Jorge y con Jack. Y no dormiré con ese pájaro malvado.

—Ven acá un momento, Gus —dijo Bill.

Y, asiéndole firmemente por el hombro, le condujo a la sala y cerró la puerta. Las

dos niñas oyeron el murmullo de voces, y se miraron la una a la otra con sorpresa.

—Mamá, ¿a qué viene todo ese jaleo? —inquirió Dolly, intrigada—. ¿Por qué Bill no le rebajaba los humos a ese estúpido de Gus? Si va a andar con ínfulas continuamente, dando órdenes a troche y moche, y obrando de una forma tan idiota, vamos a odiarle todos.

—No te preocupes, ya se encargará Bill de hacer lo que convenga —contestó la madre. Y cambió de tema—. Sube esas cosas, Dolly... Y, Lucy, pon tú estas otras en mi cuarto, ¿quieres? Y ahora... ¿me acordé de meter en la maleta las pipas de fumar de Bill, o no?

Las dos niñas subieron la escalera.

—Mamá se muestra tan misteriosa como Bill en la cuestión de Gus —dijo Dolly con enfado—. ¿Es posible que exista algún misterio? ¿Será, quizás, un príncipe disfrazado o algo así?

—¡Cómo! ¿Un niño tan tonto como él? —exclamó Lucy con hastío—. ¡«Claro» que no!

Capítulo VI

De Gustavo más que de otra cosa

Resultó divertido el instalarse en «Villa Cantera». La señora Cunningham se sentía muy contenta y feliz. La idea de salir de vacaciones con seis personas más, cinco de ellas niños, sabiendo que iba a tener que cuidarlas ella a todos y que, probablemente, iba a costarle trabajo encontrar alimentos, le había hecho muy poca gracia.

Pero la cosa resultaba fácil después de todo. El pueblo no estaba lejos, ni siquiera yendo a pie. La granja vecina estaba dispuesta a suministrarles una maravillosa selección de buenos alimentos. La señora Gump, minúscula mujer encargada de la limpieza, iba todos los días, y era muy trabajadora y alegre. Y le gustaban los niños, lo que no dejaba de ser una bendición.

Mas Gussy le hacía muy poca gracia.

—Ese niño es un mandón —se quejó—. Hasta quiso que subiese la escalera a buscarle un pañuelo, señora. Es extranjero, ¿verdad? Bueno, pues a mí no me va a mandar de un sitio para otro ningún extranjero, sobre todo un chiquillo como ése.

Durante los primeros días, Gussy se hizo un poco inaguantable. No le gustaba esto, y no le gustaba aquello. Se quejaba si le ponían un plato cascado. Se negaba rotundamente a hacerse la cama, aun cuando se había convenido que cada uno se hiciera la suya.

—Yo no hago camas —anunció con toda la arrogancia de que fue capaz—. La señora Gump hará mi cama.

—La señora Gump no hará tal cosa —anunció con determinación Dolly—. Ve y háztela tú. Y, por el amor de Dios, Gussy, no seas tan latoso.

—¡Gustavín-berrenchín! ¡Gustavín-berrenchín! —cantó «Kiki»—. Gustavín-berrenchín, Gustavín...

Gus cogió un libro y se lo tiró al loro. Éste lo esquivó sin dificultad, se posó sobre el respaldo de una silla y rompió a reír a carcajadas. Gus estaba a punto de coger otro libro cuando se encontró en el suelo, boca arriba.

Dolly, habiéndose aguantado ya cuanto era capaz, había perdido los estribos y estaba demostrándole lo furiosa que sabía ponerse, le golpeó la cabeza contra el suelo, y el niño se puso a gritar como un desesperado.

La señora Cunningham acudió presurosa al oírle.

—¡Dolly! ¿En qué estás pensando? Levántate inmediatamente. Sube a tu cuarto y no te muevas hasta que yo suba a buscarte.

—Le tiró un libro a «Kiki» —jadeó Dolly, levantándose furiosa y con el rostro congestionado.

Gussy aún yacía en el suelo y le resbalaban las lágrimas por las mejillas.

—Levántate, Gussy —ordenó la señora—. Estoy tan enfadada contigo como con Dolly. Sube a tu cuarto tú también y no te muevas de él.



—Usted no puede darme órdenes —dijo Gussy con toda la dignidad que le permitieron sus lágrimas—. Mande a la niña a casa, lejos de aquí. Y a ese malvado pájaro también.

—«¡Vete a tu cuarto!» —ordenó la señora Cunningham con tal tono en la voz que Gussy se puso en pie de un brinco, subió como un loco la escalera, se metió en el cuarto, cerró la puerta de golpe y echó la llave.

Bill entró en aquel momento.

—Es Gussy otra vez —le dijo su esposa—. ¡Es tan cabezota! Dios quiera que esto salga bien, Bill. Yo creo que debiéramos haber hallado otra solución. Los niños no acaban de comprender lo que pasa, y eso hace las cosas más difíciles. ¿No podríamos decírselo?

—Hablaré con Gussy otra vez —contestó Bill—. Si no entra en vereda, me iré solo con él. Pero me pareció mucho más seguro que estuviese aquí con todos nosotros y más distraído.

Subió al piso. La señora Cunningham subió también a ver a Dolly. Lucy estaba

con ella, colocando la ropa en los cajones. Dolly se sentía sublevada, rebelde.

—Todo eso está muy bien —dijo cuando la regañó su madre—; pero ¿por qué ha de estropeárnoslo todo Gussy? Siempre anda metiéndose donde no le importa, dándonos órdenes, queriendo lo mejor de todo para él. ¡Y mira que «atreverse» a intentar hacerle daño a «Kiki»!

—Comprendo perfectamente vuestros sentimientos —dijo la madre—. Y Bill los comprende también. Pero ha prometido custodiar a Gussy durante unas semanas, y no tiene más remedio que hacerlo. Yo creo que será mejor que se lleve a Gussy a alguna parte y que nos deje aquí solas a nosotros.

—¡Oh, no! —exclamó Lucy—. ¡No tía, Allie! Se ha casado usted con él, y ahora nos pertenece. ¡No le debe hacer eso, por favor! Dolly... ¡di algo!

—Bueno, pues... creí que podría soportar a Gussy antes que dejar que Bill se nos marchase —contestó Dolly—. Pero... pero... ¡oh, no puedo prometer no meterme con Gussy! ¡No creo que pueda contenerme! Y no puedo permitir que Bill se marche tampoco.

—Bueno, pues quédate aquí sola una hora y decide de una vez —le dijo su madre, perdiendo la paciencia—. Lucy, baja conmigo.

Nadie les dijo una palabra a Jack ni a Jorge de que Gus le había tirado un libro al loro. «Kiki» no lo olvidó, sin embargo. ¡Le hizo la vida imposible al pobre Gussy! Nunca sabía éste cuándo se hallaba el loro debajo de la mesa, preparado a picotearle los dedos por las abiertas sandalias, nunca sabía cuándo iba a estar escondido en su cuarto, aguardando a que subiese para emitir uno de sus ruidos extraordinarios y hacerle bajar la escalera de cabeza, presa del pánico.

—Bueno, pues si Bill no le castigo... y no creo que lo hiciera... «Kiki» se está encargando de hacerlo —le dijo Dolly a Lucy—. Sea como fuere, Gussy se está portando mejor. Sin embargo, me gustaría que no pudiese venir a merendar hoy con nosotros.

Se había proyectado una merienda para todos en la Colina del Pan de Azúcar. En realidad, era el nombre lo que había atraído a los niños. ¡Colina del Pan de Azúcar! ¡Qué nombre más delicioso!

Salieron juntos, llevando Bill y los niños la comida en mochilas. Gus había dado la lata, claro. Parecía considerar gran indignidad llevar algo a la espalda.

—Nunca yo he hecho esto antes —protestó—. En mi país en los... ¿cómo se dice?... los burros los que llevan a cuestas. ¿Por qué no tienen burros? Yo me niego siempre a ser burro.

Le desconcertaron las carcajadas con que fueron saludadas sus palabras.

—¡Ah, Gus! —exclamó Jack—. ¡Acabarás matándome de risa! Pero ¿es posible que no sepas que eres un pollino?

—Es malo llamarme eso —anunció Gussy, frunciendo el entrecejo—. En mi país te...

—Vamos, arre, borriquito, y deja de rebuznar —le interrumpió Jorge, dándole un

empellón—. Deja la mochila atrás si quieres. A nadie le importará un comino. ¡Lo que lleva dentro es tu comida y no la de los demás! Nosotros llevamos la comida de las niñas, y Bill carga con la de mamá. Tú no tienes más que la tuya.

—Conque tira la mochila entre las zarzas y así no tendrás que llevarla como un burro —dijo Dolly, riendo—. ¡Anda, títala, Gus!

Pero Gus no la tiró. Lo pensó mejor, y se echó la mochila al hombro, aunque puso un morro de a palmo.

La Colina del Pan de Azúcar hacía honor a su nombre. Era muy parecida a un pan de azúcar, de forma cónica, aunque truncada y plana por la cima. Estaba cubierta de primaveras, prímulas y violetas silvestres.

—Debiéramos poder ver bastante lejos desde arriba —dijo Jack durante el ascenso.

Fue laboriosa la marcha; pero por fin llegaron a la cima. Soplaban una fuerte brisa a su alrededor, pero calentaba tanto el sol, que la brisa resultaba agradable.

—¡Troncho! ¡Gussy ha cargado con su comida después de todo! —exclamó Jack, fingiendo sorpresa—. Caramba, qué hambre tengo.

A todos les sucedía lo propio. Se comieron hasta la última migaja de lo que llevaban, y «Kiki» tragó su parte, sobre todo la de los plátanos. Le encantaba tener un plátano en una pata e ir arrancándole pedazos.

Gussy estornudó. «Kiki» hizo lo propio en seguida, soltando un estornudo mucho más ruidoso que el del niño Gussy sorbió luego con la nariz, costumbre suya que molestaba mucho a la señora Cunningham.

«Kiki» dio un sorbetón también.

—Basta de eso, «Kiki» —dijo la señora—. Con un sorbedor nos sobra.

—Lorito tiene un catarro —dijo «Kiki».

Y sorbió de nuevo, exactamente igual que Gussy. Éste no le hizo caso, pero, al cabo de un momento, volvió a sorber de pronto.

—¡Suénate la nariz! —gritó «Kiki»—. ¿Dónde tienes el pañuelo? Gussy está acatarrado, llamad al...

—Cállate, «Kiki» —le ordenó Jack—. Gussy, haz el favor de no estar sorbiendo todo el rato. Acabarás por conseguir que «Kiki» se pase el día haciendo lo mismo.

—Yo no sorbo —anunció Gussy—. Ese pájaro es malvado y demasiado listo. Debiera tener una jaula.

—Cállate, Gus —dijo Bill, que descansaba saboreando su pipa—. Acuérdate de lo que te dije.

Gus lo recordó, al parecer. Depuso su actitud, se echó y entornó los párpados. Los demás contemplaron el paisaje, sentados en el suelo. Era maravilloso, porque podían ver hasta muy lejos.

—Ése es el pueblo allá abajo —dijo Jorge, señalando con el dedo—. Y allí está la granja. Y se ve la parte superior de las chimeneas y un poco de uno de los extremos del tejado bordado de «Villa Canteras». Entre esos árboles, mira.

—Y allí está el camino por el que hemos venido... la carretera —dijo Jack—. ¿Dónde están mis gemelos de campaña? Dámelos, Dolly. ¡Troncho! Veo millas y millas con su ayuda. Veo cómo tuerce y serpentea la carretera... Veo el tránsito que pasa por ella... los automóviles parecen como los de juguete que teníamos, Jorge. Echa una mirada con los gemelos.

Jorge se llevó los gemelos a los ojos. Eran, en verdad, magníficos. Se podía ver con ellos muy lejos. Millas y millas como había dicho Jack.

—Sí... es raro ver a los automóviles y los camiones del tamaño de juguetes, circulando por esas carreteras que parecen cintas —dijo—. Hombre... ahí va un coche negro, muy parecido al de Bill. Voy a observarle, a ver hasta dónde puedo seguirle.

Los otros permanecieron echados, medio dormidos, escuchando la voz de Jorge. El sol calentaba mucho ahora, y no sentían ganas de andar después de la succulenta merienda.

—Sí... se encuentra en la carretera real aún —dijo Jorge, atisbando con los gemelos—. Allá va... y a buena velocidad, por cierto. A bastante velocidad. Quizá se trate de un coche policíaco.

—Un coche policíaco no puede reconocerse desde tan lejos —advirtió Jack.

Bill alzó la mirada del periódico. Él sí que sabía mucho de coches de policía.

—Dime su número de matrícula y te diré si es un coche de la policía —dijo.

Los niños se echaron a reír.

—Eso ha sido ingenioso, Bill —anunció Jack—; pero sabe usted divinamente que no hay peligro de que podamos ponerle a prueba: es imposible leer el número de matrícula a esta distancia. ¿Aún ves el coche, Jorge?

—Le he perdido de momento —contestó el niño—. Se ha metido por detrás de unos edificios... No, ahí está otra vez. Ha llegado a la encrucijada... ha cruzado. Ahora se ha detenido.

Gussy soltó un ronquido, que «Kiki» se apresuró a imitar. Jorge continuó con su reseña.

—Se ha apeado un hombre... Creo que debe haber retrocedido un poco para consultar el poste indicador. Ha vuelto a subir al coche. Sí, se han equivocado de camino... dan marcha atrás. Ah, ya me lo figuraba... han torcido por la otra carretera... la que conduce a nuestro pueblo.

—Acabarás diciéndome que ha llegado a «Villa Cantera» —murmuró Jack, soñoliento—. ¡Apuesto a que estás inventando todo eso!

—He vuelto a perderle de vista. No; aquí viene —prosiguió Jorge, satisfecho—. Sí, cruza, el pueblo... baja por el camino. Ha vuelto a detenerse. Creo que le están preguntando el camino a alguien... a algún labrador quizá. No puedo verlo desde aquí. En marcha otra vez... ¡y se han metido por el ramal que conduce a la granja! A la granja van. Probablemente se trata de parientes ricos de la señora Ellis.

Bill soltó bruscamente el periódico y alargó la mano hacia los gemelos. Los

enfocó a la granja y distinguió el automóvil en seguida. Un coche grande, evidentemente de gran precio. Lo escudriñó con atención un minuto y luego devolvió los gemelos sin decir una palabra.

—¿Conoce usted ese coche, Bill? —inquirió Jack, fijándose en su expresión.

—No —repuso el detective—, no lo conozco. Pero... me hace pensar un poco. Siento no poder decir más. Me acercaré a la granja esta noche a hacer unas cuantas preguntas. ¡Así obtendré más información!

Capítulo VII

Una declaración sorprendente

Jorge y Jack sintieron un interés mayor después de haber oído las palabras de Bill. Se turnaron con los gemelos, para no perder al coche de vista, pero éste no se movió de donde se encontraba en veinte minutos. Transcurridos éstos, se marchó por el mismo camino que llegaron.

—Se ha ido, Bill —anunció Jorge—. Supongo que sería una simple visita. Mirad... ¡fijaos en Gussy! Tiene la boca abierta de par en par. Vamos a meterle algo dentro.

—A los burros que duermen, déjalos tranquilos —dijo Jack—. Y no le metas ideas en la cabeza a «Kiki». Ahora se pondrá a buscar por ahí algo que dejarle caer en la boca.

Jorge miró a su alrededor. Aparte de él, sólo Jack y Bill estaban despiertos. Se metió la mano en el bolsillo y sacó algo, algo pequeño, pardusco y lindo, que se quedó sentado en la mano.



—¡Troncho! ¡Tienes un lirón! —exclamó Jack—. Que no te lo vea Dolly... le daría un desmayo.

—Lo encontré cuando veníamos hacia aquí —explicó Jorge—. Lo vi sentado en una rama y me dejó que le cogiera.

—¡Era de esperar! —contestó Jack con cierta envidia—. Yo no sé qué clase de magia tienes. Jorge. Aún no he conocido el animal que se sustraiga a tu hechizo. Qué lindo es, ¿verdad?

—Le llamo Dormilón —dijo Jorge, acariciando al minúsculo animal, cuyos negros ojazos brillaban como espejos—. Los lirones son muy dormilones. He de acordarme de comprar unas nueces, avellanas o algo cuando volvamos al pueblo. A Dormilón le gustaran. He tenido lirones otras veces: son la mar de mansos.

—¡Qué agradable es encontrar un lirón en el bolsillo cada vez que se mete uno la mano! —observó Jack—. Hola... ¡oigo voces!

Los niños miraron hacia el punto de donde procedían. Vieron a dos hombres, evidentemente labriegos, que seguían un sendero al pie de la colina y hablaban entre sí.

—Me parece que voy a echar una carrera y preguntarles si saben dónde hay tejones por aquí —dijo Jorge—. ¿Me acompañas, Jack?

Los dos niños bajaron corriendo la colina. Los hombres les oyeron acercarse y volvieron la cabeza.

—Buenas tardes —jadeó Jack—. ¿Les molestará que les haga un par de preguntas? Acerca de los tejones.

—¿Tejones? ¿Y qué son? —inquirió el más joven de los dos.

—¡Bah, hombre, no me digas que no lo sabes! —dijo el más viejo—. Llaman así a los «brocks».

—¡Ah, «brocks»! No, no sé una palabra de ellos. En mi vida he visto uno.

—Eso es porque duermes en cama todas las noches —dijo el más viejo, riendo—. El tejón sale de noche. Los he visto muchas veces.

—Eres un cazador furtivo, Jeb; eso es lo que eres —dijo el joven—. Fuera de casa por la noche, cuando la gente honrada está durmiendo. ¡Así ves tú a los «brocks»!

—Tal vez, tal vez... —dijo el otro, bailándole la risa en los ojos. Se volvió hacia los niños—. ¿Qué es lo que queréis saber de los «brocks»?

—Pues..., me gustaría observarles —respondió Jorge—. Me gustan los animales de todas clases. Pero no he tenido muchas oportunidades para ver tejones. ¿Dónde los puedo ver por aquí? Estamos viviendo en «Villa Cantera».

—¡Ah, conque de ahí sois! Entonces encontrarás algún «brock» no lejos de tu casa. Quizá lo encuentres en el bosque por el lado este de la casa..., ése es el sitio más probable... o tal vez encuentres uno en la antigua cantera. Vi la guarida de uno de ellos allí... el año pasado. Descubrí que tenía allá su madriguera por la cantidad de tierra que había sacado para hacerla.

—Sí, así es... Siempre hacen eso —dijo Jorge pensando en lo mucho que le

gustaría hacer amistad con aquel hombre. Estaba seguro de que podría contarle muchas cosas.



—Bueno, pues muchas gracias. Vigilaremos los dos sitios.

—Hay lechuzas en la cantera también —le dijo el viejo—, mochuelos pequeños y alucones. Van allí a cazar ratas y ratones. Les he oído... a los alucones, aullar y ulular como demonios. ¡Le ponen a cualquiera los pelos de punta!

—Ya lo sé —dijo Jack, tomando la determinación de ir a vigilar a la cantera.

Le gustaban mucho las lechuzas. Quizá pudiese capturar a una de ellas y domesticarla. Pero tendría que andar con cuidado para que no viese al lirón, porque, como le viese... «Requiescat in pace!».

Los dos niños marcharon juntos, explorando la cónica colina. Un grito procedente de la cima llamó su atención.

—¡Jack! ¡Jorge! Vamos a regresar dentro de unos instantes. ¿Venís con nosotros, o queréis volver más tarde?

—Iremos ahora —gritó Jack.

Y empezó a subir, seguido de Jorge. Hallaron a Gussy despierto, pero ceñudo. Escupió algo al llegar ellos.

—¡Modales, modales! —le reprendió Jack.

—Dice que alguien le metió hojas de hierba en la boca —explicó Dolly, riendo—, conque no hace más que escupir. ¿Se las metiste tú, Jack?

—No —contestó el niño—. Y tampoco lo hizo Jorge.

—¿Lo estás viendo? —exclamó Dolly, triunfal, volviéndose hacia el enfurruñado Gussy—. Nadie te metió nada en la boca mientras dormías. Lo estás inventando tú. Apuesto a que fuiste tú quien se puso a mascar hierba.

—No es verdad —contestó Gussy—. Fue una cosa malvada que hacer. Casi me estranguló.

—Querrás decir que casi te ahoga o atraganta —dijo Lucy—. Bueno, pues es un misterio. Nadie lo hizo. Y, sin embargo, casi te «estrangularon» con hierba. No escupas más. Es imposible que te quede ya ni una brizna en la boca.

Jack y Jorge se miraron. Sabían perfectamente quién le había gastado aquella broma al pobre Gussy. Éste interceptó la mirada y se volvió hacia ellos.

—¡Vosotros sabéis quién lo hizo! ¡He visto cómo os mirabais!

—Bueno, pues sí que lo sabemos —respondió Jack—. Y ha estado la mar de bien la jugarreta. Pensamos hacerlo nosotros mismos al ver la cara de tonto que ponías con la boca abierta y roncando.

—Yo no ronco. Y decidme quién lo ha hecho.

—Vamos —intervino Bill—. Supongo que fue «Kiki». No es la primera vez que hace semejante cosa: ¡me lo ha hecho a mí! ¿Es que no eres capaz de aguantar una broma, Gus?

Gussy estalló de pronto, rompiendo a hablar en su propio idioma. De pie allí, echándose hacia atrás la larga cabellera, congestionado el rostro, soltó por la boca un chorro abrumador de incomprensibles palabras. Nadie lo entendió.

A «Kiki» le llamó poderosamente la atención aquel torrente, lo que se le antojó jerigonza. Se posó sobre el hombro de Jack, cerca del enfurecido niño, y escuchó atentamente. Cuando éste se detuvo para recobrar el aliento, el loro continuó por su cuenta.

—Jerigorolipanzuchugamimpampitomédicogussyberrenchín —empezó diciendo.

Y soltó un torrente de tonterías compuesto de palabras que conocía, entrelazadas con otras cuyo sentido ignoraba. Todos rompieron a reír a carcajada limpia. Daba la sensación de que «Kiki» le estaba hablando a Gussy en su propio idioma.

Gus enmudeció. Miró al loro, estupefacto.

—¿Habla inglés ahora? —quiso saber—. ¿Qué es lo que habla?

—Habla la mar de tonterías, como tú —contestó Jack—. Cállate, «Kiki». No te exhibas ni alardees de erudición.

Bill y la señora Cunningham habían comenzado ya a bajar la cuesta. Las niñas les imitaron, riendo. Gus estaba enfadado; pero la verdad era que proporcionaba a sus compañeros la mar de diversión.

Siguió a los demás por fin, sacudiendo, retador, la larga cabellera. Escupió de

cuando en cuando, como si aún tuviese hierba en la boca, y «Kiki» le imitó con regocijo, soltando una carcajada de cuando en cuando.

Serían las cinco y media aproximadamente cuando llegaron a «Villa Cantera».

—Si alguno de vosotros quiere té después de tan enorme merienda, ¿querrá servirse él mismo un vaso de leche y unas galletas? —dijo la señora Cunningham—. O un poco de pastel de frutas, si es que le acucia de veras el hambre.

Al parecer, los cinco niños se sentían acuciados por el hambre, porque tomaron la despensa por asalto, y redujeron el pastel de frutas a un insignificante fragmento. También se bebieron toda la leche, con gran consternación de la señora.

—¡Ahora no nos queda una gota para haceros el cacao esta noche, ni para el desayuno de mañana! —dijo.

—Ya me traeré yo la que pueda esta noche cuando me acerque a la granja —anunció Bill—. Me servirá de excusa para hacer la visita y las preguntas.

—¿Hay algún misterio en marcha? —inquirió Dolly—. Nunca me siento muy segura con usted, Bill. Aun en pleno veraneo, siempre me pregunto si no estará cumpliendo al mismo tiempo alguna misión secreta.

—Con misterio o sin él, Bill siempre anda con los ojos abiertos —dijo Jorge—. Eso forma parte de su profesión, ¿verdad, Bill?

—Juguemos una partida —dijo Dolly—. ¿Dónde están las cartas? Jugaremos a la Escalera. ¿Sabes jugar a eso, Gus?

—Sé jugarlo —asintió el niño—. En el colegio lo jugué el curso pasado. Y lo juego bien. Muy bien. Voy así de aprisa.

Fingió estar soltando cartas sobre la mesa y lo hizo con tanto vigor, que el pelo se le cayó encima de los ojos. Se lo echó nuevamente hacia atrás con la mano. Se pasaba la vida haciendo eso, y a Dolly le ponía los nervios de punta.

—¡Qué pelo más horrible! —exclamó—. Debieras ser una chica.

—Bueno, hazme el favor de no empezar —intervino Jack—. Una chispa insignificante basta para hacerle estallar. ¡En mi vida he visto persona tan susceptible! No me mires así, Gus; hace que me tiemblen las piernas.

—¡Puf! —dijo Gus, con desdén.

—¡Puf! —repitió «Kiki», en seguida—. ¡Puf, puf, puf!

—Calla ya —ordenó Jack—. Con uno que pufe en la familia basta. ¿Tienes las cartas, Dolly? ¡Ah, magnífico!

Se sentaron haciendo corro en el suelo, y se pusieron a jugar a la Escalera. «Kiki» no comprende el juego ni pizca y se retiró enfadado a un rincón cuando Jack se negó a permitirle que cogiera ninguno de los naipes.

—¡Puf! —le oyeron decir—. ¡Puf!

Con gran sorpresa suya, los niños descubrieron que Gus era, en efecto, un buen jugador de Escalera. Tenía mucha destreza y no menos vista, dándose cuenta en seguida del montón en que debía colocar las cartas. Porque el juego era eso: quitarse las cartas de encima encajándoselas a los demás, cosa que sólo podía hacerse cuando

se presentaban correlativos los naipes. Cada niño colocaba una carta ante sí. Si al que le tocaba jugar le salía un seis, por ejemplo, al sacar el naipe de debajo del montoncito que tenía boca abajo delante de él, podía colocarlo sobre cualquier cinco o cualquier siete que hubiese sobre la mesa, y continuar jugando mientras le salieran cartas de las que pudiera deshacerse de igual modo.

Gus se puso la mar de excitado y jadeó ruidosamente. Se le cayó el pelo encima de los ojos, y se lo apartó con la mano. Jack depositó tranquilamente una carta sobre el montón en que había estado a punto de colocar la suya Gus, y éste soltó una exclamación de disgusto.

—¡Iba a poner la mía allí... pero se me cayó el pelo!

—¿Por qué llevas el pelo así entonces? —preguntó Dolly—. Pareces una niña. ¿Por qué no te lo cortas?

—Ésa —anunció Jorge, jugando una carta— es una idea magnífica. Iremos al pueblo mañana a ver si hay peluquero. Te lo dejará la mar de bien recortado, Gus. ¡Acabarás por dislocarte el cuello de tanto sacudir el pelo hacia atrás!

—Sí, la idea es buena —asintió Jack, mirando a Gus con una sonrisa—. Se lo haremos cortar mañana.

Gustavo les sorprendió. Tiró los naipes y se puso en pie con el semblante congestionado.

—El pelo corto es para los niños como vosotros —dijo, con desdén—. No es para mí. Jamás he de tener yo corto el pelo. En mi país es costumbre que los niños como yo lleven el cabello largo.

—¡Los niños como tú! —exclamó Jack—. ¿Qué quieres decir? Tienes un concepto muy elevado de ti mismo, chico. Podrás ser de familia rica, pero te comportas como si fueses de la realeza, y eso sí que no está bien. Tú no eres un príncipe, conque no intentes obrar como si lo fueses. Sólo consigues ponerte en ridículo.

Gus se irguió cuanto le permitió su estatura. Echó hacia atrás el pelo de nuevo.

—¡Soy un príncipe! —anunció, con teatral gesto—. ¡Soy el príncipe Aloisio Gramondie Racemolie Torquinel de Tauri-Hessia!

Capítulo VIII

Bill da explicaciones

Reinó un silencio de muerte tras tan dramática declaración. Nadie dijo una palabra, ni siquiera «Kiki». Todos contemplaron con asombro a Gus, sin saber si dar crédito a sus palabras o no.

De pronto empezaron a temblarle los labios al muchacho, e intentó comprimirlos con firmeza. Lucy estaba segura de que le habían entrado ganas de llorar.

—¡He quebrantado mi palabra! —gimió Gus de pronto—. ¡Soy príncipe y he quebrantado mi palabra!

Sonó una voz tras ellos. La de Bill.

—Sí, has quebrantado tu palabra, Luis Gramondie Racemolie Torquinel. Y tu tío me dijo que eso no lo harías jamás. ¿Cómo he de velar por tu seguridad si no cumples tu promesa?

Se adelantó el detective, severo el rostro. Todos le miraron con alarma. ¿Qué sucedía?

—Bill..., no será un príncipe auténtico, ¿verdad? —dijo Jack.

—Aunque parezca mentira, lo es. Su tío es el rey de Tauri-Hessia.

—¡Vaya! ¡Ahora se explica su singular comportamiento! —murmuró Dolly—. Ahora se comprende su manía en dar órdenes..., sus aires de suficiencia..., todo el dinero que lleva y todos sus desplantes.

—Y la longitud de sus cabellos —asintió Bill—. Allá en su país, los príncipes nunca se cortan el pelo tan corto como el nuestro. Lo llevan de un largo determinado, como veis. Es una mala suerte para él, porque, como consecuencia de ello, aquí se burlan de él; ello, no obstante, los muchachos de su colegio sabían quién era y que no podía remediarlo, y no lo pasó demasiado mal.

Hubo una pausa durante la cual los cuatro contemplaron al príncipe Aloisio o Luis. Se quitó éste el pelo de encima de los ojos, sacudiendo la cabeza, y Dolly soltó un gemido lastimero.

—No sabes cuánto te agradecería que no hicieses eso, Gussy. No puedo llamarte Alo... Alo-lo-que-sea. Tendrás que continuar siendo Gussy.

—Ah, no tiene más remedio que continuar siéndolo —aseguró inmediatamente Bill—. Le di el nombre de Gustavo Barmilevo por mi cuenta y razón. En estos instantes están ocurriendo en su país cosas... bastante serias, por cierto... y es de vital importancia que aquí se le conozca bajo otro nombre.

—¿Qué cosas serias están sucediendo? —quiso saber Jack—. ¿Sublevación o algo así?

—Bueno, os lo diré. Su tío es rey, y no tiene hijos, Gussy es el heredero del trono.

Allá en Tauri-Hessia, hay gente a la que gusta muy poco el tío, y menos aún la firmeza con que está gobernando el país. Y, a propósito de eso: lo está gobernando muy bien y nuestro propio gobierno le considera un buen monarca.

—Adivino lo demás —dijo Jack—. Aquellos que no simpatizan con el tío, creen que sería una buena cosa poner en el trono a un muchacho débil que haga lo que le manden ellos. Así podrán hacer lo que se les antoje.

—Exacto —asintió Bill—. Conque andan buscando a Gussy. Si pueden apoderarse de él y colocarle sobre el trono, tendrán que hacer lo que se le mande. A su tío le encerrarán, o matarán.

—Y... ¿Gussy sabe todo esto? —inquirió Jorge.

—¡Vaya si lo sabe! Se le explicó todo. Y él tiene afecto a su tío, y no quiere que sus enemigos le empleen a él como instrumento suyo. Por eso me encargaron a mí de su custodia y le hice pasar por un simple estudiante extranjero llamado Gustavo.

—He quebrantado la palabra que le di —dijo Gussy, con melancólica voz—. Señor Bill, le pido que me perdone.

—Bueno, pues no vuelvas a hacerlo, no te digo más que eso. Nadie te delatará aquí. Afortunadamente para ti, somos todos amigos tuyos... o quisiéramos serlo si te portaras un poco mejor.

—Me portaré mejor ahora mismo inmediatamente —aseguró vigorosamente el niño.

—Hum..., bueno. Eso ya lo veremos —observó Bill, con sequedad—. Resultaría una enorme ayuda que intentaras comportarte como los demás. Así, de venir rondando por aquí algún extraño, te tomara por un simple colegial que está pasando unos días con sus amigos. Realmente, te estás portando como un niño mimado y no como un príncipe. Es más, de ser yo ciudadano tauri-hessiano, me haría muy poca gracia pensar que iba a tenerte a ti por rey cuando te hicieras mayor.

—Bill..., ¿ha sido el gobierno de Tauri-Hessia o el nuestro el que le ha pedido que custodie a Gussy? —preguntó Dolly.

—Los dos —contestó el detective—. Es de importancia para ambos gobiernos que haya un monarca bueno y fuerte en Tauri-Hessia. No puedo decirlos por qué en estos instantes. Creo posible que todo el peligro pase en unas semanas y entonces podrá volver Gussy, seguro, al colegio. Entretanto, tendremos que soportar la actual situación lo mejor que podamos.

—Sí, ahora lo veo todo —dijo Dolly—. Debió usted decírnoslo al principio, Bill. Hubiésemos comprendido mejor.

—Recibí la orden de no decirle una palabra a nadie más que a tu madre. Ella tenía que saberlo, claro. Alquilé esta casita porque estaba bien escondida y a nadie se le ocurriría pensar que Gus se encontraba aquí. Y pensé que si veníais todos también, aún quedaría más oculto..., escondido entre vosotros..., uno de tantos como quien dice.

—Es usted muy listo, Bill —dijo Lucy, metiendo su manita en la de él—. Ya

cuidaremos nosotros a Gussy. No le perderemos de vista. Gussy, somos tus amigos.

—Os doy las gracias —contestó el muchacho haciendo una curiosa reverencia—. Es un honor.

—Así se habla —dijo Bill, dándole una palmada en el hombro—. Y ahora, escuchadme: tenéis que olvidar por completo todo lo de Aloisio Gramondie y de Tauri-Hessia. ¿Me habéis entendido?

—Perfectamente, Bill —contestaron todos.

Estaban muy serios. Resultaba raro verse confrontados con problemas graves y poco usuales en plena partida de Escalera. Lo ordinario y lo extraordinario nunca ligaba bien en realidad. Con alivio se concentraron otra vez en el juego al salir Bill del cuarto para contarle a su esposa todo lo ocurrido.

—¡Mirad lo que ha estado haciendo «Kiki» mientras hablábamos! —exclamó Jack, exasperado—. ¡Ha mezclado todos los naipes! ¡Suelta los que tienes en la pata, «Kiki»!



—Ha estado jugando una partida sólito —dijo Lucy, riendo—. Y tiene dos cartas en la pata exactamente igual que si estuviese aguardando su turno para ponerlas. Suéltalas, «Kiki».

—Uno, dos, tres, seis, ocho, cuatro —dijo el loro, haciéndose un lío con los números, como de costumbre—. Tres, cuatro, quítate el ros...

—Uno, dos, quítate el ros —le corrigió Lucy—. ¡Estás perdiendo la memoria, «Kiki»!

El loro hipó, como solía hacerlo siempre que creía haberse equivocado.

—Basta, «Kiki» —dijo Jack—. ¿Quiere alguno echar otra partida?

Ninguno tenía verdaderas ganas de jugar después de las revelaciones hechas por Bill. No les gustaba discutir las delante de Gussy, aun cuando estaban ansiando hablar de ellas.

La señora Cunningham asomó la cabeza por la puerta.

—Bill marcha a la granja a buscar leche —dijo—. ¿Quiere alguno de vosotros acompañarle? Pero dice que Gussy no.

—Iré yo —anunció Lucy, levantándose del suelo—. Quedaos vosotros con tía Allie para cuidarla.

—Bien —contestó Jack, pensando que, en efecto, era mucho mejor que lo hiciese así, existiendo la perspectiva de que hubiese secuestradores y revolucionarios, aun cuando se hallaran tan lejos de Tauri-Hessia.

—Yo me quedaré en casa también —anunció Dolly—. Tengo una ampolla en el pie.

Conque Lucy se marchó la mar de contenta con Bill. Le gustaba poderle tener para ella sola. Siempre se mostraba la mar de alegre y divertido cuando iban todos juntos, pero a la niña le parecía aún más agradable cuando estaba solo. Le metió la mano por el brazo, y echaron a andar juntos en la luz crepuscular.

—Si tienes deseos de decir algo a Gussy, te advierto, por anticipado, que no debes hacerlo —le dijo Bill en voz baja—. No quiero que llegue a cundir la menor sospecha de que no es, en realidad, lo que parece. Resultaría una cosa muy seria para él verse obligado a ser rey a su edad.

—No diré una palabra —aseguró Lucy en un susurro—. Hablemos de Jack.

—Siempre estás dispuesta a hablar de Jack, ¿verdad? —dijo Bill, sonriendo—. Bueno, pues he de confesar que Jack tiene algo que me gustaría tener a mí.

—¿Qué es eso? ¿«Kiki»? —preguntó Lucy.

—No..., una hermanita muy buena. Es agradable encontrar a dos hermanos que se quieren tanto.

—Nuestra mamá y nuestro papá murieron cuando aún éramos muy pequeños —dijo la niña—, conque sólo nos teníamos el uno al otro. Pero ahora los tenemos a usted y a tía Allie, y tenemos a Jorge y a Dolly también. ¡Somos muy afortunados!

—Y yo soy muy afortunado también —anunció el detective—. Me he encontrado de golpe y sopetón con la familia más buena que pudiera haber deseado. Escucha cómo ululan los búhos. ¡Qué colección de sonidos!

—Ésa era una lechuza —explicó Lucy, a quien Jack había enseñado a distinguir las diferencias llamadas de las aves—. Y ese otro un búho pequeño.

—Y, ¿qué demonios es eso? —exclamó Bill, sobresaltado, al sonar un estridente chillido cerca de su cabeza.

Lucy se echó a reír.

—Es un aullido corriente de «Kiki». Chilla de esa manera para asustar a los ratones y a las ratas.

—Pues a mí también me ha asustado —dijo Bill—. Ah..., ¿es ese edificio que veo la granja? Lo es. Tú ven conmigo, Lucy, y no dejes que te cause sorpresa alguna mi conversación con la señora Ellis.

Llamaron a la puerta y entraron en la amplia y confortable cocina. Aun cuando la noche era cálida, ardía el fuego en la chimenea y la anciana tía Noemi hacía calceta en un rincón, envuelta en una toquilla.

La señora Ellis acudió a su encuentro.

—¡Cuánto me alegro de verles! ¿Cómo les va? ¿Se han instalado cómodamente ya? Muy bien. ¿Y qué puedo hacer por ustedes? ¡Siéntese, por favor!

Se sentaron. Lucy encontró una mecedora y se acunó en ella. Un gato grande le saltó encima del halda, se acomodó, y se quedó dormido. Lucy experimentó la misma sensación que si la hubiese conferido un gran honor.

La granjera le dio un trozo de pastel y, mientras lo mordisqueaba, escuchó perezosamente, al detective. Éste empezó dándole todas las noticias a la mujer. Luego se puso a hablar de la «Villa Cantera».

—Es un sitio muy lindo y muy apacible —dijo—. No deben venir forasteros por aquí nunca, ¿verdad, señora Ellis? Salvo algunas personas como nosotros, que quieren pasar en la comarca unos días.

—Es curioso que diga usted eso —contestó la granjera—, porque llegaron dos forasteros aquí esta tarde..., en un coche negro muy hermoso. Muy parecido al suyo, señor Cunningham.

—Supongo que se extraviarían —dijo Bill.

Había erguido las orejas al oír aquellas palabras. Lucy estaba segura de ello, aun cuando el tono de voz del detective no acusaba cambio alguno.

—No, no se habían extraviado —respondió la señora Ellis—. Se trata de un matrimonio. La esposa ha estado enferma y desea alojarse en un sitio tranquilo donde haya buenos alimentos. Andaban buscando una granja agradable en que pasar unos días y alguien les habló de la nuestra. Conque vinieron a enterarse.

—Ya... Y... ah..., ¿le dijo usted que las daría alojamiento, señora Ellis?

—Sí, señor... y por cierto que me regañó mi marido por hacerlo. Dice que me dejo arrastrar siempre por la bondad de mi corazón. Van a venir mañana. Dicen llamarse Jones... pero para mí que son extranjeros.

—Extranjeros —murmuró Bill, muy despacio—. Sí..., ¡ya me figuraba yo que iba a decir usted eso!

Capítulo IX

Una visita

Lucy dejó de mecerse en su asiento y se le fue el alma a los pies. ¡Extranjeros! ¿Quería eso decir que procedían de Tauri-Hessia o como quiera que se llamara el país y que habían seguido la pista de Gussy? ¡Ay, Señor! No..., ¡no era posible que estuviese empezando otra aventura! Había parecido como si aquélla fuese a ser una vacación agradable y tranquila.

—¡Maldita sea! —le susurró Lucy al gato—. ¡A paseo con Gussy! ¡A paseo con su tío!

Bill hizo unas cuantas preguntas cautelosas más, pero la señora Ellis no tenía ninguna otra cosa de interés que decirle. Se puso en pie, cogió la leche que le había traído y, le pagó. Le dio las gracias y las buenas noches, y salió con Lucy a la estrellada noche.

—Me temo..., me temo mucho..., que alguien anda sobre la pista de Gussy —dijo el detective medio susurrando al emprender el camino de regreso—. Pero..., ¿cómo pueden haber adivinado que se encontraba con nosotros? Es una lástima que su aspecto sea tan llamativo y resulte tan fácil reconocerle. Supongo que debe haberle visto alguien conmigo. Preguntaría quién era yo y, en cuanto lo supiese, lo demás no ofrecía dificultad alguna. ¡Hum! No me hace mucha gracia.

—¿Tendrán que desaparecer de aquí Gussy y usted? —inquirió la niña, en un susurro también y, tan bajo que apenas pudo oírla el detective—. Por favor, no se vaya.

—Tendré que discutir el asunto con tu tía. No le digas una palabra a Gussy. O mucho me equivoco, o le entraría un pánico de mil demonios como se enterase. Y ninguno de vosotros debe dejarla sola en ninguna parte so pretexto alguno... llevadle siempre en medio.

—Sí, Bill. ¡Ay, Señor! ¡Cuánto siento que vaya a ir esa gente a la granja! Bill... pudieran resultar gente corriente, ¿no? No han de ser forzosamente enemigos, ¿verdad?

Bill le dio un cariñoso apretoncito de manos.

—No. Quizá me equivoque. Pero, en estos asuntos, tengo con frecuencia corazonadas. Y tengo una en este instante. No tienes por qué preocuparte, sin embargo. No dejaré que suceda nada.

—Bueno..., mientras usted esté con nosotros... Pero, por favor, no se vaya.

—Descuida, no me iré. A menos que me lleve a Gussy, cosa que, en realidad, sería lo más prudente.

Llegaron a «Villa Canteras» y entraron. Gussy y Dolly se habían acostado. Tía

Allie y los niños aún velaban, leyendo.

Bill fue a llevar la leche a la despensa y regresó. Se sentó y les contó a los tres lo que le había dicho la señora Ellis. La señora Cunningham se puso muy seria.

—¿Cómo se habrán enterado de que está aquí? —se preguntó—. Oh, Bill..., ¿qué haremos ahora? ¿Nos marchamos inmediatamente... todos?

—No. Eso sería decirle demasiado al enemigo —contestó Bill—. No veo que dos personas, un hombre y una mujer, puedan hacer gran cosa solos... ¡no pueden echarse sobre nosotros y arrancarnos a Gussy, quiero decir! Mientras no sean más que dos, no tenemos mucho que temer... y la señora Ellis nos lo dirá en seguida si llegan más. Uno de los niños puede ir todos los días a buscar la leche y enterarse de las últimas noticias.

—Bueno. Seguiremos como hasta ahora entonces —dijo la esposa, y Lucy exhaló un suspiro de alivio—. Se lo dirás a Gussy, claro, ¿verdad, Bill? Para ponerle en guardia. Tiene que ser muy sensata ahora... mantenerse a nuestro lado, no alejarse... y me temo que los muchachos van a tener que cerrar su ventana por la noche.

—¡Maldita sea! —exclamó Jack, que detestaba dormir con la ventana cerrada—. Con «Kiki» ya tenemos bastante, tía Allie. Es un buen centinela. Hundiría la casa a gritos si se presentara alguno.

—Me sentiría más tranquila si tuvierais cerrada la ventana —insistió su tía—. También yo creo que «Kiki» empezaría a dar chillidos. Ello, no obstante..., no deseo correr riesgos.

Se le dijo a Gussy a la mañana siguiente, y a Dolly también. Jorge se apostó en la vecindad de la granja para ver llegar a los forasteros. Se presentaron en el mismo coche negro que viera él con los gemelos el día anterior. Era largo, ancho, de suspensión baja, y de aspecto muy caro.

—Un «Daimler» —se dijo—. ¡Apuesto a que puede correr como una exhalación! ¿Podré ver qué cara tienen los visitantes?

Eran dos: un hombre alto, delgado, elegante, con traje de buen corte, monóculo en el ojo, y cabello alisado hacia atrás, y una mujer joven, bonita, que hablaba con inconfundible acento extranjero. El hombre hablaba bien el inglés, pero era evidente que se trataba de un extranjero también.

Ayudó a bajar del coche a su compañera con exquisito cuidado. Luego se le apoyó ella en el brazo, y caminaron ambos por el sendero que conducía a la granja. Lo hicieron muy despacio.

—O ha estado ella enferma, o está fingiendo haberlo estado pensó Jorge. —Más vale que regrese a decírselo a Bill... ya Gussy también. Tal vez los reconozcan cuando los describa.

Pero Gussy no los reconoció. Movi6 negativamente la cabeza.

—No, no los conozco.

—No me extrañaría que se presentasen por aquí hoy mismo —anunció Bill—. Nada más que para husmear un poco. Estoy seguro de que saben que me encuentro

yo en esta casa... ¡y que creen probable que Gussy esté aquí con vosotros!

Bill tuvo razón. Aquella tarde, cuando Jack observaba a los pájaros cerca de la casa, oyó rumor de voces. Atisbó por entre los matorrales. ¡Debían ser los forasteros de la granja! El hombre llevaba monóculo, como dijera Jorge. Y la mujer caminaba despacio, apoyada en el brazo de su compañero.



Jack regresó corriendo a la villa, entrando por la puerta posterior.

—¡Bill! —dijo—. ¡Vienen! ¿Dónde está Gussy? Podría mirar con todo cuidado por la rendija para ver si los reconocía.

Gussy corrió a una de las ventanas de delante y se ocultó detrás de la cortina, aguardando a que pasaran. Pero la pareja no pasó de largo. Se metió en la cancela del jardín y cruzó en dirección a la puerta principal. Sonó un agudo repique y la señora Cunningham dio un brinco de sobresalto en la cama, donde estaba descansando. Bill entró en la alcoba.

—Allie, es la pareja de la granja. ¡Qué atrevimiento, venir derechos a esta casa! Es evidente que no creen que sospechamos nada. ¿Quieres bajar tú a abrir la puerta? Yo no apareceré... ni debe aparecer Gussy. No hay inconveniente en que los demás se presenten, claro.

Bill fue a decirle a Gussy que no se asomara, y su esposa bajó corriendo la escalera, alisándose el cabello. Abrió.

Había dos personas aguardando: un hombre y una mujer. El hombre se quitó cortésmente el sombrero.

—Perdonen esta molestia —dijo—. Mi esposa y yo estábamos dando un paseo cuando ha empezado ella a sentirse mareada. Creo que un vaso de agua la ayudaría a reponerse. ¿Tendría usted la amabilidad de dárnosla?

—Oh..., pasen —dijo la señora Cunningham, confiando que no se le ocurriera a Gussy bajar la escalera—. Iré a buscarle un poco de agua.

Les condujo a la sálita, y la mujer se dejó caer en un asiento y entornó los ojos.

—Mi esposa ha estado enferma —dijo el hombre—. La he traído a la granja a pasar unos días... aire puro, comidas sanas, ¿comprende?... ¡mejor que ningún hotel! Pero no debía haberla hecho andar tan lejos el primer día.

—Lo siento —dijo la señora Cunningham, desempeñando su papel lo mejor que supo—. ¡Dolly! ¿Dónde estás? Trae una jarra de agua y un vaso, ¿quieres, hija?

Dolly corrió a la cocina y regresó con una jarra de cristal llena de fresquísima agua y un vaso en una bandeja. Lo depositó todo sobre la mesa y contempló con curiosidad al matrimonio. Éste la contempló a ella a su vez.

—Ah, ¿es ésta su hija? —murmuró la mujer—. ¡Qué criatura más linda! ¿Tiene usted más?

—Sí..., otro hijo mío y otros dos adoptivos. Diles que vengan, Dolly.

La niña fue a buscarles y entraron los tres cortésmente:

Lucy, Jorge y Jack. La mujer soltó un grito al ver a «Kiki» posado sobre el hombro de Jack.

—¡Un loro! ¡No le dejen acercárseme, se lo suplico!

—¡Límpiate los pies! —ordenó «Kiki»—. Cierra la puerta. ¡Grrrrr!

La mujer soltó una exclamación y le dijo algo al hombre en idioma extranjero. Él se echó a reír.

—Mi esposa dice que la gente que venga a visitarles ha de tener buenos modales, o el loro se encargará muy pronto de enseñárselos —anunció—. ¡Conque éstos son sus cuatro niños! Pero, ¿no tiene usted un quinto?

—No —respondió la señora Cunningham—; sólo estos cuatro son míos.

—Creí haberle oído decir a la señora Ellis que había otro niño —dijo la mujer, bebiendo el agua a sorbos y a cortos ratos.

La señora Cunningham alargó la mano hacia una caja de cigarrillos y se la entregó a la mujer, con la esperanza de que ésta abandonara el tema del «otro niño». Pero ella insistió.

—¿Quizás está otro niñoito parando con ustedes? —dijo con dulzura, sonriéndole a la señora Cunningham.

—Ah, supongo que la señora Ellis se refiere a Gussy —respondió la señora—. Gussy pasa unos días con nosotros..., hasta que su familia pueda llevárselo.

—¿Y no podríamos ver al pequeño Gussy? —preguntó la mujer—. Me encantan los niños. Me gustaría verle a él también.

—¿Sabe alguno de vosotros dónde está? —inquirió la señora Cunningham, en voz que convenció a los muchachos de que no deseaba que lo supieran.

Y en verdad que no lo sabían de todas formas. Gussy se encontraba en aquellos instantes metido en el armario de arriba, habiéndose escondido en él no bien oyó llamar a la puerta.

Bill no le hizo salir. Más seguro estaría allí.

—No tengo la menor idea de dónde se encuentra Gussy —contestó Jack—. Andará por ahí solo, supongo. ¿Sabes tú dónde está, Jorge?

—No. Rondando por ahí, seguramente. En el bosque, quizá.

—Ah, le gusta vagar por ahí, ¿eh? —murmuró el hombre—. Bueno..., entonces quizá nos lo encontremos por el camino al regresar a la granja. Gracias, señora, por haberse mostrado tan amable con mi esposa. ¿Me permite que les dé a sus cuatro simpáticos niños algo para que se compren un mantecado? Y aquí va algo también para el ausente Gussy.

Con gran sorpresa de los muchachos, depositó cinco billetes nuevos de media libra esterlina cada uno sobre la mesa, delante de la señora Cunningham. Ella los rechazó inmediatamente, horrorizada.

—¡Por favor, no! ¡Ni soñarlo! No hemos hecho más que darle un vaso de agua. No, no..., vuélvase a guardar ese dinero. No puedo, de ninguna manera, permitir que lo acepten los niños.

El hombre dio muestras de sorpresa y embarazo. Se volvió a guardar los billetes.

—Como usted guste —dijo—. En el país mío es una simple cortesía corresponder a un acto de bondad.

—¿Qué país es el suyo, señor? —preguntó Jack, al punto, pensando: «¡Ajá! ¡Ahora te obligaremos a destaparte!».

El hombre vaciló, y la mujer le dirigió una rápida mirada.

—Mi país..., oh, soy de Italia —dijo—. Un país muy hermoso. Vamos, querida, hemos de marcharnos.

Tomó del brazo a su esposa y la condujo a la puerta, buscando por todas partes con la mirada al ausente Gussy. Le hizo una reverencia a la señora Cunningham y bajó por el sendero. Ésta le dirigió una frase, y el hombre se volvió.

—¿Qué dijo usted? —quiso saber—. No la he entendido bien.

La señora Cunningham repitió la frase. Él pareció quedar intrigado, hizo una nueva reverencia, y salió por la puerta del jardín. Desapareció camino arriba con su esposa.

—Bueno, pues él, por lo menos, no es de Italia —anunció la señora Cunningham—. Le grité en italiano que saludara de mi parte a la señora Ellis y... ¡no comprendió una palabra!

Capítulo X

Una llamada urgente

Jack salió para asegurarse de que la pareja regresaba a la granja. Volvió diciendo que lo habían hecho y Bill celebró inmediatamente una conferencia. A Gussy le habían sacado ya, con dificultad, del armario.

Había reconocido a la mujer, pero no al hombre.

—Es *madame* Tatiosa —dijo—, la mujer del primer ministro. ¡La odio! Es lista, y perspicaz, aguda y cruel.

—¡Cómo! ¿Esa joven tan bonita? —exclamó la señora Cunningham, con asombro.

—Sí —asintió Gussy, sacudiendo vigorosamente la cabeza en gesto afirmativo—. En otros tiempos fue espía a las órdenes de nuestro país. Me lo dijo mi tío. Una espía muy inteligente. Y se casó con el primer ministro, y es ella quien le dice a él lo que ha de hacer.

—¡Hum! —murmuró Bill—. Y, ¿no conociste al hombre, Gussy? No importa. Has reconocido a uno de ellos, de suerte que ahora estamos seguros de que han venido por ti. Casi creo que debiéramos marcharnos. No sé, en realidad, cuál es el mejor plan. ¡Me parece que va a ser mejor que te coja y te entregue a los guardianes de la Torre de Londres! ¡Allí estarías seguro por lo menos!

—Dijo usted, Bill, que si no eran más que dos, el hombre y la mujer, mal podrían hacerle nada a Gussy —dijo Jack—. ¿Por qué no deja que uno de nosotros monte guardia todos los días para asegurarnos de que no llega ningún otro coche a la granja..., ni ningún otro visitante? No me cuesta ningún trabajo irme a pasar el día en la granja y vigilar... y Jorge puede encargarse de hacerlo al día siguiente por turnos.

—Quizá tenga razón —respondió Bill, chupando la pipa—. Sea como fuere, seguiremos igual un par de días más y aguardaremos a que el enemigo dé el primer paso. No cabe duda de que creen que Gussy es el muchacho que andan buscando. Supongo que la señora Ellis les ha descrito minuciosamente... ¡y es bien fácil de describir!

—Sí... por el pelo largo en primer lugar —sonrió Jack—. ¿Me voy a la granja ahora, Bill, a vigilar durante lo que queda de día? Puedo ir a pedir mantequilla o algo, y luego quedarme por ahí ayudando a hacer algún trabajo. Me gustaría eso, por cierto.

—Bien, ve pues —dijo Bill.

Y Jack se marchó, con «Kiki» sobre el hombro. Los otros se levantaron para irse de paseo, ¡bien lejos de la granja, claro!

—Llevaos el té —dijo la señora Cunningham—. Nadie sabrá dónde estáis si os vais a dar un paseo, porque nadie podrá encontraros. Debieras estar bien seguro,

Gussy.

Gussy, Jorge y las dos niñas se marcharon con un cesto de merienda. Caminaron cosa de dos millas, y luego encontraron una cañada cubierta de celidonias. Se sentaron, sintiendo mucho calor después de la caminata.

—Esto es la gloria —observó Lucy—. Me gustan mucho las celidonias. Parece como si alguien les sacara el brillo todas las mañanas. Y, ¡buen trabajador debe ser, porque nunca se le escapa ni un solo pétalo!

Dolly soltó un chillido.

—¡OH! ¿Qué es eso que llevas en el hombro, eh? ¡Oh, es un ratón!

El lirón había decidido que el bolsillo de Jorge se estaba calentando demasiado para su gusto. Conque había salido de él, subido por la camiseta del niño, y asomado por la abertura del cuello, sentándose, por fin, sobre el hombro del muchacho.

—¡Oh..., un lirón! —exclamó Lucy, encantada—. ¿Cómo se llama, Jorge? ¿Me dejarás que lo coja?

—Se llama «Dormilón» y el nombre le sienta a maravilla —contestó Jorge. Rebuscó en el bolsillo y sacó una nuez. Se la dio a la niña—. Toma esto. Ofrécesela a la palma de la mano y correrá a ti.

Lucy colocó la nuez en la palma de la mano y la tendió hacia el animalito teniendo buen cuidado de no hacer movimientos bruscos ni demasiado rápidos. El lirón observó la mano a medida que se iba acercando al hombro de Jorge, y se le estremecían los bigotes y se le contrajo espasmódicamente el hocico.

—Huele la nuez —dijo Jorge—. Estáte completamente quieta, Lucy. ¡Allá va! ¿Qué sensación te producen sus patitas?

—Una sensación deliciosa —aseguró la niña—. ¡Qué rico es! ¡Cuánto me gustaría tener uno a mí también!

—Procuraré conseguírtelo —prometió Jorge.

Dolly puso el grito en el cielo en seguida.

—¡No! ¡Lucy duerme conmigo, y yo no quiero ratones en mi cuarto!

—Éste es un lirón, no un ratón casero —explicó Lucy—. No huele mal ni nada de eso. Es un animalito muy mono y muy tratable.

«Dormilón» se puso a roer la nuez. Un pedazo de ésta se rompió, y él la cogió con las patas delanteras, sentándose exactamente igual que una ardilla. Miró a Lucy, con los brillantes ojos.

—Tiene unos ojos negros y tan grandes, que parecen espejos —observó la niña—. Me veo la cara, muy pequeñita, reflejada en cada uno de ellos.

—¿De veras? —exclamó Gussy, con sorpresa.

Y acercó su rostro al de la niña, para mirarse en los ojos del lirón. Éste huyó inmediatamente, desapareciendo por el cuello de la camisa de Jorge a toda velocidad.

—¡Qué tonto eres, Gussy! —exclamó Lucy, con disgusto—. ¡A nadie se le ocurriría hacer una cosa como ésa más que a ti!

—Excuse, por favor. Mil perdones —dijo Gussy—. Te pido que me perdones,

Lucy.

—Bueno. Pero ojalá que vuelva a salir «Dormilón» —le contestó Lucy, con enfado.

El animalito asomó una o dos veces por el cuello de Jorge, pero no quiso salir del todo.

—No está completamente amansado todavía —explicó el niño—. No le he tenido suficiente tiempo para eso. Pero no tardará en estarlo. Pronto saldrá a las horas de comer y se comerá su nuez, su avellana o lo que sea en mi plato.

—No hará tal cosa como yo pueda evitarlo —aseguró Dolly.

—No seas tonta. Lo que a ti te pasa es que ni siquiera haces el menor esfuerzo porque te gusten los lirones. Tú...

—Alguien viene —dijo Lucy de pronto.

Su agudo oído había advertido rumor de voces.

—¡Métete debajo de ese matorral, Gussy! —ordenó Jorge—. ¡Aprisa!

Gussy desapareció inmediatamente, juntándose el matorral tras él. Era una lástima que el matorral fuese espinoso; pero Gussy no tuvo tiempo de pensar en los pinchazos.

Pasaron dos hombres, hablando con el marcado acento de los naturales de aquella región. Uno de ellos era el que le había dicho a Jorge tantas cosas de los tejones. Le saludó agitando una mano.

—¡Esta noche será buena para ver tejones! —dijo—. Habrá Luna, y esto es lo que les gusta.

—Sal, Gussy —dijo Jorge, una vez hubieron desaparecido los hombres—. ¡Falsa alarma!

Gussy salió a gatas, lleno de arañazos por la cara, las manos y las rodillas. Estaba casi llorando.

—Sangra —anunció Dolly, poco compasiva—. Gussy, estás sangrando por todas partes.

—No es gran cosa —dijo Jorge, sacando el pañuelo y limpiando con él alguna que otra gota de sangre—. Todo el mundo se pincha tarde o temprano. Anímate, Gussy. Y, por el amor de Dios, no seas criatura.

—No me gusta la sangre —respondió el pobre Gussy, con desaliento en la voz—. Me marea y me dan ganas de arrojar.

—Pues maréate y arroja —dijo la dura Dolly—, pero no des la lata.

Gussy hizo un valeroso esfuerzo y tragó el nudo que tenía en la garganta. No lloró después de todo. ¡Qué victoria!

Después de haber consumido hasta la última migaja de la merienda, decidieron emprender el camino de regreso. Jorge quería echarle un vistazo a la cantera por el camino, para ver si le daba la impresión de que, efectivamente, podían frecuentarla los tejones.

Vagó por el extenso y desierto lugar, examinando los setos. En busca de vestigios

de alguna guarida de aquellos animales. Las niñas y Gussy recorrieron corriendo los pocos centenares de metros que mediaban entre la cantera y la casa. Lucy había opinado que debían hacerlo, por si algún enemigo les estaba acechando.

—¿Hay alguna noticia? —preguntó, cuando entraron en la villa, jadeando—. ¿Ha vuelto Jack de la granja?

No había vuelto. Nadie tenía noticia alguna al parecer. Ni la tuvo Jack cuando regresó.

—No se ha acercado un alma a la granja —dijo—. Y ni siquiera vi al hombre ni a la mujer. Deben haber estado todo el tiempo en su habitación. Una vez oí un tin-tin, como si alguien hubiese estado usando el teléfono. Quizá fueran ellos.

—Cualquiera sabe —contestó Bill—. Bueno..., pues yo parezco haberme pasado el día haciendo el vago. Tengo unos periódicos que leer, y para cuando acabe, será ya hora de cenar. ¡Va a haber una Luna magnífica esta noche!

—La más a propósito para los tejones —le susurró Jorge a Jack—. ¿Te gustaría salir a ver si encontramos alguno?

—¡Vaya si me gustaría! —contestó Jack—. Saldremos sin hacer ruido cuando estén los demás en la cama. Gussy tiene un sueño tan profundo, que no se enterará de nada.

Llega la hora de la cena. Jamón, lechuga, dulce de leche y nata.

—La clase de comida más indicada —dijo Jorge—. ¿Por qué no podrán dárnosla en el colegio también?

—No empecemos otra vez con las comidas del colegio, Jorge —le dijo su madre—. Estás bostezando. ¡Vete a la cama!

—Sí que lo haré. ¿Vienes, Jack?

Jack recordó que habían proyectado hacer una excursión a la luz de la Luna, y movió afirmativamente la cabeza. Más valdría que durmieran un poco antes. Gussy subió con ellos. Las niñas se quedaron abajo terminando de leer sus libros, y luego se retiraron también.

—Pondré la alarma de mi despertador para las once —le dijo Jorge a Jack en voz baja, no queriendo que le oyera Gussy—. Me lo meteré debajo de la almohada, y no despertará a nadie más que a mí. ¡Troncho! ¡Qué sueño tengo!

Al cabo de diez minutos, los cinco niños estaban ya dormidos. Abajo, Bill y su esposa estaban escuchando la radio.

—Aguardaremos a las noticias de las diez y luego nos acostaremos —dijo Bill.

Pero cuando estaban ya a punto de dar las noticias de las diez, se oyeron unos golpecitos discretos en la puerta. Bill se puso rígido. ¿Quién era? Miró a su esposa, y ésta enarcó las cejas. ¿Quién podría ser, a aquellas horas de la noche?

Bill se acercó cautelosamente a la puerta. No la abrió. Preguntó con la voz pegada a una rendija:

—¿Quién va?

—¡Oh, señor!, la señora Ellis me ha mandado para pedirle que suba a la granja —

dijo una voz, llena de ansiedad—. Se trata de su tía. Se ha caído y se ha roto la cadera. ¿Puede venir? ¡Está tan desesperada la señora Ellis! Me mandó a buscarle a usted, porque el médico se encuentra ausente.

Bill abrió la puerta. Vio una figura encorvada, envuelta en una toquilla. Debía tratarse de Alicia, la vieja que ayudaba a la señora Ellis en la cocina.

—Pase —dijo.

—No, señor, gracias. Tengo que volver a la granja —contestó la anciana—. Vendrá usted, ¿verdad?

—Sí, iremos —respondió Bill.

Cerró la puerta y fue a decírselo a su esposa.

—Es un mensaje de la señora Ellis, acerca de esa anciana tía suya. Al parecer se ha caído y se ha fracturado la cadera. ¿Quieres ir tú, Allie? Te acompañaré yo, claro; pero he de dejarte luego y regresar aquí, por Gussy. Pero el señor Ellis te traerá a casa, a menos que te quedes a pasar la noche allí.

—Sí, y más vale que marche inmediatamente —repuso la señora Cunningham—. ¡Pobre señora Ellis! ¡Precisamente lo que ella había estado temiendo que ocurriera!

Se vistió y salió con Bill por la puerta principal.

—No vale la pena despertar a los niños para decírselo —anunció el detective—. Duermen como lirones. Y en cualquier caso, estaré de vuelta aquí dentro de unos minutos.

Cerró silenciosamente la puerta, se aseguró de que llevaba la llave para abrir a su regreso y emprendió el camino con su esposa. ¡Qué noche de Luna más maravillosa! Iba a disfrutar con el paseo.

Capítulo XI

Sucesos en la noche

La Luna derramaba su luz sobre el campo cuando marido y mujer se pusieron en camino.

—¡Qué noche más hermosa! —exclamó Bill—. ¡Casi hay tanta luz como si fuera de día!

Subieron por el sendero, aceleraron el paso todo lo que les fue posible.

—Preguntaré en la granja si puede acompañarte el señor Ellis a «Villa Cantera». No me entretendré allá ni un instante. Estoy preocupado por Gussy. Tal vez intente ver a *madame* Tatiosa y a su compañero..., aunque no tengo el menor deseo de que me vean a mí ellos.

Se hallaban a la altura de un macizo de árboles, denso manchón de sombras en la claridad de la noche. Pasaron junto a él sin reparar en el pequeño movimiento que se produjo en la oscuridad.

Los acontecimientos se sucedieron de pronto con una velocidad vertiginosa. Cuatro figuras surgieron de entre los árboles, corriendo silenciosamente por la hierba. Bill se volvió al oír un leve sonido, pero casi en el mismo instante alguien se abalanzó sobre él, derribándole.

La señora Cunningham sintió que la rodeaba un brazo, y que una mano le tapaba la boca. Intentó gritar, pero sólo pudo emitir un sonido ahogado.

—No luche —le dijo una voz—. Y no chille. No vamos a hacerles ningún daño. Sólo queremos quitarles del paso durante un rato.

Pero Bill forcejeó, claro. Sabía lo que buscaban aquellos hombres: ¡a Gussy! Gimió, enfurecido consigo mismo. Se trataba de una treta. La anciana tía Noemi no había sufrido caída alguna. No habían mandado ningún mensaje de la granja. No era más que una estratagema para alejarles de la casa mientras secuestraban a Gussy.

Alguien le amordazó rodeándole la cabeza con un trapo. ¡Apenas podía respirar! Se preguntó cómo le iría a su mujer, pero no le era posible ver ni oír nada. Dejó de luchar cuando le echaron los brazos hacia atrás y se los ataron con una cuerda.

Nada podía hacer. Eran cuatro contra dos, y como les había pillado por sorpresa, aún resultaba mayor su desventaja. Quizá pudiese desatar la cuerda con que le habían atado en cuanto se marcharan a buscar a Gussy. Aún quedaba una esperanza de poder hacer abortar la intentona.

La señora Cunningham estaba asustada e hizo todo lo que pudo por escapar; pero un solo hombre bastó para sujetarla y atarla de pies y manos. También a ella la amordazaron para que no pudiese chillar.

—Sentimos mucho todo esto —dijo, cortésmente, una voz masculina—. Es de

gran importancia para nosotros quitarles de las manos al príncipe. Su patria lo necesita. No le haremos ningún daño, y no les haremos daño a ustedes tampoco. No hemos hecho más que causarles alguna molestia. Una vez se encuentre el príncipe en nuestro poder, uno de nosotros regresará aquí a ponerles a ustedes en libertad si es posible. De lo contrario..., bueno, ya les encontrará algún labrador a primeras horas de la mañana.



Dejaron a Bill y a su esposa en un almiar, al abrigo del viento. Uno de ellos le había registrado los bolsillos a Bill y le había quitado la llave de la casa.

El detective oyó partir a los hombres, y una vez seguro de que se habían alejado, frotó la cabeza contra el suelo para ver si lograba quitarse el trapo que le habían puesto. ¿Se encontraba su mujer ilesa?

Estaba furioso consigo mismo. ¡Mira que dejarse pillar tan estúpidamente en una trampa! La mensajera, sin duda alguna, había formado parte de la cuadrilla. A ello se debía el que se hubiese negado a entrar. Debiera haber bastado esto último para despertar sus sospechas. Un mensajero auténtico les hubiese aguardado y vuelto con ellos a la granja.

Recordó el tintineo del teléfono que dijera haber escuchado Jack aquella tarde.

Seguramente habría telefonado *madame* Tatiosa a su cuartel general para anunciar que sabía dónde se encontraba el príncipe, y solicitar ayuda para capturarlo. Y al anochecer debía haber bajado otro coche con unos cuantos miembros más de la cuadrilla. Todo encajaba divinamente. Pero ¡el pobre Bill veía claro el plan después de haber sido éste puesto en práctica en lugar de darse cuenta a tiempo!

Se preguntó qué estaría sucediendo en «Villa Cantera». Creía la palabra del hombre que le aseguraba que no iba a hacerle daño alguno al príncipe. Lo único que querían hacer era destronar al tío y poner al sobrino en su lugar. ¡Pobre Gussy! Le obligarían a hacer todo lo que la cuadrilla quisiese, y la vida sería para él un calvario.

Nada estaba ocurriendo en aquellos instantes en «Villa Cantera». Los cinco niños dormían como benditos, e igual le sucedía a «Kiki». La ventana de la alcoba de los muchachos estaba cerrada, de acuerdo con las órdenes de Bill. Pero, ¿de qué servía eso, teniendo ya el enemigo la llave de la puerta?

Transcurrió el tiempo, y sonaron las once. El despertador empezó a repiquetear debajo de la almohada de Jorge, haciendo un ruido amortiguado que le despertó de golpe. Al principio no supo qué ruido era el que le había despertado. Luego se acordó.

—¡Las once! —se dijo.

Y metió la mano, debajo de la almohada para parar la alarma. Se incorporó. La luz de la Luna entraba en el cuarto, dándole a todo un aspecto plateado. ¡Una noche a propósito para ir en busca de tejones! ¡Esa caza que él esperaba con tanto gusto!

Cruzó el cuarto y sacudió a Jack.

—¡Despierta! ¡Son las once! —le susurró al oído.

No tenía la menor intención de despertar a Gussy y correr el riesgo de que éste se empeñara en acompañarles. Pero el muchacho estaba profundamente dormido y no se enteró. La luz de la Luna le daba de lleno en el rostro, iluminando el largo mechón de negro cabello que, como de costumbre, le había caído sobre la frente.

«Kiki» se despertó en cuanto sonó el despertador. Pero estaba acostumbrado a los despertadores amortiguados y se limitó a bostezar y a estirar las alas. Si los muchachos iban a salir, él estaba dispuesto a ir con ellos. Nada le induciría a quedarse atrás.

Los dos niños se vistieron rápidamente, poniéndose pantalón corto, jersey y zapatos con suela de goma. Echaron una última mirada a Gussy, que tenía la boca abierta de par en par de nuevo. Jack sonrió al recordar las hojas de hierba que le había metido «Kiki» en la «Colina de Pan de Azúcar».

Se deslizaron escalera abajo, deteniéndose a la puerta del cuarto de Bill para escuchar unos instantes y asegurarse de que el detective y su esposa dormían.

—No se oye ni una mosca —susurró Jack—. Deben estar dormidos como troncos, para que no suene ni un solo ronquido de Bill.

Nada de sorprendente tenía esto, claro, puesto que, en aquellos instantes, Bill forcejeaba con sus ligaduras allá junto al almiar.

—Saldremos por la puerta de atrás —susurró Jorge—. La puerta de delante chirría un poco. No tropieces con nada en el vestíbulo, por lo que más quieras.

«Kiki» iba sobre el hombro de Jack, tan silencioso como el lirón que reposaba en el bolsillo de Jorge. Siempre guardaba silencio cuando era necesario. Se daba perfecta cuenta de que los niños no querían que se les oyese. Mordisqueó afectuosamente la oreja de Jack, preguntándose qué estaría fraguando su amito en aquella noche de Luna.

Salieron por la puerta de atrás y se detuvieron fuera, tratando de decidir qué camino tomar.

—Me parece que iré contigo al bosquecillo primero —anunció Jack—. Quizá me acerque a la cantera después para escuchar allí a las lechuzas y ver si puedo observarlas cazar ratones o ratas.

Conque se dirigieron silenciosamente al bosquecillo situado al lado este de la casa, sin hacer ruido alguno con sus suelas de goma. Anduvieron muy pegados a los setos, protegidos por sus sombras, temiendo que alguien les viese aun en aquel desierto lugar, ¡era tan brillante la luz de la Luna!

Llegaron al bosque. Jorge sabía la clase de sitios que frecuentarían los tejones y condujo a Jack a un seto que proyectaba su sombra sobre un talud muy grande.

—Ésta es la clase de sitio en que aguardar —dijo—. Metámonos en ese matorral.

Se agazaparon en las negras sombras. Un búho ululó de pronto no muy lejos y «Kiki» respondió inmediatamente con otro aullido, copiando tan exactamente el prolongado y trémulo sonido, que Jack dio un brinco.

—Cállate, «Kiki» —susurró con ferocidad—. Harás que se nos echen encima todos los búhos con tus llamadas. ¡Troncho! ¡Aquí viene el que imitaste!

Un búho pasó volando junto a su cabeza y él se apresuró a agacharla. Lo propio hizo «Kiki», que de buena gana hubiese vuelto a ulular. Le encantaba intrigar a otro pájaro.

Guardó silencio, medio enfadado. Los niños escucharon, aguzados los oídos, escudriñando al propio tiempo los alrededores en busca de algún movimiento. De pronto Jack le dio un codazo a su compañero. Por delante de ellos pasaba un animal largo, parecido a una serpiente.

—¡Un armiño! —le susurró Jorge al oído a Jack—. Y, ¿qué es esto? ¡Un erizo!

Las sombras negras acurrucadas debajo del matorral despertaron la curiosidad del erizo. Marchó sin el menor miedo hacia ellos, para investigar. Jorge alargó la mano, y el erizo la olfateó. Nada le hubiera extrañado a Jack que el animal se le hubiese subido a Jorge a las rodillas, toda vez que ningún bicho le tenía miedo.

Pero el erizo tenía hambre y se alejó en busca de babosas, andando de una manera que recordó a los niños el caminar de un juguete con aparato de relojería. Aguardaron a que el siguiente animal nocturno se presentara. Y esta vez fue un tejón. Así; como suena.

Jorge contuvo el aliento. Apenas había esperado ver uno tan pronto. Era bastante

grande, con la cabeza cubierta de franjas blancas y negras. Se quedó completamente inmóvil a la luz de la Luna, olfateando, preguntándose si lo que percibía era un olor peligroso; el olor de seres humanos.

Pero el viento soplaba hacia los muchachos y el tejón no pudo olerles. Apenas podía vérselo a pesar de la claridad, porque las franjas negras y blancas eran exactamente iguales que las sombras blancas y negras de la noche, pero confusas.

—¡Un enmascaramiento perfecto! ¡Se confunde con el paisaje! —susurró Jorge.

Y Jack asintió con un movimiento de cabeza. Luego le dio un codazo a Jorge. Algo más llegaba.

—¡Tejones pequeños! —pensó Jorge, encantado—. Un grupo familiar... Sí; ahí está la madre detrás. ¡Qué suerte!



Los tejoncitos parecían osos de juguete y eran la mar de juguetones. Empezaron a corretear y los niños observaron sus curiosos juegos, fascinados.

Los animalitos empezaron a botar. Y botaban de verdad, sobre las cuatro patas, dando saltos y aterrizando siempre en el mismo sitio. Parecían pelotas gordas cubiertas de pelo. Se pusieron a botar luego el uno contra el otro. Uno derribó a otro del impacto; pero éste dio inmediatamente una voltereta y se alzó por debajo del

primero, derribándole a su vez.

Aquél parecía ser su juego favorito, y se entretuvieron con él la mar de rato. De pronto, los padres hicieron sonar una llamada y se internaron por el bosquecillo. Los tejoncitos dejaron inmediatamente su diversión y les siguieron. Jack soltó una risa.

—¡Qué escena más divertida! ¡Nunca había visto que jugaran los animales ese juego hasta ahora! ¿Dan volteretas como ésas todos los tejones?

—He oído decir que sí —le respondió Jorge—: Un guardabosque me dijo una vez que los tejones grandes hacen saltar las trampas de esa manera. Se echan sobre el cebo dando vueltas, lo hacen saltar y luego se llevan el cebo. Y lo único que les cuesta es perder unos cuantos pelos del lomo.

Volvió a ulular un búho en la distancia. Luego sonó el estridente chillido de un aullido. «Kiki» se movió, inquieto, sobre el hombro de su amo. ¡Tenía unas ganas locas de ulular y chillar él también!

—Me parece que voy a regresar ahora —dijo Jorge, levantándose—. Me gustaría quedarme a ver pasar otros animales, pero temo dormirme. ¿Vienes, Jack?

—Verás..., me parece que iré a rondar un poco por la cantera —contestó el otro—. Me gustaría ver qué clase de búhos hay allá... y quisiera darle a «Kiki» una oportunidad para que los llamase, por saber si es capaz, en efecto, de hacerles acudir a él. Se que tiene unas ganas muy grandes de intentarlo. ¿Verdad, «Kiki»?

«Kiki» le murmuró algo al oído, temeroso de hablar en voz alta. Jack se alzó y desperezó.

—Bueno, tú vete a la cama y ya iré yo cuando esté dispuesto —dijo—. Supongo que no tardaré más de media hora. No te sorprendas si oyes millares de uluidos dentro de un rato. A lo mejor los provoca «Kiki», una vez se ponga a trabajar en serio.

Jorge regresó a la casita y Jack se encaminó a la cantera. ¡Poco se suponían ellos el susto que les esperaba a ambos antes de que hubiesen transcurrido diez minutos!

Capítulo XII

Captura

Jorge se encaminó a la puerta de atrás de la casita; pero cuando estaba a punto de entrar, se detuvo. ¿Qué ruido era aquél? Sonaba como si alguien se dirigiese a la puerta principal, alguien que subiera por el sendero de puntillas.

Vaciló. ¿Sería alguno que iba en busca de Gussy? Más valdría que avisara a Bill entonces, que fuese a despertarle. Entró silenciosamente por la puerta de atrás y subió de puntillas, la escalera. Se detuvo en el descansillo y miró hacia atrás, al oír un leve sonido.

La puerta de delante se estaba abriendo muy despacio, pero con el pequeño chirrido que siempre se oía. Luego se encendió una lámpara de bolsillo y volvió a apagarse rápidamente. Sí, ¡alguien se estaba introduciendo en la casa, en efecto!

Jorge gritó con toda la fuerza de sus pulmones:

—¡Bill! ¡Bill! ¡Bill! ¡Despierte, Bill! ¡Está entrando alguien!

Se encontraba junto a la puerta de la alcoba de las niñas al gritar, y éstas se despertaron con sobresalto. ¡Cielos! ¿Quién gritaba de aquella manera?

—¡Alguien está entrando! ¡Aprisa, Bill, aprisa! —gritó Jorge de nuevo, preguntándose por qué no daba Bill señales de vida.

Se abrió la puerta de las niñas, y Dolly asomó la cabeza asustada.

—¿Qué pasa? ¿Quién es? ¿Dónde está Bill?

—No os mováis de ahí —ordenó una voz de pronto. Y la luz de una lámpara de bolsillo les iluminó a los tres, porque Lucy había aparecido ya, temblando.

Jorge dio un violento empujón a las muchachas, que casi se cayeron dentro de su cuarto. Luego corrió a la alcoba de Bill gritando otra vez:

—¡«Bill»! ¡Despierte!

La luz de la luna le mostró una cama completamente vacía, ¡una cama que estaba incluso sin deshacer! ¿Dónde estaba Bill? Y su madre... ¿dónde? Quedó estupefacto.

Allá en la alcoba del ático, Gussy se había despertado ya. Se incorporó, aturdido. ¿Qué eran todos aquellos gritos? Se dio cuenta de pronto de que ni Jack ni Jorge se hallaban en sus camas, y saltó de la suya, asustado.

Abajo, en el cuarto de Bill, Jorge seguía gritando. Tenía que estar Bill por alguna parte. Pero, ¿dónde?

—¡Bill! ¡Oiga, «Bill»!

Un cono de luz irrumpió en la habitación. Dos figuras aparecieron en la puerta.

—No encontrarás a Bill —dijo una voz—. Ni a su esposa tampoco. Los hemos capturado. Y ahora buscamos al príncipe Aloisio. No tenemos la intención de hacerle el menor daño... pero ha de acompañarnos. Su patria le necesita.

—¿Qué han hecho ustedes de mi madre? —exigió Jorge, con ferocidad—. ¡Llamaré a la policía! ¿Quién les ha dicho a ustedes que pueden capturar a la gente y venir en busca del príncipe? ¡Eso no puede hacer se en Inglaterra!

—¡Ya lo creo que se puede! —anunció, con suavidad una voz extranjera.

Y el que hablaba avanzó hasta quedar iluminado. Jorge le reconoció en seguida: era el mismo que había estado aquella tarde con la mujer. Detrás de él había otras personas. ¿Cuántos? Jorge sintió que Jack no se encontrara a su lado. Un niño poco podía hacer contra tanta gente. ¡A Gussy no le tenía en cuenta siquiera!

Uno de los hombres dijo algo en un idioma que Jorge no comprendía, y recibió, en contestación, una orden. Sonaron pisadas en la escalera que conducía a la alcoba del ático. ¡Iban en busca de Gussy que, haciendo las cosas al revés, había aparecido arriba, claramente visible a la luz de la Luna! Le habían visto inmediatamente, claro.

Gussy retrocedió hacia la alcoba, se metió dentro, cerró la puerta de golpe y echó el cerrojo. Se apoyó contra ella, temblando. Luego corrió hacia la ventana. ¿Podría escapar por ella?

No. Gussy no tenía nada de escalador y, aunque Jack y Jorge no hubiesen vacilado en intentar descender por la hiedra, Gussy tuvo miedo de caerse.

—¡Abrid la puerta! —clamó una voz.

Pero Gussy no obedeció. Entonces dos de los hombres cargaron contra ella, y ésta cedió en seguida. Pasaron por entre las astillas y se dirigieron a Gussy, que dio un alarido.

Uno de los hombres le hizo una reverencia.

—Alteza, no hemos venido a haceros daño. Hemos aquí en busca vuestra para conducirnos a Tauri-Hessia donde se os coronará rey en lugar de vuestro tío. No goza de simpatías vuestro tío. El pueblo quiere que ocupéis su lugar.



—¡Eso es mentira! —gritó Gussy, temblando—. Se me ha dicho ya toda la verdad. Mi tío gobierna con demasiada firmeza para vosotros, y queréis en su lugar un niño que haga vuestra voluntad. ¡No os acompañaré!

Todo esto lo dijo en su idioma, de suerte que las niñas, que escuchaban temerosas en su cuarto, no comprendieron una palabra. Jorge se abrió paso entre los hombres que había a la puerta de la alcoba de Bill y subió corriendo a la alcoba de Gussy.

—¡Escuchen! —les dijo a los dos individuos que encontró allí—. ¡De sobra saben que ni el gobierno británico ni el suyo propio les permitirán nombrar rey a Gussy! ¡Se van a meter en un atolladero sin salida! ¡Les meterán en la cárcel en este país o en el suyo propio!

Los hombres, con quienes se habían reunido ya los dos de abajo, celebraron una rápida conferencia. Jorge no entendió ni pío. Luego, el hombre del monóculo le hizo una leve reverencia a Jorge.

—Tú vendrás con nosotros también —dijo—. Y los otros niños igualmente. Seréis... oh... unos buenos compañeros para nuestro pequeño príncipe... y, ¡no creo que vuestro gobierno se muestre demasiado enfadado cuando sepa que también estáis vosotros en nuestras manos!

—Ah, conque cree que van a llevársenos y usarnos como rehenes, ¿eh? —dijo

Jorge, fuera de sí de rabia—. ¡Creen que van a poder ponerle condiciones a nuestro gobierno, nada más que porque nos tengan a nosotros prisioneros! ¡En mi vida oí estupidez mayor! ¡No vivimos ahora en la Edad Media!

El otro le escuchó hasta el fin, todo cortesía. Luego hizo un gesto, y los dos hombres se abalanzaron sobre Jorge y Gussy, sujetándoles con las férreas manos, que no hubo ni la menor esperanza de que pudiesen escaparse.

—¡Corred niñas, corred! —gritó Jorge a voz en grito—. ¡Huid de aquí!

Confiaba que las niñas tuviesen suficiente sentido común para refugiarse en el bosque y escapar. Pero aunque sí que lograron bajar la escalera, se encontraron con un hombre en el vestíbulo, y a éste le costó no poco trabajo sujetar a las dos niñas, que gritaban y pataleaban, hasta que otro individuo acudió en su ayuda.

El del monóculo, que parecía ser el jefe, dio una serie de órdenes. Uno de los hombres se separó del grupo y subió la escalera. Bajó luego con un montón de ropa para las niñas y Gussy, que se hallaban aún, naturalmente, en pijama de seda. Las niñas, además del pijama llevaban balines, pero iban descalzas. Fue enviado el hombre nuevamente en busca de zapatos.

—¿Dónde está Bill? —preguntó Lucy, castañeteándole los dientes—. Quiero a Bill. ¿Qué han hecho con él? Y ¿adónde está tía Allie?

—No tengas miedo —le dijo el del monóculo, dándole unas palmaditas—. Os trataremos muy bien. No os haremos daño alguno. Será muy agradable para el príncipe Aloisio tener a sus amiguitos consigo. Lo pasaréis muy bien en Tauri-Hessia.

Lucy se dio cuenta, de pronto, de que faltaba Jack. Miró alocada en torno suyo.

—¿Dónde está Jack? ¿Qué han hecho de Jack?



—Ah, sí... había otro niño. Ahora lo recuerdo —dijo el hombre—. ¿Dónde está?

—Salió a observar a los pájaros nocturnos —contestó con hosquedad Jorge.

Su única esperanza ya era que Jack viera y oyese todo aquello y fuera a buscar ayuda antes que se los llevasen a todos. Había dejado de forcejear. ¿De qué servía? Sólo conseguiría que le hiciesen daño y, si habían de ser capturadas las niñas, comprendió que no tendría más remedio que ir con ellas para cuidarlas todo lo posible.

—¡Observando pájaros! ¡A estas horas de la noche! —exclamó el del monóculo—. ¡Qué costumbres más raras tenéis vosotros los ingleses! No aguardaremos a ese Jack. No le necesitamos.

Abrieron la puerta principal otra vez y empujaron a los niños delante de ellos, sujetándoles fuertemente los brazos.

—Es inútil chillar —anunció el jefe, muy cortésmente aún—. No hay nadie que pueda oírlos... y os amordazaríamos si gritaseis.

—Jorge, ¿qué haremos? —exclamó Dolly, roja de rabia al verse apresada de aquella manera.

—Nada —respondió su hermano—. Sólo confiar en que... ah... todo termine bien.

Dolly comprendió lo que quería decir. Quizá en aquellos mismos instantes, Jack se aproximaba con refuerzos.

Lucy avanzó dando traspiés, envuelta en su batín. Le habían permitido ponerse los zapatos, lo mismo que a los otros. Estaba desanimada y llena de preocupación por la suerte de Bill y de la señora Cunningham, y preocupadísima por lo que pudiera haberle sucedido a su hermano. ¿Se la llevarían a Tauri-Hessia y tendría que hallarse separada de Jack meses y meses? ¿Dónde estaba Jack?

El niño se encontraba en la cantera con «Kiki». Había hallado búhos en abundancia porque, tal como dijera el labriego, aquél era el sitio favorito de las lechuzas de toda clase.

«Kiki» se había estado divirtiendo de lo lindo. Había ululado, aullado y dado gritos y traído a los pájaros casi hasta los hombros del niño. Uno de los búhos le había chillado al oído, dándole con el ala al pasar.

Jack decidió que se le veía demasiado bien en donde se encontraba. Tendría que refugiarse debajo de algún matorral, de lo contrario, alguna de las aves pudiera arañarle la cara con las garras.

Se trasladó al otro lado de la cantera y se dirigió a un seto muy grande que había allí. Al acercarse, vio que la luna arrancaba destellos o algo que había en las sombras. Algo que brillaba mucho. Se detuvo. ¿Qué podía ser?

Avanzó cautelosamente y descubrió que había algo oscuro, largo y muy grande al pie del alto seto, y lo más pegado posible a él. Aquí y allá la luna centelleaba sobre su pulimentada superficie.

—¡Troncho! ¡Es un automóvil! —exclamó, lleno de asombro—. Un coche exactamente igual que el que tiene esa pareja de la granja. Será ése seguramente. Pero, ¿qué hace aquí?

Se aproximó a examinarlo. Estaba vacío. No había nadie dentro. Faltaban, no obstante, las llaves del encendido. Se las habrían llevado para que nadie pudiera ponerlo en marcha durante su ausencia.

—¿Lo habrá aparcado aquí alguien para ir a espiar por los alrededores de «Villa Cantera»? —se preguntó.

Fue a la parte trasera del vehículo. Tenía un compartimiento muy grande para equipajes. Lo abrió e inspeccionó su interior. No había dentro nada más que una goma de neumático y unas cuantas herramientas.

«Kiki» ululó otra vez, y le contestó un búho.

—Cállate ahora, «Kiki» —dijo Jack—. Tenemos que explorar un poco. Nos acercaremos con cuidado a «Villa Cantera» para ver si anda alguno rondando por allí.

Pero antes de que pudiera ponerse en marcha, oyó pasos que se aproximaban a la cantera, y se ocultó inmediatamente entre unos matorrales.

Las pisadas hacían la mar de ruidos, porque eran ocho las personas que entraban en la desierta cantera caminando en dirección al aparcado automóvil. Jack, atisbando desde su escondrijo, vio, con gran alarma, que Jorge, Dolly, Lucy y Gussy iban

prisioneros y fuertemente sujetos por añadidura. Se les quedó mirando, aturdido, sin saber qué hacer.

«Kiki» aulló de nuevo, pero no fue aullido de búho, sino de loro, y Jorge lo reconoció en seguida. ¡Era «Kiki»! ¡Luego Jack debía hallarse todavía en la cantera!

Dio un grito:

—¡Se nos llevan! ¡Díselo a Bill!

El hombre que le sujetaba le dio un empujón.

—Se te dijo que no gritaras. ¿Qué adelantas con hacerlo aquí? ¡No hay nadie que pueda escucharte!

Pero había alguien, claro. Jack. Aunque, ¿qué iba a «poder» hacer Jack en circunstancias como aquéllas?

Capítulo XIII

Un pasajero más

Jack contempló angustiado cómo metían a los cuatro niños dentro del automóvil: Jorge y Dolly detrás, con tres hombres, y Gussy y Lucy delante, con el conductor. ¡Cuánta gente! ¡Si alguien veía pasar el coche con tantas personas!

—Claro que sí —pensó Jack—. Lo cual significa que no pueden ir muy lejos. Llegaron a su destino antes de que se haga de día. ¿Van a llevarles a un escondite relativamente cercano entonces? ¿Por qué habrán cogido a Jorge y a las niñas además de Gussy?

Todos estaban ya dentro del vehículo. Las portezuelas se cerraron con el menor ruido posible. El motor se puso en marcha y... ¡en aquel preciso instante se le ocurrió una idea a Jack!

Corrió, agachado, hacia la parte de atrás del automóvil. No había tenido tiempo de examinarlo. ¿Podría esconderse en él antes de que el coche arrancara? ¡Era un compartimiento tan grande!

El coche empezó a salir muy despacio de la cantera, dando tumbos por las desigualdades del terreno. Jack dio un salto hacia la trasera y se encaramó al compartimiento de equipajes. Se abrió bajo el impacto, y el niño medio cayó dentro, «Kiki» se quedó estupefacto y alzó inmediatamente el vuelo. Jack le miró con ansiedad. No se atrevía a llamarle.



Pero en cuanto el loro vio que su amo se había instalado en el espacio libre, regresó y volvió a posársele en el hombro. Le habló con solemnidad al oído, en voz muy baja, intentando decirle en lenguaje de loro que todo aquello le parecía extremadamente singular, pero que si Jack daba su aprobación a tales sucesos, él no tenía inconveniente en hacer lo propio, ¡y le acompañaría aunque fuese dentro de aquel compartimiento oscuro y mal oliente!

A Jack le sirvió de consuelo su presencia. Se devanó los sesos intentando hallar respuesta a una serie de preguntas. ¿Dónde estaba Bill? ¿Y tía Allie? ¿Cómo habían logrado aquellos hombres entrar tan fácilmente en «Villa Cantera» y hacer prisioneros a todos? Pero, ¿qué habían hecho de Bill? ¿Se encontraría sin conocimiento en la casa? ¿Debiera él haber regresado a asegurarse en lugar de meterse en el automóvil?

El vehículo había aumentado la marcha ya, y recorría los caminos rurales a gran velocidad. Se detuvo ante una casita oscura, de la que salió un hombre. Había otro coche allí, y uno de los que ocupaban el primero se apeó con alivio, y fue a montar en el otro. Éste marchó delante, como guiando al recién llegado. Jack se alegró. No le interesaba que le iluminaran los faros revelándole sentado en el compartimiento de equipajes.

—Debiera cerrar la tapa —se dijo—. Pero ¿y si no consigo abrirla luego? Es necesario que vea dónde llevan a los prisioneros. Si puedo hacer eso poco trabajo me costará dar la alarma y hacer acordonar el sitio para rescatarlos a todos. Espero que

nadie me verá aquí.

El potente automóvil continuó su carrera durante una hora más, luego se detuvo. Se oyó un rápido intercambio de palabras, se encendió una luz y chirrió una verja.

—¡Hola! ¡Hemos llegado adondequiera que sea! —pensó Jack—. ¿Será mejor que me apee ahora que está parado el automóvil? ¡Caramba! ¡Ya es demasiado tarde! Se ha puesto en marcha otra vez.

El coche cruzó un campo oscuro. De pronto, sonó delante de ellos un ruido extraño y muy fuerte. Jack dio un brinco de sorpresa y «Kiki» exhaló un chillido que afortunadamente no pudo ser oído por el jaleo que había.

—¡Un aeroplano! —exclamó el niño—. ¡Conque eso es lo que han proyectado! ¡Se marchan a Tauri-Hessia! Por fuerza ha de ser eso. Y esconderán a Gussy en alguna parte hasta que estén preparados sus planes. Y a las niñas y a Jorge con él. Nadie sabrá dónde se encuentran.

Sintió que el coche se detenía con violenta sacudida. Salió del compartimiento inmediatamente y echó a correr hacia un bulto oscuro que vio cerca. Era un camión. Se agazapó junto a él, vigilando.

No muy lejos había un aeroplano con la hélice en movimiento. No tenía encendidas todas las luces aún, pero se observaban a su alrededor hombres con linternas. Era evidente que estaba a punto de despegar.

¿Qué sitio era aquel? ¿Un campo de aviación particular? No tenía la menor idea. Vio apearse, uno tras otro, a todos los pasajeros del coche negro. Le pareció oír llorar a Lucy, y se le fue el alma a los pies. ¡Cuánto odiaría su hermana todo aquello! No era dura como Dolly ni tenía su resistencia. ¿Dónde se encontraría al día siguiente?

Todos se dirigieron apresuradamente al avión. Jack abandonó su escondite y les imitó. ¡Había tenido otra idea! ¿Podría esconderse en el aeroplano? Se había ocultado en el automóvil sin que sospechara nadie su presencia. ¿Habría algún sitio a bordo del avión en que esconderse?

Pasó revista mental a los aparatos en que volara. El único lugar posible sería el espacio reservado a los equipajes. Probablemente no habría gran cosa en él. Era un riesgo, pero tendría que correrlo. Si le descubrían... bueno, por lo menos estaría con los otros.

«Pero no deben descubrirme —se dijo—. Si lo hacen, me ocultarán en algún lugar también... y he de averiguar adonde llevan a los otros para avisarle como pueda a Bill».

«Kiki» acudió inesperadamente en ayuda suya. No vio razón para no hablar con los otros niños cuyas voces reconoció en cuanto se apearon del automóvil. Se alzó del hombro de Jack y voló hacia Lucy.

—¡Piii suena el pito! —gritó—. ¡Dios salve al rey! ¡Llamad al médico!

Los cuatro niños, que iban adelante, se volvieron con asombro.

—¡«Kiki»! ¡«Kiki»! ¿Cómo has llegado tú aquí?

Los hombres que les empujaban hacia adelante se detuvieron al punto. No sabían

que «Kiki» no era más que un loro y tampoco se habían dado cuenta de su presencia en la oscuridad. Creyeron que debía ser alguien que acudía en busca de los niños, alguien que inesperadamente les había seguido.

Se dieron órdenes. Se encendieron lámparas de bolsillo acá y allá. «Kiki» se asustó y volvió al lado de Jack.

—¡Limpiaos los pies! —gritó, con asombro de los que le buscaban.

Jack pasó al otro lado del camión, porque los hombres se estaban acercando demasiado a él. De pronto vio la oportunidad que esperaba. La atención de todos se hallaba concentrada en los individuos que registraban el campo con las lámparas. Nadie vigilaba el aeroplano.

Corrió dando trapiés en la oscuridad. Por fortuna, la luna se había ocultado tras una nube extraordinariamente negra. Sintió una gota de lluvia. Quizá no saliera la luna ya hasta que estuviera seguro a bordo.

Llegó al aparato y exhaló una exclamación de alivio al ver que estaba colocada la escala. Subió por ella y se encontró dentro del avión. No había nadie allí. Se dirigió, a tientas, a la parte posterior, donde esperaba encontrar el espacio reservado a los equipajes. Tocó algo que tenía forma de caja de embalaje. Sí, ¡allí debía de ser donde ponían el equipaje! Volvió a buscar a tientas y tropezó con una caja. Tenía tapa y la alzó, confiando que probablemente la encontraría vacía.

No lo estaba. Estaba llena de algo blando que lo mismo podría ser ropa que tela de alguna clase. Sacó la mayor parte y la ocultó en un rincón, detrás de la caja mayor.

Luego se introdujo rápidamente en la caja y bajó la tapadera. ¡Justamente a tiempo! «Kiki» se hallaba con él, naturalmente, silencioso y asombrado. Jack le había dado un golpe en el pico para indicarle que debían guardar silencio absoluto.

Oyó rumor de voces y pisadas que subían la escala, luego gritos, golpes y zumbidos. Las hélices, que se habían detenido, fueron puestas en moviente otra vez, y el aeroplano se estremeció violentamente.

Las ruedas rodaron lentamente por el campo y luego dejó de notarse su marcha.

«Hemos despegado —pensó Jack con alivio—. Y me encuentro aquí con los otros, aunque ellos no lo saben. ¿Durará mi suerte? ¿Llegaré al punto de destino sin ser descubierto? ¡Dios lo quiera! Si puedo averiguar dónde los esconden, lo demás será fácil».

Se estaba muy incómodo en la caja; pero como había dejado parte del material blando en el fondo, tenía por lo menos algo mullido sobre que agazaparse. A «Kiki» no le gustó aquello ni pizca. Le gruñó al oído y luego, de pronto, soltó un formidable estornudo.

A Jack le sonó como un trueno. Se quedó más quieto que un ratón, aguardando que se acercara alguien a investigar. Pero no lo hizo nadie. El zumbido de los motores era demasiado fuerte para que pudiera oírse el estornudo del loro. El estornudo había sido real, y no fingido, sorprendiéndose «Kiki» al soltarlo tanto como Jack.

Los niños, que se hallaban en la parte delantera del avión, hablaban en voz baja,

seguros de que el ruido de los motores ahogaría cuanto dijese. Parecía raro encontrarse en un aeroplano en pijama, como se hallaban todos menos Jorge, claro.

—¿Era «Kiki» el que oímos en el aeródromo? —preguntó Lucy—. Tiene que haberlo sido. Estoy segura de que oí: «Piii suena el pito».

—Yo creo que sí lo era —dijo Jorge—. Nada me extrañaría que Jack lograra colgarse del automóvil de alguna manera. Después de todo, sabemos que estaba en la cantera. Probablemente vio lo que sucedía y se subió a la trasera.

—Ojalá estuviese ahora con nosotros —suspiró Lucy—. No me gustará estar sin él. ¿Adónde nos llevarán? A algún castillo horrible o... ¿a un palacio quizá? Gussy, ¿tienes un palacio?

—Sí —contestó el niño—, pero, muy pequeño. No iremos a él, porque la gente me conoce. Me verían. He oído hablar a estos hombres, y no quieren que se me vea aún, Primero han de encargarse de mi tío. Dios quiera que no le maten. Es muy bueno mi tío.

—Dios quiera que no le maten, en efecto —asintió Jorge—. Entonces no tendrías más remedio que ser tú rey, Gussy. ¡Cuánto detestaría yo ser rey! Siempre tener que usar mis mejores modales, no enfadarme nunca ni hacer cosa que estuviese mal hecha o fuese descortés, tener que tratar agradablemente a personas que en realidad me fueran odiosas y...

—¿Por qué no es rey tu padre? —preguntó Dolly—. ¿Por qué eres tú el heredero del trono?

—Mi padre murió —contestó Gussy—. Sólo queda mi madre y, en nuestro país, a las mujeres no se les permite reinar. Conque algún día tendré que ser rey. Me gustará mucho.

—Hombre... a ti te gusta dar órdenes y exhibirte —observó Dolly—, conque supongo que te irá bien. Pero no puedo decir que seas tú la idea que yo tengo de un rey. ¡Ojalá no hubiese sucedido esto! ¡Nuestras vacaciones de Pascua han quedado estropeadas por completo!

—Detesto todo esto —anunció Lucy con melancolía—. Tengo frío y ahora me ha entrado sueño.

—Acurrúcate contra mí —dijo Dolly—. Después de todo es medianoche y es natural que tengamos sueño. También lo tengo yo. Durmámonos. La noche nos parecerá más corta así.

—Me dormía inmediatamente si no fuese porque no hago más que pensar en Bill y tía Allie —contestó Lucy, cerrando los ojos y apretándose contra Dolly para entrar en calor—. No hago más que pensar en... en... no hago más que...

Jorge le sonrió a Dolly por encima de la cabeza de Lucy. La niña estaba dormida ya a pesar de su «pensar». ¡Pobre Lucy! ¡Se encontraba metida en aventuras con la misma facilidad que los otros, pero disfrutando con ello mucho menos que sus compañeros!

Jack se quedó dormido también en la caja, a pesar de lo incómodo de su postura.

«Kiki» se metió la cabeza debajo del ala y durmió apaciblemente. El avión continuó viajando en la noche, a través de una tormenta, saliendo luego a cielo despejado de nuevo, con la luna brillante aún en el firmamento.



Ninguno de los niños vio que volaban sobre el mar. Ninguno de ellos contempló las poblaciones que parecían pueblecillos de juguete allá abajo. Los motores siguieron zumbando y su ritmo acunó mansamente a los durmientes. Por fin, el aeroplano empezó a volar en círculo por encima de un campo de aviación pequeño. ¡Había llegado a su destino! Jorge se despertó apresuradamente y sacudió a las muchachas. Gussy se despertó también y miró por la ventanilla.

—¡Tauri-Hessia! —anunció con orgullo—. Tauri-Hessia, mi patria.

Capítulo XIV

Jack se encuentra sin más ayuda que la propia

El sol acababa de asomar por el horizonte cuando el aeroplano aterrizó suavemente sobre la pista. El cielo estaba dorado y, en la distancia, unas casitas encaladas brillaban bajo la luz matutina.

Jack se despertó al detenerse los motores. Alzó con cuidado la tapa de su caja, escuchando. ¿Habían llegado? De pronto oyó la voz de Gussy que decía:

—¡Tauri-Hessia!

«Conque ya hemos llegado —pensó Jack—. ¿Qué hago yo ahora? Es de día... aunque supongo que acaba de amanecer».

Se hizo bajar a los cuatro niños. El pequeño aeródromo estaba casi desierto, no había en él más que unos cuantos mecánicos. Aguardaba un coche grande. A los niños les obligaron a subir en él un instante de demora. Era evidente que pensaban llevárselos a un lugar secreto lo más aprisa posible.

Jack salió de la caja y se acercó cautelosamente a una de las ventanillas. Vio montar a los muchachos en el automóvil. El hombre del monóculo parecía ser el jefe, y dio una orden al chófer al subir él. Éste, que sostenía la portezuela abierta, hizo una reverencia. Saludó militarmente también y repitió algo que le dijo el del monóculo.

—¡Borken!

Luego se sentó al volante y puso en marcha el vehículo, dirigiéndose a toda velocidad a una verja grande que había a distancia.

«¡Borken! —se dijo Jack para sus adentros—. ¿Será ése el nombre de un lugar o simplemente una palabra hessiana que signifique “gracias” o algo por el estilo? Bueno... se han ido, “Kiki”, tú y yo estamos solos en un país extranjero cuyo idioma desconocemos. Y sólo tenemos unas cuantas monedas inglesas en el bolsillo. Conque, ¿cuál crees tú que será nuestro mejor plan?».

—Llama al médico —contestó «Kiki», irguiendo la cresta y poniendo cara de sabio—. Llama al médico. Pon a calentar el escalfador.

Jack continuó atisbando por la ventanilla. Le pareció que todo el mundo se había retirado a un edificio pequeño de madera al otro extremo del campo, ¿en busca de refrescos quizá? ¡También los hubiese tomado de muy buena gana él!

Avanzó con cuidado hacia el otro lado del avión. Ni un alma. Ni allí ni en ninguna parte. Ni en el campo, ni en la distancia. Visible por lo menos.

—Creo que ha llegado el momento de que nos marchemos, «Kiki» —dijo—. ¿Estás preparado para echar una carrera? Dudo mucho que podamos escapar sin ser vistos... pero llevaremos una buena delantera por lo menos si es que los que nos persiguen salen de este edificio.

Se dirigió a la escalera y la bajó corriendo. Luego cruzó el campo a toda velocidad en dirección a la verja. Nada ocurrió durante unos momentos. Luego aparecieron dos hombres en la puerta del lejano edificio. Se pusieron a gritar al verle y emprendieron su persecución.



Pero el niño les llevaba una delantera enorme, y los hombres se dieron por vencidos casi en seguida, regresando al punto de partida.

—¡No es más que un niño que tenía ganas de ver un aeroplano de cerca! —le dijo el uno al otro.

Jack salió por la verja y se encontró con una ancha y desierta carretera. No había nadie a la vista. Ni siquiera veía casa alguna. ¡Debía ser un campo de aterrizaje muy apartado y solitario aquél! Se puso a caminar carretera adelante, con «Kiki» sobre el hombro. Tenía hambre ya.

«¿Por qué no hay nadie por aquí? —se preguntó—. Ni un automóvil al que pueda pedir que me transporte. ¿Dónde estarán los otros ya? ¡Ojalá estuviese con ellos!».

Se acordó de pronto que era muy temprano. Claro que no habría nadie por el mundo aún. Acababa de salir el sol. Quizá se encontrara con algún trabajador pronto.

Al cabo de un rato le alcanzó un hombre que iba en bicicleta, y el niño alzó la mano para detenerle. El desconocido apoyó un pie en el suelo y detuvo la bicicleta.

—¿Eglinuta? —preguntó.

Así le sonó a Jack por lo menos. El hombre estaba mirando con sorpresa a «Kiki».

—Soy inglés —dijo el niño, intentando hablar despacio y claro—. ¿Dónde está la comisaría de policía?

—¿Eglinuta? —preguntó otra vez el ciclista con cara de desconcierto—. ¿Boozina?

—¡Pap-pap! —exclamó el loro de pronto—. ¡Pap-pap!

Era una imitación perfecta de la bocina de un automóvil.

Jack se echó a reír.

—¿Creías que este señor decía «bocina»? —le preguntó a «Kiki»—. Pues te equivocas. ¡Sabe Dios lo que eso significa! ¡Lástima que no sepa cómo se dice comida en el idioma de Hessia!

—¿Poukepotoplink? —dijo el hombre, probando suerte otra vez. Señaló al loro—. ¿Poukepotoplink? ¡Ai, ai!

Sacó de pronto un librito de notas y un lápiz y se puso a dibujar algo en una de las páginas. Jack se preguntó qué sería. Cuando hubo terminado, el ciclista arrancó la hoja y se la entregó.

El dibujo parecía un mapa de varios caminos. Había algo que parecía un estanque también, y otra cosa que parecía la aguja de una iglesia. Al pie del mapa el hombre había dibujado algo que daba la impresión de ser una tienda de campaña. La señaló con lápiz.

—Poukepotoplink —dijo otra vez en voz muy alta, como si creyera que eso le ayudaría a Jack a comprender.

—Plink-plank, plink-plank —dijo inmediatamente «Kiki». Y rompió a reír a carcajadas.

El hombre le miró con admiración. Desató un saquito y sacó una pasta pequeña, azucarada. Se la ofreció al loro, que la tomó con la pata derecha, imitando al propio tiempo a una gallina.

Jack la miró con hambrienta expresión y el hombre se dio cuenta. Rebuscó nuevamente en el saco y extrajo un bocadillo la mar de grueso, con un trozo de carne muy encarnada en el centro. Se lo dio a Jack, que se emocionó al verlo.

—Gracias —dijo—; muchísimas gracias.

—Chipalikell —contestó, incomprensiblemente, el desconocido.

Y prosiguió su camino, agitando la mano como despedida. Jack echó a andar de nuevo, comiendo el bocadillo. «Kiki» sacó la lengua y lamió la pasta. No le gustó y se la dio a Jack. Éste le dio, en cambio, unas cuantas semillas de girasol, alimento favorito del loro y del que siempre llevaba el niño unos puñados en el bolsillo. «Kiki» se puso a abrirlos y comerlos muy contento.

Jack estudió el mapa. ¿Qué significaba? ¿Por qué lo había dibujado aquel hombre? Debe haber creído que el niño deseaba dirigirse a un lugar determinado. Pero Jack no sabía de ningún sitio en Tauri-Hessia al que quisiese ir como no fuera el lugar al que se habían llevado a los otros. Y éste podía muy bien ser Borken o no serlo. ¡Borken podría querer decir cualquier cosa en aquella extraña lengua hessiana!

Anduvo millas y millas, sintiéndose mucho mejor después del bocadillo. Decidió que su mejor plan sería buscar un puesto policíaco, si es que llegaba alguna vez al fin de aquella ancha y desierta carretera. ¡Parecía como si sólo la hubiesen construido para ir al campo de aviación! Excepción hecha del ciclista, a quien ya mencionamos, no se encontró con ninguna persona.

Pero por fin vio casos en la lejanía. Ah... se acercaba a un pueblo... no; a una población, porque al aproximarse se dio cuenta de que era demasiado grande para poderlo considerar como pueblecillo.

«Si encontrase a alguno que supiera inglés sería una gran ayuda —pensó—. Podría preguntar por la comisaría entonces y hacer mandar un telegrama o un cable a Bill. Ojalá viniera él aquí. ¿Qué le ocurriría? Apuesto a que esos tipos le dejaron sin sentido de un golpe».

Llegó a la población y miró a su alrededor con interés. Las tiendas eran pequeñas y oscuras; las casas, encaladas de blanco o color rosa, parecían estar llenas de rizos, tirabuzones y otros adornos arquitectónicos por el estilo. Al niño le dieron la impresión de trabajos de marquetería. Los tejados parecían rizados por los aleros; pedazos de madera rizados, retorcidos, calados y recortados de mil maneras distintas aparecían de trecho en trecho. Tiestos de flores y adornadas cajas de madera con plantas aparecían en las ventanas.

Los habitantes parecían labradores y vestían trajes sencillos pero vistosos. Ninguna de las mujeres llevaba sombrero; pero muchas lucían toquillas. Los hombres gastaban pantalones bastante ceñidos y una especie de faja por la cintura. Los chalecos, gayamente bordados, le hacían pensar a Jack en los toreros, aunque no hubiera sabido decir por qué.

Los niños estaban muy sucios e iban muy mal vestidos. Hasta las niñas usaban falda larga bastante deshilachada, y los niños pantalón ceñido como los padres, aunque no llevaban chaleco, sino camisa muy sucia, encamada, azul o amarilla.

Vieron en seguida a Jack y corrieron hacia él. El loro les fascinó.

—¡Pouke! ¡Pouke! —gritaban, señalando a «Kiki», que estaba encantado de verse convertido en centro de atracción.

Alzó la cresta, la bajó y hasta bailó una danza sobre el hombro del niño.

—Pouke... eso debe querer decir loro —pensó Jack—. ¡Eh, muchachos! ¿Dónde está la comisaría?

No le entendieron ni una palabra, claro. Siguieron a Jack hablando entre sí, la mar de divertidos con «Kiki», que estaba luciendo todavía sus habilidades.

De pronto, un niño pequeño que llevaba una pistolita de madera, se acercó corriendo, apuntando a Jack y gritó estentóreamente.

—¡Pim, pim! ¡Pim!

Aquello le bastó a «Kiki». Se puso de puntillas y con toda la fuerza de sus pulmones gritó.

—¡Pim! ¡Pom! ¡Pam-pam-pam! Piii suena el pito! Pouke, pouke, pouke!

Reinó un silencio de admiración tras esta exhibición de «Kiki». Todos le miraron boquiabiertos, sin dejar de correr tras Jack.

El loro prorrumpió en una serie de carcajadas y los niños empezaron a reír también.

—¡Límpiate los pies! ¡Suénate la nariz! —aulló «Kiki». E imitó luego el ruido de

un tren expreso al pasar por un túnel.

De pronto, un individuo de aspecto extraño le detuvo al llegar a un cruce y le dirigió severamente la palabra, señalando a la muchedumbre que se había congregado ahora a su alrededor. Jack no entendió una palabra.

—Soy inglés —dijo—. Inglés. ¿Habla usted inglés? ¿Sí? ¿No?

—¡Ah! ¡Ingliiii! —dijo el individuo.

Y sacó un librito de notas negro, por el que dedujo Jack de quién se trataba, ¡un policía hessiano, claro!

—¿Habla usted inglés? —preguntó esperanzado.

El policía le largó una retahíla de palabras y le tendió la mano. Aún conservaba el librito de notas en la otra. El niño no tenía la menor idea de lo que deseaba. Sacudió la cabeza, intrigado. El guardia empezó a enfadarse. Golpeó el librito de notas con la mano y volvió a gritar de modo ininteligible.



Jack sacudió la cabeza otra vez. «Kiki» le gritó al guardia a su vez:

—¡Pii suena el pito! ¡Pon el agua a calentar! ¡Pum!

Todos los niños se echaron a reír. Ahora también había muchas personas mayores observando. Una de ellas se metió de pronto la mano en el bolsillo y sacó una tarjeta

sucia, doblada, haciéndole comprender que era eso lo que el guardia le pedía.

Jack vio que era una especie de pasaporte o tarjeta de identidad. Él no tenía ninguna cosa así, claro, conque sacudió la cabeza de nuevo. «Kiki» sacudió la suya también, y los niños aullaron de risa.

El policía cerró el librito de notas bruscamente y posó la mano en el hombro de Jack. Le disparó una frase en hessiano y le empujó luego ante sí.

«Y ahora, ¿adónde vamos? —se preguntó Jack para sus adentros—. ¡Qué guardia más cómico, con su pantalón azul, camisa encarnada, faja azul, y esa especie de tiesto invertido por casco!».

Pero no le parecieron tan cómicas las cosas cuando vio adonde le llevaba el guardia. No cabía la menor duda acerca de su destino. Era la comisaría un edificio pequeño, cuadrado, encalado, de sombrío y severo aspecto, en la vecindad del cual se veían varios policías de opereta más.

—¡Escuche! ¡A mí no puede meterme en un calabozo! —exclamó forcejeando—. ¡No he cometido ningún delito! ¡Suélteme!

Capítulo XV

El mapa resulta de utilidad

A Jack le metieron en una habitación cuadrada contra una de cuyas paredes había un banco. Le hicieron sentarse en él, y el guardia se acercó a una mesa grande y desordenada a dar el parte. Habló muy aprisa, y le sonó todo a chino al muchacho.

Lo mismo le sucedió al loro que, posado en el hombro del niño, soltó tan inacabable chorro de tonterías que todos los guardias presentes le contemplaron con admiración.

Nadie le obstruía a Jack el camino a la puerta. La miró. Pensó en hacer un esfuerzo por escapar de aquellos policías bufos. Temía que le tuvieran encerrado semanas y semanas. Quizá le tomaron por un vagabundo o mendigo. Tal vez fuese un gran delito no poseer una tarjeta de identidad.

Vio la ocasión cuando nadie le miraba y arrancó a correr hacia la puerta. Bajó los pocos escalones de la entrada y se hallaba ya en la calle antes de que hubiese tenido tiempo de moverse ningún guardia. Oyó voces tras él, pero no volvió la cabeza. Bajó a toda velocidad la polvorienta calle, dobló una esquina, se introdujo por una calle y se encontró ante una puerta grande.

Se metió dentro y miró a su alrededor. No había nadie allí. Un grito llamó la atención e hizo que «Kiki» volviera la cabeza con interés. Jack vio un loro dentro de una jaula; un loro de gajo colorido, con plumas azules, verdes y amarillas.

«Kiki» voló a la jaula y se posó encima. Agachó la cabeza y miró dentro, excitado. ¡Otro loro!

—¡Cómo-está-usted! ¡Cómo-está-usted! —dijo «Kiki»—. ¡Buenos días, buenas noches! ¡Piii suena el pito!

El otro loro soltó un graznido. Parecía bastante asustado. De pronto se oyó rumor de pasos y, antes de que el niño pudiera moverse, una voz habló: una voz dulce, suave, bondadosa.

Era una muchacha de unos doce años de edad. Iba bellamente vestida de coloreada seda y entretejían su oscura cabellera cintas de brillantes colores. Miró a Jack con sorpresa.

—¿Eglinuta? —inquirió—. ¿Uta?

Le hubiese gustado saber a Jack qué significaba «uta». La verdad era que no sabía qué decir. Señaló a los loros y sonrió alegremente.

—¡Pouke, pouke! —dijo.

La niña miró a los dos loros y se echó a reír. Luego, con gran delicia suya, pronunció lentamente unas palabras en inglés.

—¿Dónde... tú... vas? —dijo—. ¿Tú... inglés... sí?

Jack sacó el trozo de papel en que el ciclista le había trazado el mapa. Si se lo enseñaba daría la sensación de que se dirigía, en efecto, a alguna parte. Ella lo miró y movió afirmativamente la cabeza.

—Ven —dijo.

Y le condujo a la puerta.

—Escucha... ¿conoces a alguien que hable bien el inglés? —inquirió el niño con avidez.

La niña no comprendió, aunque se lo repitió varias veces. Luego oyó éste una voz en el interior de la casa, y le dio un empujón, señalando calleja abajo y luego hacia la derecha. Jack le dio las gracias, llamó a «Kiki» y se fue. Corrió por la calleja hasta llegar al final. Luego torció a la derecha y avanzó rápidamente por una calle estrecha y cubierta de polvo por ambos de cuyos lados se alzaban elevadas paredes.

Se detuvo al final y consultó el mapa. Se dijo que más le valdría seguirlo. Sus razones habría tenido el ciclista para dibujarlo. Quizá condujera a algún lugar que le conviniese.

Delante de él se encontraba lo que, en Inglaterra, hubiera sido un campo cubierto de césped para punto de reunión de los habitantes de un pueblo. Pero aquel césped estaba reseco y cubierto de polvo, y erraban por él gallinas de miserable aspecto, todo pellejo y huesos. A un lado se veía un estanque grande, redondo, en el que chapoteaban docenas de niños. Jack consultó detalladamente su mapa otra vez.

—¡Ah, el estanque! Sí; debo de ir por buen camino. Bajaré por aquí a ver si descubro lo que parece la aguja de una iglesia o su campanario.

Caminó un buen trecho sin ver nada que se pareciera a lo que buscaba. Por fin detuvo a una anciana de aspecto bondadoso y le enseñó el mapa. Señaló a la representación de la aguja.

La anciana movió la cabeza afirmativamente. Le asió del brazo y señaló hacia una colina. En la cima de ésta el niño vio un edificio con una torre muy grande. No tenía la menor idea de lo que era, como no fuese una iglesia tauri-hessiana.

Prosiguió su camino y subió hasta el edificio. Miró el mapa, en el que figuraba un camino serpenteante que conducía desde la torre en cuestión al dibujo que parecía ser el de una tienda de campaña. Alzó la mirada del papel y reconoció el camino, que bajaba por el otro lado de la colina. Pero ¿qué representaría aquel otro dibujo?

Había un anciano sentado en un banco, dormitando. Jack se acercó cautelosamente a él y se sentó. El viejo abrió un ojo, vio el loro y se irguió en seguida.

«¡Magnífico! Está despierto», pensó Jack.

Y le puso delante el mapa, señalando el dibujo de la tienda, tratando de hacerle comprender que quería dirigirse a él.

—¡Aaaaah! —murmuró el anciano con voz ronca—. Pikatoratiforg. ¡Aaaa!

«Enterados —pensó Jack—. Si no sabe ser más claro que eso...».

El viejo se puso en pie y bajó un corto trecho del camino con paso inseguro.

Luego señaló con su bastón.

—Surkitalar —dijo—. Surki.

—Surki —replicó Jack.

Miró hacia donde el otro señalaba. ¡Ahora comprendía por qué había dibujado el ciclista la tienda de campaña! Allá, en un campo extenso, se alzaban numerosas tiendas de campaña y se veían varios vehículos. Debía tratarse de un circo: ¡un circo ambulante!

«Claro —pensó—. Surki. Eso quiere decir circo. Por eso me mandó aquí el de la bicicleta. Creyó que buscaba el circo... que intentaba llegar hasta él porque llevaba un loro parlanchín. ¡Vaya, vaya, vaya! ¡Pues ese rompecabezas lo he resuelto, por lo menos!».



Dio las gracias al anciano y decidió seguir adelante hacia las tiendas. Quizá hubiese allí alguien que hablara el inglés. La gente de circo sabe toda clase de idiomas. Y suele ser bondadosa. En el peor de los casos quizá le diesen de comer y le ayudaran en lo posible.

Conque, sintiendo nuevamente apetito, bajó por el serpenteante camino hacia donde se hallaba acampado el circo.

Tardó cosa de media hora en llegar a él, y al acercarse vio que estaban recogiénolo todo en preparación para marcharse. Se desmontaban las tiendas. Se embarcaban los caballos en algunos de los vagones, Y había mucho ruido y ajeteo.

Se apoyó en la cancela que daba acceso al campo. Pasó un niño con una carga de cajas que parecían muy pesadas. Al llegar a su altura, la pila se le derrumbó y dejó caer cuatro de ellas. Jack saltó la cancela y acudió en su ayuda.

El niño tendría aproximadamente su edad, de tez morena y ojos negros. Le sonrió a Jack, diciendo algo que éste no entendió. Lo dijo otra vez en distinto idioma. Jack siguió sin entenderle.

—«Merci beaucoup» —dijo a continuación, probando suerte en francés.

¡Ah! ¡Aquello sí que lo comprendió Jack!

—«Ce n'est rien» —repuso.

El otro miró a «Kiki» y le preguntó luego a Jack, en francés también, si era saltimbanqui o algo e iba a pedir trabajo al circo.

Jack contestó lo mejor que pudo, porque andaba bastante flojo en francés:

—Me gustaría encontrar trabajo. Mejor dicho, ¡me gustaría encontrar una comida!

—Ven conmigo entonces —le dijo el otro.

Y Jack le siguió hasta uno de los vehículos. Había una mujer sentada a la puerta de él, pelando patatas.

—¡Mamá! —dijo el niño en inglés—. Aquí traigo a un chico hambriento. ¿Tiene algo para él?

Jack le miró asombrado. ¡Si estaba hablando en inglés!

—¡Eh! —exclamó—. ¿Por qué no hablaste inglés antes? ¡Yo soy inglés!

—Mi padre es inglés —anunció el otro, sonriendo—. Mi madre es española. Hablamos cualquier idioma sin preocuparnos cuál. Los hemos aprendido todos en nuestros viajes por el mundo. Mamá, dale a este chico algo de comer. ¿Crees que podrá conseguir trabajo con nosotros?

Se volvió hacia Jack.

—¿Adónde quieres ir? —le preguntó.

—Pues..., ¿hay por aquí algún sitio que se llame Borken? —preguntó Jack con cierta esperanza.

—¡Borken! Sí, hacia allí vamos —anunció el muchacho. Y Jack se sintió de pronto animado—. Es una población grande. Y en las afueras y sobre una colina se alza el castillo de Borken.

Jack le escuchó todo oídos. Un castillo..., ¿sería allí adonde habían llevado a los otros? Aquello era un golpe de suerte después de todas las dificultades. Marcharía con aquel circo, desde luego, si es que se lo consentían.

Mamá le dio de comer. Fue una comida fuerte y con demasiada grasa, pero disfrutó devorándola, tan grande era su apetito. Luego mamá le dijo al niño en español algo que sonaba a orden, y el muchacho movió la cabeza en gesto de

asentimiento.

—He de llevarte al jefe —dijo— y dejar que te eche una mirada. ¿Tienes alguien que hable en favor tuyo? ¿Puedes dar el nombre de alguno? El jefe te entregará a la policía si es que vienes huyendo de alguna trastada inconfesable.

—No, no conozco aquí a nadie que pueda hablar por mí —contestó Jack, con ansiedad—. Sólo quiero llegar a Borken. Tengo amigos allí.

—Ah, bueno... entonces quizá te recomienden ellos. Escucha: me llamo Pedro. ¿Y tú?

—Jack.

Siguió Pedro a un vehículo grande, con motor. Pedro llamó a la puerta y alguien gruñó algo desde dentro. Entraron, y Jack vio a un hombre alto y enormemente gordo sentado en un sillón. Tenía ojos de un azul sorprendente, cabello gris rizado, y una barba que le llegaba a la cintura. Su aspecto no sólo imponía respeto, sino que resultaba incluso aterrador.

—Habla tú por mí, Pedro —dijo Jack—. Yo no podré comprenderle una palabra de lo que diga a menos que sepa inglés.

—Yo hablo inglés —anunció el viejo con voz profunda y que sonaba a gruñido—. Los niños ingleses son niños buenos. ¿De dónde vienes?

—Pues de ningún sitio en particular —respondió Jack, sin saber qué decir—. Ah..., no he hecho más que vagar por ahí desde que vine a este país. Pero espero encontrarme con mis amigos en Borken.

El viejo le disparó unas cuantas preguntas a Pedro. Éste se volvió hacia Jack.



—Quiere saber si has tenido algo que ver con la policía alguna vez.

La pregunta era un poco engorrosa. ¿Había tenido que ver con la policía hessiana? Pues..., no; en realidad no, se dijo. Sacudió negativamente la cabeza.

—Quiere saber si procurarás ser útil aquí —prosiguió Pedro—. Ya ve que estás acostumbrado a los circos, porque llevas contigo un loro que habla. Dice que, si nos detenemos en algún que otro sitio camino de Borken, puedes exhibir tu loro, si quieres, y ganarte algo de dinero haciéndole hablar. Dice que le hagas hablar ahora.

Jack frotó el cuello al loro.

—Habla, «Kiki» —dijo—. ¡Haz ruido!

«Kiki» siempre estaba dispuesto a hablar. Irguió la cresta y se puso inesperadamente a cantar a voz en grito:

—Donde están las llaves, matarile, rile, rile, en el fondo del pozo. Mambrú se fue a la guerra, ¡tilín-tilón, tilín-tilón! Gustavín-berrenchín, ¡ja, ja, ja! Límpiate los pies y cierra la puerta, ¡oh, qué niño más malo eres! ¡Pop-pop, «pop»!

Terminó con un sonoro estornudo y un hipo que hizo tronchar de risa a Pedro. «Kiki» rió también y luego hizo su imitación del silbido de una locomotora, ruido que atrajo inmediatamente a gente de todas partes.

—¡Ah! ¡Es bueno, muy bueno! —dijo el viejo, riendo tanto que parecía como si le estuviese sacudiendo un temblor de tierra—. Sí..., sí..., puedes venir con nosotros, muchacho.

—¡Caramba! ¡Tu loro es una maravilla! —exclamó Pedro cuando regresaban a su carro—. ¿Querrás dormir conmigo en mi carrito? Es el que está detrás de mamá. Habrá sitio para ti, si no te importa estar un poco prieto.

¡A Jack no le importaba en absoluto! Pronto se hallaría camino de Borken. ¡El castillo de Borken! ¿Encontraría a los demás allí? Haría que viniera Bill tan aprisa como pudiese a rescatarles..., ¡si es que se encontraban en aquel lugar!

Capítulo XVI

Con el circo

A Jack le resultó Pedro la mar de simpático. No era más que un niño del circo, de toscos modales, pero poseía sensibilidad suficiente para darse cuenta de que Jack no deseaba hablar de sí mismo ni del objeto de su peregrinación por tierras de Tauri-Hessia en compañía de «Kiki». Conque tuvo la delicadeza de no hacer preguntas, cosa que Jack le agradeció infinito.

No hubiera podido decirle la verdad, y no quería contarle mentiras. Quizá cuando estuviese en Borken y conociera mejor al otro, le dijera alguna cosa, y hasta tal vez solicitase su ayuda.

El circo se puso en marcha aquella misma noche. Carros y camiones salieron del campo a la carretera, tan mala estaba, que los vehículos se bamboleaban peligrosamente. Algunos de ellos iban cargados de fieras y Jack los observó con ansiedad. ¿Qué sucedería de volcarse uno de los vehículos? ¿Se escaparían los animales? Había osos en uno de ellos y chimpancés en otro.

«Kiki» era fuente de gran diversión para toda la compañía. Muchos de los del circo sabían hablar un inglés más o menos macarrónico, pero lo bastante claro para hacerse entender. Le reían todas las gracias a «Kiki». Le llevaban toda clase de bocados y cuando descubrieron que era aficionado a la pina americana, compraron cuantas hallaron en las tiendas a su paso.

Jack le hizo muchas preguntas a Pedro. ¿A qué distancia estaba Borken? ¿Quién era el dueño del castillo? ¿Era muy antiguo? ¿Podría visitarlo quien quisiese?

Pedro se echó a reír.

—El castillo de Borken, y todo Borken y la totalidad del terreno que estamos cruzando, es propiedad del conde Paritolen. Vive en el castillo y, en cuanto a permitir que lo visite quien desee..., ¡caramba! ¡Le metería en una mazmorra antes de que hubiese atravesado la puerta siquiera!

—Sueno bastante feroz —dijo Jack, alicaído.

Si habían llevado a los niños al castillo de Borken, no lo pasarían nada bien teniendo tan feroz carcelero.

—Es un hombre muy fuerte y muy decidido —dijo Pedro—. Odia al rey, que es demasiado fuerte para él. Le gustaría poner en el tronco al príncipe Aloisio... Así podría regir el país él, por mediación del príncipe, que no tendría más remedio que hacer lo que le mandara.

—Comprendo —murmuró Jack, yéndosele el alma a los pies.

«¿Qué podría hacer él contra un hombre como el conde Paritolen?».

—¿Es ese conde el primer ministro? —preguntó, recordando de pronto lo que

había dicho Gussy.

—No. El primer ministro es su cuñado, el conde Hartius. Los dos odian al rey por igual. Pero el conde Hartius es tan débil como fuerte su cuñado. Es su mujer quien le domina: *madame* Tatiosa.

Jack escuchó todo esto con atención. Empezaba a tener una idea más clara de las cosas. ¡Cuan extraño verse metido de pronto en el centro de todo aquello..., conocer al propio príncipe..., hallarse tan cerca del castillo de Borcken y encontrarse sobre tierra del conde Paritolen que deseaba destronar al rey! Sonaba como un cuento, un cuento que se hubiera convertido de pronto en realidad.

—¿Cómo sabes tú todo esto, Pedro? —preguntó.

—Oh, todo el mundo lo sabe en Tauri-Hessia. Podría significar una guerra civil, ¿comprendes?, y todo el mundo le teme a eso. Si se destronara al rey, y se coloca al príncipe sobre el trono, el pueblo se dividirá en bandos y no tardará en entablar la lucha... ¡y la gente del circo como nosotros, tendremos que salir del país lo más aprisa que podamos! Conque estamos siempre al tanto para saber lo que está sucediendo.

Jack estaba seguro de que las noticias más recientes eran las que conocía él. Tenía el convencimiento de que nadie estaba enterado todavía en Tauri-Hessia de que al príncipe Aloisio le habían secuestrado en Inglaterra y le tenían prisionero en el castillo de Borcken. Pero, ¿qué iba a suceder después?, ¿adelantaría la conspiración un paso más y se daría la noticia de que el rey había muerto o se hallaba encarcelado?

Jack se abstraigo tanto en sus pensamientos, que ni siquiera oyó a mamá cuando ésta le llamó para comer. El niño sintió de pronto que se había convertido él en un personaje muy importante en aquel complot; alguien desconocido de los conspiradores, por fortuna, pero que podría hacer fracasar todos sus planes si lograba introducirse en el castillo.

—¿En qué estás pensando? —dijo Pedro, dándose un puñetazo juguetón—. ¡Baja de las nubes! Pones una cara la mar de solemne. ¿Te preocupa alguna cosa?

Jack se sacudió como un perro que sale del agua, y una sonrisa se dibujó en su semblante. «Kiki» se le había ido del hombro, volando hacia mamá, que estaba sacando unos bocados escogidos para él del fondo de la enorme olla en un fogón.

—¡Pon el agua a calentar, lorito! —dijo «Kiki». Ladeó la cabeza y miró a mamá—. ¡Bonitageluta!

Mamá se dio una palmada en la rodilla y se echó a reír. Estaba enamorada de «Kiki». Le señaló con el dedo.

—¡Habla hessiano! —dijo.

Jack quedó asombrado. ¿Cómo rayos se las arreglaba el loro para aprender palabras de aquel idioma?

—¿Qué significa «bonitageluta»? —preguntó.

—Le deseo a usted muy buenos días —respondió Pedro, riendo.

El circo hizo alto en un pueblo grande, donde pensaba permanecer dos días. Jack

estuvo muy ocupado entonces. Hubo de ayudar a Pedro en muchas cosas: alzar las tiendas, situar los carros y camiones, colocar los asientos en hileras y correr de aquí para allá siguiendo las instrucciones del jefe, cuyo nombre jamás conseguía pronunciar.

Todos los del circo miraban con buenos ojos al niño. Trabajaba con entusiasmo y rapidez y tenía muy buenos modales, cosa que le hacía muy popular entre las mujeres, que estaban acostumbradas a la tosquedad y falta de refinamiento del elemento masculino. Jack los encontraba a casi todos simpáticos. Era gente bondadosa, generosa, de genio impulsivo y alegre. Pero eran sucios y descuidados también, no siempre muy honrados y a veces perezosos. Se portaron muy bien con Jack y le admitieron como uno de ellos desde el primer instante.

Constituían un grupo curioso. Frank, por ejemplo, con sus tres osos, una de las mayores atracciones del espectáculo. Los osos eran todos grandes, pardos y payasos innatos. Boxeaban, se tumbaban unos a otros, se movían torpemente en cómica danza, y adoraban a Frank, su entrenador.



—No te acerques demasiado a ellos, sin embargo —le advirtió Pedro a Jack—. Son traidores. El único que puede dominarles es Frank. Tienen muy mal genio los

osos..., hay que andar con cuidado con ellos.

Los dos chimpancés tenían gracia. Se paseaban de la mano de su propietaria, una mujercita llamada *madame* Fifi. ¡Era muy poco más alta que ellos! Y la querían con delirio.

A Jack le gustaban una barbaridad, pero no tardó en descubrir que eran unos rateros de cuidado. Le metieron las manos en el bolsillo sin que él se diera cuenta, y le quitaron en pocos momentos el pañuelo, un librito de notas y dos lápices.

Madame Fifi le devolvió todo lo perdido, riendo. Dijo algo en francés... o ¿fue un español o italiano? Habló tan aprisa que el niño ni siquiera pudo darse cuenta del idioma en que lo hacía. Ella comprendió por la expresión de Jack que éste no le había entendido, y logró pronunciar unas palabras en inglés.

—¡Niños malos! —dijo, señalando con minúsculo dedo, o los dos chimpancés, «Fifo» y «Fum»—. ¡Pan, pan, pan!

Uno de las atracciones era la pareja de Toni y Bingo, acróbatas. Toni, maravilloso equilibrista sobre la cuerda, solía ser saludado con delirantes aclamaciones siempre que hacía su número en una cuerda de alambre a enorme altura del suelo. No había cosa que no fuese capaz de hacer sobre la cuerda: igual corría, que saltaba, que bailaba. Y hasta daba volteretas. Jack le miraba siempre con el alma en un hilo, temiendo que se cayese.



—¿Por qué no usa una red de seguridad? —le preguntó a Pedro—. ¡Se mataría si se cayese desde esa altura!

—¡Pregúntaselo a él! —le contestó Pedro, riendo.

Conque Jack le hizo la pregunta a Toni cuando se acercó éste a hablar con la madre de Pedro. Toni era español, pero entendía muy bien el inglés, aunque no lo hablaba con mucha facilidad.

—¡Bah! ¡Una red de seguridad! —exclamó con desdén—. Sólo en Inglaterra hay una red puesta para mí. ¡Yo no caigo! Yo soy Toni..., ¡el gran «Toni»!

Otra atracción era Tops, un payaso cuya especialidad era caminar con zancos. Resultaba verdaderamente asombroso verle entrar en la pista, alto como un gigante. Llevaba unas botas grandes sujetas a las extremidades de los zancos y a la mayoría de los niños que figuraban entre el público, les parecía un gigante auténtico, sobre todo en vista de su tremenda voz.

Se había hecho construir una bicicleta especial, muy alta, y la montaba con zancos y todo. Aquello provocaba la risa general. Otra de las cosas que hacía mucha gracia, era que alguno que se hallase en la pista quisiera hablar con él. Cuando sucedía esto, iban a buscar una escalera muy larga y la apoyaban contra su cintura. El que quería hablar, subía entonces hasta el último peldaño para hacerlo.

Tops tenía ya mucha gracia de por sí. Era pequeño, y siempre estaba bromeando. A aquel cuerpo pequeño le cuadraba muy poco la enorme voz.

—Por eso aprendió a andar con zancos —le dijo Pedro a Jack—: ¡para ser lo bastante alto para su voz! Ésa es la explicación que da él siempre, por lo menos.

También trabajaba en el circo. Hola, el tragasables. Jack se estremecía al verle actuar. Se introducía los sables por la garganta hasta la empuñadura. Echaba la cabeza hacia atrás y la hoja del arma se le perdía boca adentro.

—Comprendo perfectamente que pueda tragarse puñales cortos o cuchillos —dijo Jack—. Bueno..., no tragárselos precisamente, sino metérselos en la garganta. Pero, Pedro, ¿«cómo» puede tragarse esa espada tan larga? Es terrible verle hacerlo. Me pongo malo cuando le miro.

Pero se echó a reír.

—Te llevaré al carro de Hola cuando esté de buen humor —dijo—. Él te enseñará cómo se las arregla.

Y un atardecer, Jack fue al carro, vivamente pintado de amarillo, de Hola, siendo presentado al propio artista,



hombre alto, delgado, de melancólica mirada. Pedro le habló en alemán y Hola movió afirmativamente la cabeza y logró sonreír. Le hizo una seña al niño para que entrase en su carro. Allí tenía colgados cuchillos, puñales y sables de todos los tamaños. Jack señaló una larguísima espada.

Hola la descolgó. Inclino hacia atrás la cabeza, se puso la punta en la boca y se metió la espada entera hasta el pomo. ¡No era posible! ¿Cómo podía hacer un hombre semejante cosa?

Hola se sacó el arma de la boca de nuevo y sonrió, siempre melancólica su mirada. Le entregó la espada a Jack. Y entonces comprendió el niño cómo podía hacer Hola tan extraordinario número. ¡La espada era telescópica! Se componía de segmentos que se iba metiendo uno dentro del otro hasta quedar el arma reducido al tamaño de un puñal largo. Mediante un ingenioso mecanismo controlado desde la empuñadura. Hola podía ir acortando más y más la espada a medida que fingía tragársela.



Jack sintió un gran alivio al comprobarlo. Le permitieron oprimir el resorte secreto y ver cómo resbalaba la extremidad de la espada hacia arriba hasta quedar el arma reducida a un extraño puñal.

Desde luego resultaba muy interesante vivir con la gente del circo. Jack disfrutaba de aquella vida extraña y despreocupada, aun cuando no dejaba de preocuparle un momento la suerte de Lucy y de sus compañeros, ni de aguardar con impaciencia el momento de la llegada del circo a Borken.

«Pero tengo que quedarme con ellos —pensó—. En ningún sitio podré ocultarme mejor. La policía acabaría echándome el guante tarde o temprano como me pusiese a vagar solo por la carretera. Pero “ojalá” fuese el circo un poco más aprisa. Es preciso que lleguen a Borken pronto y que me ponga a explorar por mi cuenta el castillo».

Capítulo XVII

¡Borken, por fin!

«Kiki» fue un gran éxito, no sólo entre la gente del circo, sino entre los que fueron a visitarlo.

El jefe cumplió su promesa y le permitió a Jack que lo exhibiera. Pedro le ayudó a construir una especie de pedestal sobre el que instalaron la percha dorada. «Kiki» se puso la mar de emocionado.

—¡Apuesto a que te crees que estás sobre un trono o algo así! —murmuró Jack, riendo—. ¡El príncipe «Kiki», el loro más parlanchín del Universo! Y ahora, ¿porqué no nos obsequias con una canción?



«Kiki» siempre estaba dispuesto a hacer cualquier cosa si con ello lograba arrancar aplausos, aclamaciones o risas. Llegó a hacerse tan divertido, que el propio domador de osos, Frank, tuvo celos, tan grande fue la muchedumbre que atrajo.

Contaba a grito pelado, y aun cuando mezclaba los versos y la letra de todas las canciones que sabía de la manera más absurda, los tauri-hessianos no tenían medio de saberlo. Creían que, en efecto, cantaba una canción como era debido.

Y siempre les contestaba si le decían algo, pese a que, por no saber inglés, nunca sabían lo que les había respondido. Dada su respuesta al instante, rematándola, generalmente, con una serie de carcajadas que provocaban en su auditorio no menos ruidosas risas.

—¿Ticopuliniubalyhu? —le preguntaba alguien.

—¡Cierra la puerta, llama al médico, lorito tiene un catarro! —contestaba al punto «Kiki».

Hasta Jack tuvo que reírse de ver de qué manera gozaba el loro.

Sus ruidos constituían la mayor atracción de todo. Los estornudos, las toses, los eruptos e hipos, hacían que la gente se riera hasta resbalarles las lágrimas por las mejillas. Quedaban un poco impresionados por su imitación de un tren expreso pasando por un túnel, y no comprendían el ruido de la segadora, porque nunca habían visto una de esas máquinas; pero les encantaba sobremanera cuando imitaba a las gallinas, gruñía como los osos de Frank, y ladraba como un perro.

Sí, «Kiki» fue un éxito. La importancia que le daban, se dijo Jack, le estaba echando a perder, pero sí que le proporcionaba ingresos que le permitían pagarle a la madre de Pedro la comida que le daba y por dejarle compartir el alojamiento del muchacho.

El dinero restante lo ataba cuidadosamente en el pañuelo, pensando que pudiera resultarle útil de necesitar algo en Borken. Y no lo soltaba de la mano cuando los chimpancés «Fifo» y «Fum» rondaban por la vecindad. No quería correr el riesgo de que lucieran con él sus habilidades y le dejaran sin sus ahorros.

—Estaremos en Borken mañana —le dijo Pedro aquella noche cuando recibieron la orden de prepararlo todo para la marcha—. El jefe tiene allí un buen sitio alquilado donde montar el circo, al pie de la colina del castillo, por cierto.

A Jack le dio un vuelco el corazón. ¡Ah! ¡Borken, por fin! Había transcurrido ya una semana entera durante la cual su preocupación fue cada vez mayor. Ahora, quizá, podría obtener noticias de los otros. ¡Ah, si pudiese! ¿Se encontraba bien Lucy? ¡Odiaría tanto estar prisionera en un castillo!

Llegaron a Borken al atardecer siguiente. Jack vio el castillo horas antes, desde muy lejos. Se alzaba sobre una colina, y su aspecto recordaba las leyendas del Rey Arthur y los Caballeros de la Mesa Redonda. Era inmensamente fuerte y tenía cuatro elevados torreones, uno en cada extremo.

—El castillo de Borken —dijo Pedro, viéndolo de pronto al salir de un espeso bosque a través del cual pasaba una tosca carretera. Señaló la colina—. En ese castillo ha estado prisionera más de una persona..., de la que ya no ha vuelto a saberse una palabra. Las mazmorras son...

—¡Calla! —exclamó Jack, temeroso—. No me digas cosas como ésa.

Pedro le miró con sorpresa.

—¿Qué te pasa? ¿Supongo que no le tendrás miedo a un castillo?

—No —respondió el niño—. Ah..., ¿en qué parte solían encerrar a los prisioneros? ¿En un torreón? ¿En algún sitio especial?

—No lo sé —le contestó Pedro—. Podemos darnos un paseo a su alrededor cuando tengamos un rato..., pero no se nos permitirá acercarnos demasiado, ¿sabes?

El circo se instaló en un campo pendiente, al pie mismo de la colina del castillo. Los habitantes de la ciudad acudieron en gran número a ver cómo montaban las tiendas. Evidentemente, era un gran acontecimiento para ellos que un circo visitase Borken.

Los niños corrían de un lado para otro, gritando y riendo. Una niña pequeña se dirigió a Pedro, gritando algo, excitado. Él la alzó en brazos y la pequeña gritó de alegría.

—¡Pedro, Pedro, alapinotoliuta!

Pedro replicó en el mismo idioma. Luego se volvió hacia Jack, sonriendo de satisfacción.

—Mi prima Hela —anunció—. Su padre se casó con mi tía. Es soldado del ejército de Hessia.

Le hizo a la excitada Hela unas cuantas preguntas.

—Hela dice que su madre está aquí con su padre... Trabaja como doncella de *madame* Tatiosa, que ahora está viviendo en el castillo. Y Hela también vive en el castillo.

¡Aquello sí que era una noticia; una noticia estupenda! Quizás ahora podría saber algo de Lucy y los otros niños. Miró a la minúscula y alegre Hela con excitación. Pero, tiento, tiento, no debía delatarse. No debía hacer preguntas sin pensarlas primero. Frunció el entrecejo, tratando de decidir qué sería lo mejor preguntar.

—Pedro..., ¿tiene hijos *madame* Tatiosa? —quiso saber, por fin—. ¿Crees tú que le gustaría que diésemos una función en el castillo para ellos?

—*Madame* Tatiosa no tiene hijos —anunció Pedro—. Eso te lo puedo asegurar. De haberlos tenido ¡hubiese intentado hacer a uno de ellos rey! Es una mujer muy inteligente y muy peligrosa.

Hela quiso saber lo que había preguntado Jack. Cuando se lo hubieron dicho, se acercó a Pedro y le dijo algo al oído, con la risa en los ojos. Luego se llevó un dedo a la boca como diciéndole que no hablase de lo que acababa de revelar.

—¡Boba! —exclamó Pedro—. ¡Tú has estado soñando!

—¿Qué ha dicho? —inquirió Jack, que ardía en deseos de saber cuanto dijese la pequeña.

¡Pensar que vivía en el castillo! Pero..., ¡si hasta era posible que viese a los otros todos los días!

—Hela dice que *madame* Tatiosa debe haber adoptado a unos niños, porque a veces, cuando va con su madre a uno de los torreones, oye voces infantiles —explicó

Pedro, riendo—. Y dice que nadie se acerca a ese torreón más que *madame* Tatiosa y el conde Paritolen. Dice que es muy misterioso, pero que nadie debe saberlo, porque, cuando le contó a su madre lo que había oído, ésta la amenazó con darle una paliza por inventar cuentos.

—Ya... ¿Sabe qué torreón es éste? ¿Podría señalárnoslo desde donde nos encontramos ahora?

—¡No has de creer una palabra de lo que diga, Jack! ¡Es una charlatana y una embusterilla nuestra Hela!

—Pregúntaselo de todas formas —le pidió Jack con tan insistente voz, que Pedro le obedeció.

Hela alzó la mirada hacia el castillo. Señaló el torreón del lado sur.

—Ése —le dijo, medio susurrando, a Pedro.

Y Jack la comprendió, a pesar de usar ella palabras hessianas. Se llevó el dedo a los labios de nuevo para asegurarse de que Pedro y Jack comprendieran que no debían delatarla.

Jack se la llevó para comprarle unos caramelos. Lamentó, con toda su alma, no conocer el idioma del país. Aunque había ido aprendiendo bastantes palabras —¡no tantas como «Kiki», sin embargo!—, le resultaba imposible sostener una conversación inteligente con la alocada Hela.

No dejó de hablarle un instante; pero el niño no la comprendió una palabra. Le compró los caramelos y la niña le echó los brazos al cuello, abrazándole. Luego salió corriendo a enseñarle a sus amiguitas los confites.

El circo quedó montado muy pronto. Abriría a la tarde siguiente. Jack trabajó tanto en los preparativos, que se sintió enormemente cansado. Pero estaba decidido, completamente decidido, a rondar por la vecindad del castillo aquella noche. ¿Debía pedirle a Pedro que le acompañase? No. Pudiera resultar engorroso tener a Pedro a su lado si lograba ponerse en contacto con Jorge y los demás niños. Tendría que explicárselo todo, y no sabía exactamente cómo recibiría el muchacho la noticia.

Mamá le gritó algo a Pedro cuando éste y Jack se dirigían a su carro a cenar. Pedro la escuchó y se le tornó solemne el rostro.

—¿Qué sucede? —le preguntó Jack.

—Se trata de Frank, el domador de osos. Se siente enfermo otra vez. Y el jefe está preocupado.

—¿Por qué? Eso sólo significa que los osos no harán función, ¿no es eso? Y, en cualquier caso, quizá se encuentre Frank mejor mañana.

—Es una gran pérdida para el circo cuando se suprime una atracción tan grande como los osos de Frank. Pero aún hay algo peor. Nadie es capaz de manejar esos osos más que Frank. Se desmandan por completo cuando está él enfermo..., no permiten que se les limpie la jaula..., se niegan a comer..., pelean unos con otros. Una vez, llegaron incluso a romper la jaula y escaparse. Frank tuvo que arrastrarse de la cama para salir y lograr encerrarles de nuevo. Pero el esfuerzo por poco le mata.

—Pobre Frank —murmuró Jack—. Bueno, confiemos con que se encontrará restablecido mañana. La verdad es que no me hace mucha gracia que unos osos como éstos rompan la jaula y anden vagando por el campamento. Frank es una maravilla con ellos: le he estado observando. Les hace rabiar y juega con ellos... ¡y le siguen como perritos! Hace de ellos lo que quiere.

—Poca gente hay capaz de manejar a los animales como Frank —aseguró Pedro—. Tuvo leones una vez... y dos tigres..., los domesticó y enseñó él solito. Luego, de pronto, dijo que no les gustaba dar funciones, y se los vendió a un parque zoológico. Y, sin embargo, ¡eran los leones y tigres mejor enseñados del mundo!

—Y ahora tiene osos —dijo Jack—. Debe querer mucho a los animales, y ellos deben quererle a él. Sí que hay otra gente así, Pedro. Yo conozco a un niño que también puede hacer lo que quiere con los animales.

Estaba pensando en Jorge, claro.

—¿Ha probado suerte alguna vez con los leones, tigres u osos? —preguntó Pedro—, ¿no? ¡Me lo figuraba! Apuesto a que ellos no irían a comerle a la mano. Perros, gatos, ratones, ratas y otros animalitos así son fáciles de dominar. Pero no los animales grandes..., ¡no los osos ni los grandes felinos!

—No, supongo que no —respondió Jack, pensando que, en efecto, Jorge nunca había tenido ocasión de probar su fascinación con animales como aquéllos—. Bueno... Dios quiera que Frank esté bien mañana. A mí no me gustaría la faena de tener que limpiar la jaula de los osos. ¡Tendría miedo a que me largaran un zarpazo por la espalda mientras me hallaba ocupado!

Jack no se quedó dormido tan aprisa como solía cuando se echó sobre el colchón en el carro de Pedro. No tenía la menor intención de hacerlo. Iba a explorar toda la vecindad del castillo de Borcken. Había comprado una lámpara de bolsillo en la población aquel día. No sabía exactamente de qué iba a servir que rondase por allá en las tinieblas, pero era la única cosa que se le ocurrió. ¡Tenía que hacer algo!

Se alzó del colchón en cuanto oyó respirar profundamente a Pedro. No quería despertarle. Solió del carro con la ropa en la mano. Se vistió en la oscuridad y luego, con el sorprendido «Kiki» sobre el hombro, emprendió el camino de la colina.

¡Si siquiera pudiese hablar con los otros! ¡Si lograrse por lo menos asegurarse de que aún se encontraban sanos y salvos!

Capítulo XVIII

¡Al castillo!

Jack salió cautelosamente del campamento. Todo estaba en silencio. No había ninguna lámpara ni vela encendida en ninguno de los carros. Los del circo estaban demasiado rendidos después del trabajo hecho para dejarlo todo preparado para el día siguiente y se habían ido a la cama temprano.

El firmamento estaba tachonado de estrellas, pero no había Luna y, por consiguiente, la claridad era poca. No resultaba la oscuridad tan grande, sin embargo, como para que el niño tuviese que usar la lámpara de bolsillo una vez se hubiesen acostumbrado sus ojos a ella. Las estrellas daban una luz débil, justamente la suficiente para que no tropezase con nada.



Subió la ladera de la colina, al pie de la cual se había instalado el campamento. Llegó a una muralla del castillo que era bastante baja. Encendió la lámpara y, con su ayuda, encontró un punto por el que creyó poder escalarla, por ser las piedras desiguales.

Los zapatos con suela de goma que llevaba, le ayudaron mucho. Sintió no llevar guantes de goma también, para que no le resbalaran los dedos en las piedras cuando intentaba asirse a ellas.

Escaló la pared por fin. Miró a su alrededor con cautela, no atreviéndose a encender la lámpara: parecía hallarse en un patio pequeño. Esforzando la vista, pudo distinguir la enorme mole del castillo, que era muy alta, sólida y fuerte. Casi perdió la

esperanza de poder lograr introducirse en él, y hasta de poder establecer contacto con los otros niños.

Silenciosamente se deslizó por el patio, tropezando de cuando en cuando con alguna desigualdad del suelo. De pronto, tropezó con algo que le dio un susto morrocotudo y que hizo que «Kiki» soltara un graznido de miedo.

¡Algo se le enredó a la cabeza! ¿Qué era? El pánico se adueñó de él. Se arrancó de un manotazo lo que le cubría y arrancó a correr hasta que un nuevo obstáculo le detuvo de nuevo, algo que le tapó la cara por completo. Encendió la lámpara para descubrir quién o qué le atacaba, apagándola al instante otra vez.

Al ver lo que era, soltó una risita de alivio y se sintió ridículo en grado sumo. ¡Había tropezado con ropa puesta a secar! Era una sábana la que le había «atacado» y un jersey lo que le envolvía la cabeza.

¡Un jersey! Se detuvo en seco. Un jersey... Pero en Tauri-Hessia no se usaban tales prendas.

Retrocedió, encendiendo la lámpara de nuevo. Sí; o era el de Lucy, o el de Dolly, estaba seguro. Conque ya no le cupo duda de que sus compañeros se hallaban cerca. ¡Magnífico, magnífico, magnífico! ¡Si pudiera ponerse en contacto con ellos!

Se puso a pensar. Si era cierto, como le habían dicho, que la presencia de las muchachas allí era un secreto, ¿por qué les lavaban la ropa y la tendían a secar colgada de una cuerda? ¿No sorprendería a la gente ver todas aquellas piezas expuestas?

Tal vez, no obstante, aquel patio estuviese cerrado y nadie tuviese acceso a él, salvo, quizá, *madame* Tatiosa. Pero, ¿era posible que se encargara de lavar la ropa? Si no deseaba que se enterara nadie de que allí había niños, la creía capaz de hacerlo.

O, a lo mejor, compartía el secreto la madre de Hela. Alguien tenía que lavar la ropa a los muchachos, hacerles la comida, encargarse de todos los demás menesteres. ¿Por qué no ella?

Una cosa era evidente: debía poderse entrar en el castillo desde aquel patio por alguna puerta excusada que diese a la cocina o a unos lavaderos. Se acercó a los gruesos muros. Había llegado el momento de correr riesgos si deseaba hacer algún progreso. Nada descubriría de no hacer uso de la lámpara de bolsillo de cuando en cuando.

La encendió, y con rápido movimiento barrió las paredes con el haz luminoso. No se había equivocado: el lavadero existía y se hallaba a corta distancia. Probó la puerta, mas estaba cerrada con llave. Acercó la lámpara a la ventana y dirigió hacia el interior el cono de luz. Vio calderas, cubos, cestos de ropa..., allí era donde se lavaba, en efecto. ¡Qué lástima que la lavandera se hubiese acordado de echar la llave!

El lavadero era un edificio pequeño, construido contra el muro del castillo. Dirigió la luz hacia el tejado y, luego más arriba. Vio entonces algo que hizo que le latiera el corazón con violencia: ¡había una ventana a poca altura por encima de las tejas! Y, al parecer, abierta. Era muy antigua y muy estrecha. Quizá no hubiese tenido

jamás cristales.

«Eso hay que pensarlo despacio —se dijo—. Si pudiese encaramarme a ese tejado y llegar luego a esa ventana, conseguiría introducirme en el castillo y ponerme a buscar a los muchachos. Pero, ¿cómo puedo llegar allí arriba? No creo poder gatear hasta el tejado, aunque no está muy alto después de todo».

Y no pudo. Se encontraba justamente a suficiente altura para no poder agarrar el alero con los dedos ni dando un salto. Y no había tubería de desagüe por la que pudiera trepar, ni cosa alguna que se le pareciese.

«Una escalera —pensó Jack—. ¡Ah!, si encontrara una escalera».

Empezó a buscar a su alrededor, perdiendo, por momentos, las esperanzas. «Kiki» continuaba posado, inmóvil, en su hombro, la mar de intrigado. Sabía que no debía hacer el menor ruido, pero estallaba de ganas de hacerlo, sobre todo cuando un murciélago pasó volando a corta distancia suya.

Jack recorrió cuidadosamente el patio, que no era muy grande. Llegó a un cobertizo pequeño, el cual no estaba cerrado con llave y abrió la puerta con cautela, llevándose un susto al chirriar ésta. Iluminó el interior con su lámpara.

¡Maravilla de las maravillas! ¡Allí había una escalera! Apenas podía dar crédito a sus ojos. Se acercó a ella. Era muy vieja y le faltaban algunos de los peldaños; pero quizá le sirviese. Lo probaría, por lo menos.

Lo sacó del cobertizo, derribando una lata de algo al hacerlo. El ruido repercutió por el patio con lo que a Jack le pareció un gran estruendo. Aguardó, conteniendo el aliento. Esperaba ver aparecer luces en todas las ventanas.

Pero no se encendió ninguna. Todo continuó silencioso y oscuro. Exhaló un suspiro de alivio. Quizá no hubiese oído el ruido nadie, después de todo. O quizá no durmiera nadie por aquel lado del castillo.

Trasladó la escalera al lavadero. Llegaba casi hasta el tejado. Iluminó los peldaños, para asegurarse de cuáles eran los que faltaban. Luego se guardó la lámpara y, con «Kiki» volando en torno a su cabeza, excitado, inició el ascenso.

¡Vaya si era vieja aquella escalera! Uno de los travesaños que pisó por poco cedió bajo su peso. Transfirió rápidamente el pie al de más arriba. Volvió a suspirar de alivio una vez llegó al extremo superior.

Asió el borde del tejado y logró encaramarse a él sin sufrir otra cosa que una rozadura en la rodilla. Se sentó encima de las tejas, jadeando. Le faltaba la segunda etapa: llegar a la ventana que se abría en el propio muro del castillo.

El tejado era casi plano y pudo avanzar a gatas por él hasta llegar a la pared. Se irguió entonces con cautela, explorándola con las manos. Luego hizo uso de la lámpara.

«¡Maldita sea! —exclamó Jack, para sí, chasqueado—. ¡Está demasiado alta para que pueda encaramarme a ella! Puedo tocar el borde con los dedos, pero no asirlo lo bastante bien para poder levantar a pulso el peso de mi cuerpo».

Se preguntó si no podría valerse otra vez de la escalera. Retrocedió a gatas. Sacó

el brazo y buscó con la mano el último peldaño. Después tiró con fuerza. La escalera parecía pesar mucho más teniendo que izarla que cuando la transportaba por el patio. Tiró y tiró.

Resultaba difícil pasarla por el alero, pero lo consiguió por fin. Tuvo que sentarse un rato, sin soltar la escalera, después de esto, porque se había quedado sin fuerzas. Estaba muy satisfecho. ¡Ahora podría acercarse a la ventana y le resultaría facilísimo entrar!

Logró arrastrar la escalera hasta el muro, aunque fue una tarea dura y peligrosa y estuvo dos veces a punto de rodar al suelo. La alzó con cuidado. Costaba trabajo encontrar un punto seguro en qué apoyarla.

Por fin creyó tenerla todo lo bien asentada que podía esperarse en aquellas circunstancias. Ahora, ¡a subir! ¡Dios quisiera que no resbalase mientras la escalaba! ¡Las consecuencias serían, en verdad, muy poco agradables!

Subió lo más aprisa que pudo, latándole con violencia el corazón. ¿Aguantaría la escalera? Llegó arriba y estaba encaramándose al antepecho, cuando la escalera resbaló bajo sus pies. Cayó de lado, dando en las tejas con espantoso ruido antes de precipitarse con estruendo aún mayor al patio. ¡«Ahora» sí que asomaría gente a ver lo que estaba sucediendo!

Se metió por la ventana sin vacilar, saltando al interior. Se agazapó contra la pared, aguardando.

Esperó tres o cuatro minutos sin hacer el menor sonido, antes de alzarse y estirarse. Atisbo por la ventana.

No, nadie rondaba por allí. No vio luz alguna ni sorprendió voces. Así, pues, aquella parte del castillo debía estar deshabitada porque, de haber habido gente allí, era imposible que no hubiese oído tan imponente ruido como el que se armara.

¿Osaría encender la lámpara para saber dónde se encontraba? Aguardó otro minuto y luego, no habiendo oído nada, encendió la lámpara y volvió a apagarla con rapidez. Pudo ver lo suficiente, sin embargo, durante el segundo que estuvo encendida.

Se hallaba en un cuarto pequeño lleno de bancos y sillas cuidadosamente apilados. No había ninguna otra cosa allí.



«No es más que una habitación en que se almacenan las cosas que no hacen falta —pensó—. Vamos, “Kiki”..., hemos de tener presente que hay que encontrar otro medio de salir del castillo. ¡No podemos marcharnos por donde vinimos! ¡Esta vez sí que está la escalera fuera de nuestro alcance!».

Se acercó a la puerta y asomó a lo que parecía un corredor. No se percibía el menor ruido. Reinaba una oscuridad completa allá, conque no tuvo otro remedio que encender la lámpara otra vez. Sí..., un largo corredor de piedra sin una mala estera por el centro. Ningún cuadro. Ninguna silla. Desde luego, no debía dormir nadie por aquel lado del edificio.

Bajó por el largo corredor sin hacer ruido gracias a sus suelas de goma. Llegó al final, donde había una ventana, redonda y con vidrio. Dobló la esquina y vio otro largo corredor, de alto techo, un poco más ancho que el otro, pero desnudo también.

En la mitad de su recorrido, este pasillo dio un cambio brusco de aspecto. La desnudez se convirtió en comodidad. Una hermosa alfombra lo cubría, llegando casi hasta la pared por ambos lados. A un lado había un canapé grande cubierto de damasco dorado. Grandes cuadros colgaban de las paredes.

«Por aquí es por donde he de ir con cuidado —pensó el niño—. Hasta hay un quinqué encendido sobre aquella mesa redonda..., un poco amortiguada la luz, es

cierto..., pero lo suficiente aún para que cualquiera me distinga».

Siguió adelante. Pasó junto a una puerta abierta y miró cautelosamente dentro. La luz de otro quinqué colocado cerca, le permitió observar lo que parecía una gran sala. Colgaban tapices de las paredes, en la que había colocados también espejos. En el centro, se encontraba una gran mesa tallada cuya pulimentada superficie brillaba suavemente a la luz de la lámpara de bolsillo de Jack.

Solió al pasillo otra vez y se puso a pensar qué hacer. En primer lugar, ¿en qué dirección se hallaba el torreón donde, según Hela, estaban encerrados los niños? Era preciso que caminase en esa dirección precisamente si es que lograba orientarse. Tendría que encontrar alguna escalera por añadidura, y subirlas.

Decidió continuar corredor abajo. ¡Por fuerza llegaría pronto a alguna escalera ascendente! Llegó a otra puerta abierta de par en par. Asomó la cabeza. ¡Cuan grandioso era aquel castillo! ¡Qué mobiliario más magnífico tenía!

Aquella habitación debía ser la biblioteca. Contenía libros desde el suelo hasta el techo. ¡Dios santo! ¿Era posible que persona alguna hubiese llegado a leer ni una centésima parte de ellos? No, desde luego.

Un ruido hizo que Jack apagara su lámpara y se quedase completamente inmóvil. Se había producido en aquel mismo cuarto, en la biblioteca. Sonaba detrás de él y era una especie de laborioso zumbido. «Kiki» soltó un leve graznido. Era su sobresalto tan grande como el del niño. ¿De qué se trataba?

Capítulo XIX

Una aventura en la noche

—¡Uírrrrr! ¡Uírrrrr!

¡Talán-talán! ¡Talán-talán! ¡Talán-talán! ¡Talán-talán! «¡Tam!... ¡Tam!... Tam! ...».

Jack se dejó caer de pronto en la silla vecina, latiéndole con violencia el corazón. No era más que un reloj que daba la hora, pero, ¡qué susto le había dado! Medianoche: las doce en punto. Bueno, los habitantes del castillo debían estar todos dormidos; eso era un consuelo al menos.

Se levantó y volvió a la puerta. Bajó por el corredor otra vez y, luego, al doblar la esquina siguiente, se encontró ante una gran escalera de mármol casi totalmente cubierta por una gruesa alfombra de bellissimo dibujo.

«Supongo que bajará al vestíbulo —pensó Jack—. Al de entrada. Bueno, servirá para orientarme un poco. Vamos a ver..., si la puerta principal está ahí abajo..., entonces el torreón que me interesa debe encontrarse un poco más allá. Vamos, “Kiki”..., ¡corredor abajo otra vez!».

Y por el interminable corredor bajaron ambos. Unas lámparas lo alumbraban de trecho en trecho, y resultaba demasiado iluminado para gusto del niño. Las puertas que pasaban ahora estaban cerradas. Quizá fuesen alcobas. ¡Desde luego no tenía la menor intención de abrirlas y comprobarlo!

Llegó a una fuerte puerta de roble empotrado en la pared interior. Se detuvo. El torreón debía hallarse a aquella altura aproximadamente. ¿Conduciría aquella puerta a él? Parecía distinta a las demás puertas que pasara. Probó con cuidado el tirador. Era una gruesa anilla de hierro y, al hacerla girar, se abrió la puerta.

La abrió del todo de un empujón. Unos escalones de piedra iluminadas por mortecina lámpara conducían hacia arriba. Se detuvo a discutir consigo mismo la cuestión. ¿Debería correr el riesgo y subir? Sí. Estaba seguro de que aquel era el camino del torreón.

Subió de puntillas y llegó a la parte superior. Miró a su alrededor, sorprendido. Se encontraba en otro piso, y la disposición y distribución era completamente distinta a las de abajo. Se hallaba en lo que parecía un gran salón, adornado con magníficos cortinajes. Por uno de los extremos se veía un balconcillo o galería. Por el otro, una plataforma pequeña con atriles para música. El piso estaba muy bien encerado y Jack se dio cuenta, de pronto, de lo que se trataba.

«¡Es un salón de baile! —se dijo—. ¡Troncho! ¡Qué bailes más magníficos deben dar aquí! Pero parece como si hubiese perdido el camino del torreón otra vez. ¡Quizá haya otra escalera por alguna parte!».

Dio la vuelta al salón. Al otro lado y detrás de unas cortinas, encontró una puerta. La abrió, viendo que conducía a una especie de antecámara. De ella partía una escalera de piedra, de caracol, que ascendía dando vueltas.

«¡Ésta es la subida al torreón! —pensó Jack, excitado—. Tiene que serlo. ¡Hola! ¿Qué es eso?».

¡Oía el ruido de botas claveteadas sobre la piedra! Rápido como el pensamiento, se ocultó tras la vecina cortina. Los pasos se acercaron. Sonó, luego, un fuerte golpe dado con un pie, el ruido de un tacón que giraba sobre la piedra, y el rumor de pasos que se alejaban de nuevo. ¡Cuan extraordinario!

Asomó cautelosamente la cabeza por la orilla de la cortina. Por el pasillo de enfrente bajaba un soldado, con el fusil al hombro. ¡Debía estar de centinela, montando guardia sobre el torreón! Desapareció por el corredor, sonando sus pasos cada vez más lejanos hasta hacerse imperceptibles. Al cabo de unos instantes regresó al pie de la escalerilla, giró sobre los talones al llegar, y volvió a perderse por el corredor.

Jack le observó de nuevo. Vestía uniforme hessiano, la mar de gayo y ornamental. Había visto a muchos soldados así yendo con el circo. Quizá fuera aquel soldado el padre de Hela.



Aguardó a que el rumor de pasos se hubiese apagado nuevamente en la distancia y luego corrió a la escalera. Subió por ella a toda prisa, puesto que sabía que no disponía de más de medio minuto antes de que regresara el centinela.

La escalera daba vueltas y más vueltas y, ya cerca del final, se hacía tan pendiente, que Jack no pudo correr escaleras arriba, sino que casi tenía que escalarlas.

Llegó a un pequeño descansillo de piedra con una ventana redonda. Había un arcón debajo de ésta, y junto a él, una silla. Frente a Jack se encontraba una puerta fuerte, hecha de roble oscuro, cubierta de grandes clavos. La miró. ¿Se encontraba detrás de aquella puerta Lucy? ¿Se atrevería a llamar su nombre?

Se acercó de puntillas y la empujó, pero estaba cerrada. Hizo girar el tirador. Tampoco se abrió entonces. Vio el ojo de una cerradura; pero no tenía la llave puesta. Se inclinó a atisbar por el hueco: no vio nada.

Tampoco oía el menor sonido. ¿Cuál era su mejor plan? Si llamaba a la puerta y gritaba, pudiera darse el caso de que si se encontraba alguna otra persona. Y, a ésta otra que los niños no se encontraron allí después de todo, pero que sí se encontrara alguna otra persona. Y, a ésta otra persona... ¡podiera hacerle muy poca gracia encontrarse con él! Además, el centinela de abajo podría quizás oírle y subir corriendo, ¡y no había por dónde escapar en aquel descansillo tan pequeño!

De pronto vio algo a la luz de la lámpara, algo sorprendente, algo que le reveló con toda certidumbre que los niños se encontraban en el cuarto tras la gruesa puerta de roble.

Algo minúsculo acababa de salir por el ancho hueco que quedaba entre la parte inferior de la puerta y el suelo, algo que, sentado en la piedra, contempló a Jack con sus ojazos negros.

—¡El lirón de Jorge! —susurró Jack. Y se arrodilló muy despacio—. ¡«Dormilón»! Eres «Dormilón», ¿verdad que sí? ¡El lirón de Jorge! Entonces... ¡Jorge está aquí!



El lirón era manso. Había vivido durante algún tiempo con cuatro niños que le adoraban, le mimaban y jamás le habían asustado. Hasta la propia Dolly había llegado a quererle, aun cuando no le permitiría comer por encima de su cuerpo como hacían los otros.

Se subió el animalito a la mano de Jack, agitando los bigotes, mirándole a él y a «Kiki». El loro le contempló con sorpresa, pero no intentó hacerle daño, cosa de veras sorprendente.

—¿Me oíste cerca de la puerta? —susurró el niño—. ¿Dejaste a Jorge y viniste a ver quién era el visitante nocturno? ¿Cómo puedo despertar a Jorge? ¡Dímelo!

Un búho ululó fuera del castillo. El lirón saltó de la mano de Jack, asustado, y desapareció por debajo de la puerta. Aquello le dio una idea al muchacho. El centinela no haría caso del ulular de un búho; pero si él ululaba por el hueco de la puerta, era seguro que se despertaría Jorge. Al centinela le sonaría lejano; pero ¡a Jorge le sonaría cerquísima! Era preferible aquello a dar golpes en la puerta, ruido que pudiera resonar abajo y atraer al que montaba guardia.

Se tumbó en el suelo, boca abajo. Acercó la cara a la puerta y juntó las manos para soplar por entre los pulgares y ulular como un búho. Aquélla era la forma de emitir una ululación trémula, tan parecida a la del autillo, que hasta él se hubiera engañado al escucharla.

—¡Uuuuuu! ¡Uu-uu-uu-uu! —ululó Jack.

Y el ruido pasó por debajo de la puerta y penetró en la habitación de allende la misma.

Jack escuchó. Crujió algo. ¿Era una cama? Luego habló una voz..., ¡la de Jorge!

—¡Gussy! ¿Oíste ese búho? ¡Sonó como si estuviese dentro mismo de este cuarto!

Pero Gussy, al parecer, estaba dormido, porque no contestó. Jack se puso en pie y acercó la boca a la puerta, temblando de excitación.

—¡Jorge! ¡Jorge!

Se oyó una exclamación de asombro. Luego la voz de Jorge, estupefacto:

—¿Quién es? ¿Quién me llama?

—¡Soy yo, Jack! ¡Acércate a la puerta!

Sonaron rápidas pisadas, luego una respiración excitada junto al ojo de la cerradura.

—¡Jack! ¡Santo Dios! ¿Cómo has llegado aquí? ¡Jack! ¡Es maravilloso!

—No tengo tiempo de contarte la historia —susurró el otro—. ¿Estáis todos bien? ¿Cómo está Lucy?

—Todos nos encontramos bien y animados —contestó Jorge—. Volamos aquí...

—Lo sé. Sigue. ¿Qué sucedió?

—Y nos trajeron aquí en automóvil. Y Gussy se mareó, claro. *Madame* Tatiosa, que fue a recibirnos con su coche, se puso furiosa con él. Se encuentra aquí, en el castillo. Y también su hermano, el conde Paritolen. No tenemos la menor idea de lo que está sucediendo. ¿Sabes tú algo? Gussy no hace más que estar preocupado por su tío.

—Su tío sigue sano y salvo en su trono, que yo sepa —anunció Jack—. Pero supongo que habrá pronto un estallido; todo el mundo lo espera. ¡Entonces Gussy se encontrará en primer plano!

—Jack..., ¿crees poder salvarnos? —inquirió esperanzado, Jorge—. ¿Cómo llegaste aquí? ¡Troncho! ¡Si yo te creía a miles de millas de distancia, en «Villa Cantera»! ¡Y estás aquí a la puerta del cuarto! ¡Lástima que esté cerrado con llave!

—Sí... De saber yo dónde se encuentra la llave, sería cosa fácil —susurró Jack—. ¿Hacia dónde da vuestra ventana? ¿Hacia oriente o hacia el norte?

—Hacia el norte. Está exactamente enfrente de una torre la mar de curiosa, construida independiente de todo esto..., una especie de campanario, con campana y todo. Gussy dice que es una torre de alarma. La campana se tañía al ver avistados enemigos en tiempos antiguos. Nuestra ventana está enfrente mismo. Ahora que sabemos que estás aquí, andaremos siempre asomados.

—Di le a Lucy que le mando mi cariño. ¿Está en el mismo cuarto que vosotros?

—No. Las muchachas tienen otra habitación. Escucha..., deja que vaya a despertarlas. Les emocionará poder hablar contigo.

—Bueno —contestó Jack.

Pero se quedó rígido de pronto. ¡Pisadas! ¡Pisadas al pie de la escalerilla de caracol!

—¡Viene alguien! —susurró con urgencia—. ¡Adiós! ¡Procuraré venir otra vez y haremos planes!

Se irguió y aguzó el oído. Sí; el centinela subía la escalera. ¿Habría oído algo? Jack miró, con desesperación, a su alrededor. ¿Cómo le iba a ser posible ocultarse en tan pequeño descansillo?

¡El arcén! Corrió a él, iluminándole con su lámpara. Alzó la tapa. No había nada dentro más que una manta vieja. Se metió en el interior, seguido de «Kiki». Cerró de nuevo. ¡Justamente a tiempo! Una linterna brilló en la última vuelta de la escalerilla y el soldado apareció en el descansillo. Alzó la luz y miró a su alrededor. Todo se encontraba en orden. Bajó la escalera de nuevo, haciendo mucho ruido los clavos de sus botas sobre la piedra. Dejó de palparle con tanta violencia el corazón a Jack, y exhaló un suspiro de alivio. Salió del arcén y se puso a escuchar.

La voz de Jorge, al sonar por el agujero de la cerradura, le hizo dar un brinco.

—¡Se ha ido! —dijo éste—. Siempre sube una vez por hora. Jack..., no te lo había preguntado. ¿Tienes contigo a «Kiki»?

—¡Claro! ¡No se ha separado de mí ni un instante!

Ardía en deseos de contarle a Jorge el éxito que había tenido el loro en el circo. Pero Jorge no sabía una palabra de eso tampoco. Ni siquiera sabía cómo había llegado él a Tauri-Hessia. ¡Cuánto tendría que contarles a él y a los otros!

«Kiki» empezó a susurrar también.

—Suénate la nariz, cierra la puerta, tolón, tolón, el lorito tiene un catarro. Dios salve al rey.

Jorge rió.

—No sabes la alegría que me da oírlo otra vez. ¿Aviso a las muchachas?

—No —le contestó Jack—. Más vale que me marche mientras tenga la ocasión. Adiós, Jorge.

Bajó muy aprisa la escalera. Se detuvo a escuchar. ¿Dónde estaba el centinela? Debía haber bajado por el pasillo otra vez. Cruzó la antecámara y se metió en el salón de baile.

Permaneció inmóvil un instante, mirando alrededor del cuarto débilmente iluminado. De pronto, vio algo por el rabillo del ojo y dio un brinco.

Al otro lado de la estancia había un cuadro muy grande y... ¡se estaba moviendo! Se deslizó lateralmente por la pared y apareció, tras él, un agujero.

¡Cielo Santo! ¿Qué estaba sucediendo ahora?

Capítulo XX

La salida

Apareció de pronto el rostro de un hombre en el hueco. Jack no hubiese podido reconocerle de no haber sido por un detalle: ¡el individuo aquel llevaba monóculo!

«¡El conde! —pensó el niño—. ¡Troncho! ¿Qué hace apareciendo por puertas secretas a estas horas de la noche?».

El hombre saltó al suelo. Se abrió, inmediatamente, una puerta cerca de él, y salió una mujer. También la reconoció a ella: era *madame* Tatiosa, aquella mujer tan bonita que había fingido estar enferma en «Villa Cantera»..., ¡la esposa del primer ministro!

Aquella era, evidentemente, una entrevista secreta entre ella y su hermano. ¿De dónde había venido él? ¿Por qué estaban tan excitados? Los dos hablaron rápidamente y *madame* Tatiosa pareció la mar de contenta. Besó a su hermano en las dos mejillas y le dio luego unas palmaditas en la espalda.

«¡Sus planes, sean cuales fueren, parecen marchar viento en popa! —pensó Jack—. Apuesto a que se trata de algo relacionado con el rey. Probablemente habrán tomado ya sus medidas para capturarlo dentro de poco. Eso significa que sacarán a Gussy del cuarto y le obligarán a sentarse en el trono. No me gusta la cara del conde Paritolen. Es un mal bicho y ¡salta a la vista que ha estado haciendo alguna barrabasada esta noche!».

Los dos hermanos hablaron aún excitados, entraron en el cuarto del que saliera *madame* Tatiosa. La puerta se cerró. Jack oyó el tintineo de copas. ¿Iban a celebrar algo, quizá? Las cosas, evidentemente, marchaban.

Jack ansió con vehemencia que hubiese estado allí Bill con él. Pero Bill, probablemente, ni siquiera tenía conocimiento de que estuviesen los cinco en Tauri-Hessia. No tenía miedo de saber que habían llegado en avión. ¡Con toda seguridad estaba revolviendo Inglaterra entera para encontrarles!

Contempló el agujero de la pared. ¿Adónde conduciría? Sintió el impulso de ir a explorarlo. Aún oía el tintineo de copas y rumor de conversación en el cuarto vecino. Corrió hacia el hueco, se subió a una silla y miró dentro. Nada pudo ver, conque se buscó la lámpara en el bolsillo.

Y en aquel mismo instante ¡vio que se abría la puerta de la estancia! No había más que un recurso: ¡meterse por el agujero pasara lo que pasase!

Conque adentro se metió, casi haciéndolo de cabeza en sus prisas. Encontró escalones en el interior, y resbaló por ellos sin poder detenerse, aterrizando con un violento golpe al pie de los mismos. Medio aturdido y alarmado en grado sumo, permaneció inmóvil en el suelo, aguzando el oído.

Pero ni el conde ni su hermana parecían haber oído nada. Escuchó sus voces en la

distancia. Y luego oyó otra cosa, un leve roce, y la luz que penetraba por el hueco, quedó inmediatamente extinguida.

—¡Troncho! ¡El cuadro ha vuelto a su sitio! ¡Estoy encerrado! —exclamó el niño, espantado.



Subió los escalones y tocó el dorso del cuadro. Era de recia madera y encajaba, justo, en el agujero. No se movió cuando intentó empujarlo. Y no se atrevió a recurrir a procedimientos violentos por temor a que oyera el conde.

Encendió la lámpara de bolsillo. Miró escalera abajo y vio un pasadizo al fondo. Bueno, ¡a alguna parte conduciría! ¡Hasta quizá le llevase a una salida del castillo! Lo único que podía hacer era seguirlo y asegurarse.

Conque bajó los escalones otra vez y se metió por el estrecho pasillo. Llegó a la conclusión de que éste debía pasar por el interior de los muros de la estancia, a un nivel un poco más bajo que el suelo. Torció en ángulo recto de pronto, y se encontró con más escaleras, y muy empinadas, por cierto.

Las bajó, alegrándose de haber tenido la precaución de comprar la lámpara. Tenía el aire un olor enmohecido y rancio.

Llegó a un sitio donde parecía brillar una luz detrás de la pared de la izquierda.

¿Qué era?

No tardó en descubrirlo. Se trataba de un pequeño agujero practicado en el zócalo de madera. Atisbando por él, vio una estancia débilmente iluminada, una habitación que, sin duda alguna, se empleaba para celebrar reuniones y consultas. Porque había una mesa redonda con vades y papeles cuidadosamente ordenados, y sillas todo alrededor.

«¡Hum! ¡Bonita mirilla para espiar a la gente! —pensó Jack—. Bueno, sigamos, adelante. ¿Adónde va a parar esto, “Kiki”?».

El loro lo ignoraba. Sólo sabía que estaba cansado ya de aquella excursión. Se agarró fuertemente al hombro de su amo, y le gruñó al oído.

El pasadizo empezó a descender otra vez, no por medio de escalones ahora, sino en pendiente rampa. Jack se encontró en un pasillo mucho más estrecho y bajo. Tuvo que agachar la cabeza para poder moverse. La anchura no daba de sí lo suficiente para que pudieran cruzarse con facilidad en él dos personas. «Kiki» protestó, porque no hacía más que rozarle la cabeza el techo de aquel pasadizo.

—¡Ojalá supiera adonde conduce todo esto, «Kiki»! —exclamó el niño—. Me hace a mí tan poca gracia como a ti. ¡Hola! ¡Aquí hay un sótano o algo!

El pasadizo moría, de pronto, en una especie de cámara redonda, llena de trastos viejos. No había más acceso a ella que un agujero pequeño, por el que se introdujo Jack, alegrándose de no ser tan gordo como el jefe del circo.

«Y ahora, ¿por dónde salimos?», se preguntó.

Barrió la cámara con el haz luminoso de su lámpara. Nada se veía más que trastos viejos. Luego dirigió la luz al techo, que se hallaba a cinco centímetros escasos de su cabeza.

—¡Una trampa! ¡Una compuerta! ¡Si pudiera alzarla! La empujó con fuerza y ¡se alzó! Se abrió del todo, cayendo hacia atrás y aterrizando de plano con terrible estruendo. Jack se llevó un susto morrocotudo, y «Kiki» aulló como una lechuza, sobresaltado.

Nadie acudió. Nadie gritó: ¿Quién va? El niño aguardó un minuto completo y luego se encaramó por el hueco. ¿Dónde se encaminaba ahora? Empezó a creer que era víctima de una pesadilla, una pesadilla en la que nada conducía, en realidad, a ninguna parte, en la que estaba destinado a caminar siempre adelante por pasadizos sin cuento, subiendo escalones, metiéndose por agujeros, llegando a sótanos, saliendo por compuertas...

Volvió a mirar a su alrededor con ayuda de la lámpara. Se encontraba en un edificio de piedra, muy alto y muy estrecho. A su alrededor colgaban grandes cuerdas. Alzó la luz, y comprendió entonces dónde se hallaba.

«¡El campanario! ¡La torre que se encuentra enfrente mismo del cuarto de Jorge! El pasadizo por el que he bajado debe ser una entrada secreta al castillo. ¡Vaya descubrimiento!».

Se acercó a la entrada del campanario. No había puerta allí, sino un simple arco.

Se había construido aquello para dar cabida a la enorme campana y nada más, al parecer.

De pronto, hizo un descubrimiento que le llenó de alivio y de alegría... ¡El campanario se alzaba fuera de la muralla del castillo, y no dentro! Podía bajar por la ladera de la colina hasta el circo sin que nada se lo impidiese: sin tener que escalar paredes, ni saltar por ventanas... Se hallaba fuera del castillo y de su recinto.

«¡Eso sí que es una suerte! —pensó—. Vamos, “Kiki”. Nos encontramos fuera. Ahora regresaremos y dormiremos un poco».

Poco rato después, Jack se introducía con cautela en el carromato de Pedro. El suelo crujió ruidosamente, pero Pedro no despertó. El niño se desnudó, entregado a sus reflexiones.

Estaba contento. Lucy y los demás se hallaban sanos y salvos. Nada les había sucedido; ningún daño les habían hecho. Podían considerarse seguros mientras Gussy no fuese rey. Una vez puesto éste en el trono, quizá se les usara como rehenes si el Gobierno británico se ponía de parte del rey destronado y exigía que se le volviera a entronizar. Jack se imaginaba perfectamente con cuánta fruición amenazaron el conde Paritolen y *madame* Tatiosa someter a los niños a toda clase de torturas si el Gobierno inglés se empeñaba en mantener su actitud.

«Aquí, lo que se impone —pensó Jack—, es rescatarles antes de que capturen al tío de Gussy y le pongan a él en el trono. Es preciso que intente ponerme en contacto con Bill. Pero va a resultar difícil, porque es muy probable que la gente de este lado del país esté de parte del conde. Y, si intento mandarle un mensaje a Bill, ¡me encerrarán a mí también!».

Se quedó dormido pensando en la situación. Había corrido una verdadera aventura aquella noche, y se sentía completamente agotado. Ni siquiera se despertó cuando los osos del señor Frank armaron jaleo a primeras horas de la mañana e intentaron romper la jaula.

Pedro se lo contó a la hora de desayunar.

—Nadie se atreve a acercarse a ellos —le dijo—. Aún no se han puesto a luchar entre sí, pero acabarán haciéndolo. Y entonces no servirán de nada en el circo, sino de peligro.

—Así, pues, ¿no está mejor el señor Frank? —inquirió Jack.

—No. Todo lo contrario. Se encuentra peor. El jefe está la mar de preocupado. Lástima que ese amigo tuyo de quien me hablaste no se halle en la vecindad. Si es tan hábil como me cuentas, quizá pudiera él pacificar a los osos y dominarles.

Pedro estaba bromeando, claro, pero Jack se irguió en su asiento y se puso a estudiar la cosa en serio. Estaba seguro de que Jorge podría dominar a los osos. ¿Sería conveniente decirle a Pedro dónde se encontraba Jorge... y decirle que, si le ayudaba a rescatar a los niños, Jorge haría lo que pudiera con los osos?

—¿Qué te pasa? —preguntó Pedro, mirándole con curiosidad—. Pareces excitado por algo.

—Verás..., es que sí que podría traer a mi amigo..., pero sólo si contase con ayuda. Está..., bueno, no está muy lejos de aquí, en realidad.

—¿De veras? ¿Por qué no me lo dijiste? —exclamó Pedro—. ¿Dónde está?

Jack vaciló. ¿Podía fiarse de Pedro? Le hizo una pregunta:

—Pedro, contéstame con toda franqueza: ¿estás de parte de alguno en este asunto del rey y del príncipe Aloisio? Quiero decir..., ¿qué opinas tú de esa cuestión?

—Nada —respondió el otro, sin vacilar—. Me tiene sin cuidado cuál de ellos sea rey. ¡Que se las arreglen! Lo único que no quiero, es que haya guerra civil aquí. Porque, si la hubiese, tendríamos que abandonar el país a toda prisa. ¡Los circos y la guerra no ligan! ¿Por qué me preguntas eso?

—Quizá te lo explique más adelante —respondió Jack, llegando a la conclusión, de pronto, de que había hablado demasiado—. Pero una cosa sí te diré... Si pudiese traer aquí a mi amigo..., con los amigos suyos también..., evitaríamos una guerra civil, los osos de Frank quedarían pacificados en seguida, y...

—¡Qué tonterías dices! —exclamó Pedro con cara de asombro—. Deja de tomarme el pelo. No creo ni una palabra.

Jack no dijo más. Pero a medida que fue transcurriendo el día sin que Frank se pusiera mejor, y sin que los osos cambiaron de actitud sino que empeorara su comportamiento incluso, sintió una tendencia a contarle algo más a Pedro. Resultaría verdaderamente maravilloso que pudiese meter a Jorge y a los demás en el circo. ¡Qué escondite más estupendo para todos ellos! Gussy llamaría demasiado la atención, claro. ¿Cómo podrían disfrazarle?

«¡Claro! —pensó el niño—. ¡Con ese pelo tan largo, esas pestañas femeninas y esos ojos tan grandes, podría vestirse de niña! ¡Qué idea más luminosa! Me parece que le contaré a Pedro todo. Lo haré después de la función de esta noche».

El circo dio su primera función en Borcken aquella tarde. Se inauguró con el acostumbrado toque de trompetas y tambores, y los habitantes de la población acudieron excitados y en tropel.

Los osos, claro, no se exhibieron; pero, por lo demás, todo marchó bien. La gente gruñó bastante por la ausencia de los osos, porque se habían anunciado mucho. Y algunos pidieron que se les devolviese el dinero.



—Hemos de conseguir, de una forma o de otra, que trabajen esos osos —dijo el jefe—. Tendremos que sacar a Frank de la cama o habrá que buscarle un suplente. Será preciso hacer esto o lo de más allá. ¿Dónde está Frank? ¡Esos osos no tardarán en matarse unos a otros!

Después de la cena, Jack habló con Pedro.

—Quiero decirte muchas cosas —anunció—. Quiero conseguir tu ayuda, Pedro. ¿Me escucharás? Es muy importante..., ¡muy importante de verdad!

—Te estoy escuchando —respondió Pedro, con cara de sobresalto—. Dime todo lo que quieras. Te ayudaré, Jack..., ¡eso te lo prometo!

Capítulo XXI

Un plan osado

—¿Adónde iremos? —inquirió Jack—. ¿A tu carro? Nadie puede sorprender nuestra conversación allí, ¿verdad?

Se metieron en el carro y cerraron la puerta. Pedro estaba intrigado. ¿Qué significaba todo aquello?

Jack empezó a decírselo. Le habló de «Villa Cantera», y de la estancia de Gussy, que resultó ser un príncipe, allí. ¡A Pedro por poco se le desorbitan los ojos al oír aquello! Le contó lo del secuestro. Le dijo cómo se había escondido él en el automóvil, y luego en el aeroplano, para poder seguir a los demás.

—¡Eres una maravilla! —exclamó Pedro, mirando a Jack con admiración—. Eres...

Jack no le quiso dejar terminar. Prosiguió apresuradamente su relato, diciéndole todo, hasta su aventura de la noche anterior.

—¡En mi vida oí cosa igual! —exclamó Pedro, estupefacto—. ¿Por qué no me pediste que te acompañara? De sobras sabes que lo hubiese hecho. Fue muy peligroso lo que hiciste.

—Ya estoy acostumbrado a correr aventuras —contestó el niño—. Y no tenía más remedio que averiguar cómo se encontraba mi hermana... y los otros, claro. Pues bien, Pedro, aquí es donde necesito ayuda. Es «preciso» que rescate a los cuatro antes de que secuestren al rey o le maten, y pongan a Gussy en el trono. Si Gussy desapareciera, ¿comprendes?, de poco serviría deshacerse de su tío. Necesitan a Gussy para ponerle en su lugar, porque les interesa que reine un niño para obligarle a hacer lo que a ellos les convenga. Tendrán el poder entonces el conde Paritolen, *madame* Tatiosa y el primer ministro. ¿Comprendes?

—Sí, comprendo —repuso Pedro—. Pero no estoy acostumbrado q que se haga historia ante mis propios ojos de esta manera. No puedo creer que sea real.

—Lo es —le aseguró Jack, con urgencia—. Muy, muy real. Y Pedro, si pudiésemos traer a Jorge aquí, al circo, él podría manejar a los osos con la misma facilidad que Frank. Te digo que es un verdadero mago con los animales..., sean éstos los que sean. ¡Con sólo decirte que una vez en que nos persiguió una manada de perros alsacianos que creíamos eran lobos, Jorge los convirtió en amigos nuestros en cuanto se acercaron para despedazarnos!

Pedro escuchó todo aquello con rostro solemne. El relato le había causado una profunda impresión. Había adivinado, claro, que Jack no era sólo lo que parecía. Pero la historia que le narraba el niño resultaba tan extraordinaria, que trabajo le costaba darle crédito. Pero la creía. Estaba seguro de que Jack era incapaz de decir una

mentira.

—Bueno y... ¿qué quieres que haga yo? —preguntó por fin—. Estoy dispuesto a lo que sea, claro. Pero, con franqueza, Jack, no veo yo cómo vamos a poder sacar a tus amigos del torreón del castillo de Borcken, estando encerrados con llave y guardados por un centinela. ¡Es imposible!

Jack frunció el entrecejo. Empezaba a creerlo imposible él también. Hacía horas que repasaba mentalmente planes y más planes; pero ninguno de ellos servía para nada.

No podía volverse a introducir por la ventana de encima del lavadero, estaba seguro. Se habría descubierto la escalera ya, y retirada. Además, aun cuando lograra introducirse por aquel camino, ¿cómo iba a poder sacar a Jorge y a sus compañeros del cuarto en que se hallaban encerrados? ¡Ni siquiera tenía idea de dónde podía encontrarse la llave!

«Y el entrar por el otro camino tampoco serviría de nada —pensó—. Por la compuerta y todos esos pasillos... Llegaría a la parte de atrás del cuadro y no sabría cómo conseguir que se moviese. Aparte de que, aun suponiendo que lograra descorrerlo, no habría adelantado gran cosa, ¡seguiría sin saber dónde encontrar la llave del torreón!».

Pedro estaba reflexionando también. ¡Pensar que él y Jack podían evitar una guerra civil... y no ocurrírseles ni una sola cosa sensata que hacer!

—Jack —dijo por fin—, ¿te importaría que hablásemos de esto a alguna otra persona? Los dos mejores amigos que tengo aquí son Toni y Bingo, los acróbatas. A lo mejor a ellos se les ocurre un plan. ¡El tener ideas es su profesión!

Jack le miró, dubitativo.

—¿No revelarían mi secreto? —dijo—. Es importante que no sepa nadie más lo que sabemos nosotros. Una vez sospechara el conde que alguien intentaba rescatar a los prisioneros, los trasladaría a otro sitio, y con toda seguridad, aceleraría sus planes para que nadie pudiese hacerlos fracasar.

—No tienes por qué preocuparte de Toni ni de Bingo —le repuso Pedro—. Son los mejores compañeros que he tenido en mi vida, y están dispuestos a todo. Ésta es la clase de tarea que llevarían a cabo de mil amores. Es lo suyo. Iré a buscarles ahora.

Cruzó el campamento, y Jack le aguardó, preocupado. No estaba muy convencido de haber hecho bien confiando de nadie. No tardó en abrirse la puerta de la caravana y entrar Pedro con Toni y con Bingo. Vestidos de calle, no parecían acróbatas ni mucho menos. Eran jóvenes delgados, ágiles, con cabello revuelto y risueños semblantes que captaban la simpatía.

—¿Para qué tú nos quieres? —inquirió Toni, en mal inglés—. ¿Es que con el jefe algo te pasa?

—No —repuso Pedro—. Escucha, Jack, ¿se lo digo yo...? Puedo hablarles en italiano, idioma que entienden mejor. Resultará más rápido.

—Bueno —contestó Jack, sintiendo no poder manejar media docena de idiomas

con la misma facilidad que aquel muchacho.

No comprendió una palabra de lo que se dijo. Pedro habló aprisa, gesticulando con las manos como suelen hacer los latinos. Bingo y Toni le escucharon, con los ojos como platos. ¡Qué historia!

Luego se pusieron ellos a charlar animadamente también, y a Jack le costó trabajo dominar su impaciencia por saber lo que decían. Pedro se volvió hacia él, por fin, sonriendo expansivamente.

—Les he dicho todo —anunció—. ¡Y les agrada! Tienen una idea de cómo llevar a cabo el salvamento... Una idea sorprendente, Jack, pero, ¡magnífica!

—¿Cuál? —quiso saber Jack, emocionado—. ¡Dios quiera que no resulte demasiado imposible!

—¿Se lo digo? —le preguntó Pedro a Toni—. Podré hacerlo más aprisa que tú.

—Díselo —contestó Toni, moviendo afirmativamente la cabeza.

—Bueno, pues se les ocurrió la idea cuando les conté cómo escapaste por la compuerta del campanario. Les dije que se encuentra exactamente enfrente de la ventana del cuarto del torreón... y ¡ellos dicen que será fácil lanzar una cuerda desde el campanario hasta la ventana del encierro!

—Sí, pero no veo yo de qué va a servir eso —observó Jack, intrigado—. Los otros no podrían cruzar por ella..., ¡se caerían!

—Escucha... Has visto los trapecios pequeños que Toni y Bingo usan para algunos de sus números, ¿no? Bueno, pues esos trapecios pueden acoplarse a la cuerda de alambre con ruedas-polea para que se deslicen sin dificultad. ¿Estarían tus amigos dispuestos a sentarse en el trapecio y a dejarse arrastrar colgando del alambre? ¡Resultaría la mar de fácil!

—¡Santo Dios! —exclamó Jack, con sobresalto—. ¡Qué idea! ¡No es práctico! ¡No puede hacerse eso!

—Sí, sí..., sí que es práctica —intervino Toni, excitado—. Nosotros subimos al campanario. Nosotros llevar cuerda a tus amigos... Yo cruzo..., ¡fácil! Arrastro trapecio tras mí, colgado de alambre. Coloco a cada niño o niña en trapecio... y vuelvo corriendo por alambre, arrastrando trapecio..., una, dos, tres, cuatro veces... y todo el mundo a salvo. Buena idea, ¿verdad?

—¿Es de verdad posible? —dijo Jack—. Suena muy peligroso.

—Ah, no, no..., es sencillo así —anunció Toni—. Yo lo hago todo..., ¡yo, Toni!

Bingo movió afirmativamente la cabeza. Al parecer estaba de acuerdo con su compañero en que la idea era buena y de fácil desarrollo. «Desde luego —pensó Jack—, sólo a unos acróbatas podía haberseles ocurrido esta solución».

—Y luego este niño..., cómo le llamas... Jorge, ¿él domar osos de Frank y hacerlos buenos? —dijo Toni—. ¡Todo el mundo contento!

—Todo el mundo contento —asintió Jack, excitándose también.

Después de todo, aquellos acróbatas estaban acostumbrados a cosas de esa clase. A ellos no les parecía nada, aun cuando a los demás pudiera parecerles una proeza

muy peligrosa y hasta imposible.

—Esta noche vamos —dijo Toni—. Tendremos todas las cosas preparadas para que nada falle. Se lo decimos al jefe, ¿verdad?

—No, aún no —dijo Pedro, reflexionando—. Y, cuando lo hagamos, no le diremos gran cosa. Nada del príncipe ni de eso..., sólo que hemos conseguido que un amigo de Jack venga a ayudar con los osos. Tendré que pensar la manera de justificar la presencia de los otros tres..., pero de eso ni pienso preocuparme aún.

Toni y Bingo se retiraron a su caravana, charlando hasta por los codos. Aquello era algo, evidentemente, que les iba a hacer disfrutar de lo lindo.

Jack apenas podía estar quieto ya. No hacía más que pensar en el plan de Toni. ¿Saldría bien? ¿Tendría Lucy demasiado miedo de cruzar en el trapecio columpio y que la cogiera Bingo al otro lado? ¿Y Gussy? ¡Se le pondrían los pelos de punta! Y, sin embargo, ¿qué mejor medio había? Ninguno; ni mejor ni peor siquiera.

El circo abrió como de costumbre, y hubo de nuevo gruñidos por no aparecer los osos. Frank intentó levantarse; pero fue inútil. Ni siquiera podía tenerse en pie. Los osos, al oír empezar la función y los gritos de los puestos y barracas alzadas en la vecindad de la tienda grande, empezaron a sentir desasosiego y a excitarse. No habían permitido que entrase nadie en su jaula aquel día, ni siquiera para limpiarla, y les habían echado la comida apresuradamente por entre los barrotes.

¡Ni siquiera habían querido comerla! ¡Yacía intacta en el suelo! No hacían más que moverse de un lado para otro de su encierro, agachando la cabeza, gruñendo fuerte sin cesar.

La función terminó por fin y la gente regresó a Borken charlando y riendo. Jack ayudó a Pedro a hacer la limpieza de la pista, recoger papeles, etc., y a levantar los bancos caídos.

—¿Estás pensando en esta noche? —le preguntó Pedro al pasar por su lado cuando trabajaban—. ¡Apuesto a que Bingo y Toni no han dejado de pensar en ella un instante! Vi cómo Toni sacaba uno de los trapecios y acertaba la cuerda para poder usarla luego.

Cenaron tarde. Luego mamá bostezó.

—¡A la cama! —dijo.

Y subió a su caravana.

Los dos niños se retiraron a la suya y aguardaron a que se presentaran los acróbatas y les dijeron que estaban ya preparados.

Llamaron a la puerta y Pedro la abrió.

—¡Vamos! —ordenó la voz de Toni.

Pedro y Jack salieron. Los cuatro subieron la ladera de la colina en la oscuridad. Por encima de ellos, se cernía el gran castillo, siniestra y misteriosa su sombra. Enorme mole de piedra.



Llegaron al campanario. Toni y Bingo habían ido ya a echarle una mirada durante el día.

—Adentro —dijo Pedro en voz baja.

Encendió la lámpara de bolsillo en cuanto se encontraron en el interior.

La luz iluminó la fuerte cuerda de alambre que llevaba Bingo, y el trapecio que colgaba de las manos de Toni. Todos alzaron la mirada hacia el techo del campanario. ¿Cómo iban a poder subir con seguridad donde colgaba la campana?

—Hay travesaños de hierro en la pared —dijo Toni—. Subiré yo primero. ¡Seguidme!

Capítulo XXII

¡Huida!

No fue difícil subir por los travesaños de hierro. Toni no tardó en encontrarse en la parte superior de la torre. Pero ¡el primero en llegar fue «Kiki»! Voló del hombro de Jack y fue a posarse en la campana, arrancándole con las patas una nota profunda que le produjo enorme sobresalto.

La escala de hierro seguía hasta por encima de la campana que colgaba de una gran viga de madera. Sobre ésta había una plataforma de piedra, con un agujero en un lado para que pasase la escala. Toni subió hasta la campana y luego pasó por el agujero de encima, subiendo a la plataforma. Jack le siguió y luego Pedro, cerrando Bingo la marcha.

En la parte superior del campanario había aberturas arqueadas semejantes a ventanas, orientadas cada una hacia uno de los puntos cardinales: norte, sur, este y oeste. Toni atisbo por el arco situado frente a la ventana del castillo.

Estudió cuidadosamente la distancia. Jack la contempló también. A él le pareció grandísima en la oscuridad. Se estremeció. Le hacía muy poca gracia seguir adelante con el plan ahora que se hallaba tan alto y veía lo lejos que estaba del suelo.

Pero Toni y Bingo no dieron la menor importancia a la altura. Hablaron el uno con el otro, discutiéndola con interés y a conciencia.

Toni le dijo algo a Pedro, y éste se lo repitió a Jack en inglés.

—Toni dice que está preparado. Quiere saber cómo podremos llamar la atención de tus amigos. Tendrán que ayudar al principio.

—Si encendemos y apagamos la lámpara... o quizá si ululamos como un búho..., asomará Jorge —contestó Jack.

—Probemos el búho —anunció Toni.

Jack se llevó las manos a la boca, y sopló por entre los pulgares.

—¡Uuuuuu! ¡Uu-uu-uu-uu!

La llamada sonó, trémula, en la noche. Jack la repitió.

Aguardaron, fija la mirada en la oscura ventana de enfrente. De pronto, se encendió en ella una luz durante una fracción de segundo, y volvió a apagarse.

—Jorge está allí —dijo Jack, con alegría.

Y encendió su propia lámpara un instante.

—¡Jorge! —llamó en voz queda—. ¿Me oyes?

—¡Sí! ¿Dónde estás? ¡No ahí enfrente, no es posible! —exclamó Jorge, con voz de asombro.

—Di le que va a cruzar Toni sobre el alambre —le dijo Pedro—. Pero tenemos que tenderlo primero. Conque, ¿quieres decirle que esté al tanto? Vamos a tirarle una

piedra con un cordel atado. Él ha de tirar del cordel, al que irá sujeta una cuerda más fuerte.

—Sé de un sistema mejor que éste —aseguró Jack, excitado de pronto—. Deja que «Kiki» lleve la cuerda..., no la de alambre, claro, sino la de menos peso. Puede cruzar con ella en el pico.

—¡Ah, ésa es una buena idea! —exclamó Toni, comprendiendo y aprobando—. Ahorrará tiempo.

—Jorge..., «Kiki» va a cruzar con una cuerda —le dijo Jack, con cautela—. Procura estar al tanto. Toma la cuerda y tira fuerte. Encontrarás atada a la punta otra cuerda de alambre. ¿Puedes encontrar sitio al que sujetarla? Tiene una anilla muy fuerte por el extremo..., asegúrate de que queda bien sujeta.

—Bueno. Pero, cómo..., escucha, no comprendo —dijo Jorge, aturdido.

—¡Llama a «Kiki»! —ordenó Jack.

Al loro le habían puesto ya la extremidad de la cuerda en el pico. Estaba tirando de ella, con curiosidad.

—Llévasela a Jorge —le dijo su amo.

—¡«Kiki»! —llamó Jorge— ¡«Kiki»!

El loro voló derecho a él, con la punta de la cuerda en el fuerte pico. Sabía que tenía que llevársela a Jorge, claro; pero no tenía la menor idea de que seguía un largo trozo que Toni iba soltando rápidamente.

Aterrizó sobre el hombro de Jorge, y soltó la cuerda para acariciarle la oreja. Jorge asió la punta justamente a tiempo. Empezó a tirar de ella sin perder momento. Fue recogiendo más y más cuerda y, por fin, atada a ella, encontró un fuerte cable de acero, pesado pero flexible.

Fue recogiendo éste también, hasta que un tirón le advirtió que ya había recogido lo bastante. Ahora tendría que sujetarlo fuertemente a algo. Pero, ¿a qué?

Tenía una lámpara en el cuarto, y la encendió para ver mejor. Bajó la mecha y buscó a su débil luz dónde sería posible sujetar la anilla.

La cama suya tenía patas de hierro. La arrastró hasta la ventana, despertando con sobresalto a Gussy al hacerlo, y luego metió la anilla de hierro por debajo de una pata, subiéndola cosa de treinta centímetros.

¡Ahora debiera estar bien segura! La cama estaba junto a la ventana, la pata de hierro contra la pared de piedra. Ni la cama ni la pata podían moverse. ¡Cualquiera podría usar la cuerda sin peligro!

—¿Qué es? ¿Qué está pasando? —inquirió Gussy, incorporándose en la cama, sorprendido, sin poder ver gran cosa con la mortecina luz aquella.

—No hagas ruido —le ordenó Jorge, que estaba ya casi demasiado excitado para hablar—. Jack está ahí fuera. Ve a despertar a las niñas, pero, ¡no hagas ruido, por lo que más quieras!

Allá en el campanario, Toni tiró fuerte del cable de acero. Tiró con toda la fuerza que pudo, y Bingo le ayudó a tirar. ¿Estaba bien sujeto al otro extremo, lo bastante

para que pudiera pasar por la cuerda Toni? Tenía que saberlo con seguridad antes de aventurarse por ella.

—Está lo bastante segura —anunció Bingo en su idioma—. Podrá sostenerte.

Toni no desperdició un instante. Salió del arco de piedra y se puso en pie en el estrecho alféizar. Bingo iluminó con una lámpara de bolsillo el cable tendido entre el campanario y el torreón.

Toni probó la cuerda con el pie y, luego, ¡Jack se quedó boquiabierto de asombro! ¡Toni había cruzado por el cable corriendo a toda velocidad! ¡La lámpara de Bingo permitía ver cómo se movían sus pies por el alambre en tensión!

El acróbata llegó a la ventana de enfrente y permaneció posado en el antepecho un instante. Luego agachó la cabeza y entró, hallando la cama junto a la ventana. Jorge le agarró, pálido el rostro.

—¡Troncho! ¡Qué ocurrencia! ¡Podría haberse caído!

Las niñas, despertadas por Gussy, se hallaban ya en el cuarto de los muchachos. «Kiki» estaba con ellas, cubriéndolas de caricias a su manera.

—¿Quién es éste? —preguntó Lucy, sobresaltándose al ver saltar a Toni sobre la cama—. Jorge, ¿qué está sucediendo?

—No hay tiempo de hablar ahora —le contestó el niño, que tampoco estaba muy seguro de lo que sucedía—. ¡Nos están salvando, he ahí todo!

Toni estaba ocupado en tirar de una cuerda que había llevado consigo. Y, a medida que tiraba, resbaló por el cable, suspendido del mismo, un trapecio pequeño que parecía un columpio, ¡el que usaba Toni todas las noches en el circo para hacer uno de sus números!

Pegó, por fin, contra el muro de piedra. Toni se volvió hacia Jorge.

—Tú siéntate allí —dijo, señalando el trapecio—. Te estás sentado quieto, ¿comprendes? Y yo te arrastraré hasta donde está Jack.

El niño se sobresaltó. Contempló el trapecio que colgaba por debajo del cable de acero, resbalando por él sobre una polea pequeña. ¡Conque ése era el plan! ¡Habían de irse sentando, uno tras otro, en aquel extraño columpio para que los arrastraran hacia el campanario! ¡Vaya!

—¡Aprisa! —dijo Toni, con impaciencia—. ¿Tú primero?

—Sí —contestó Jorge, pensando que, si los otros le veían cruzar sin dificultad, perderían el miedo.

Se volvió hacia Gussy y las sorprendidas niñas.

—Yo cruzaré primero —dijo—, y vosotros podréis ver cómo lo hago. Luego tú, Lucy. A continuación, tú, Gussy. Y la última serás tú, Dolly.

Se puso de pie en la cama y luego subió a la ventana. Asió la cuerda de afuera, y sintió que Toni le cogía las axilas con fuertes manos. No era difícil sentarse en el trapecio.

—¡Ahora voy! —les dijo Toni a los que aguardaban con ansiedad al otro lado.

Y corrió por el cable de nuevo, tirando del trapecio. Jorge llegó allí en el

columpio casi antes de haberse dado cuenta de que se ponía en movimiento. Le alzaron de su asiento y le metieron, sano y salvo, en el campanario. Jack le buscó la mano y se la estrechó con fuerza. ¡Se sintió de pronto incapaz de articular palabra! Lo propio le sucedía a Jorge.

Toni cruzó de nuevo, tirando del trapecio. Lucy estaba casi tiesa de miedo, pero logró armarse de valor y subir al trapecio con ayuda de Toni. Soltó una exclamación al cruzar, pensando en la gran distancia a que se hallaba el suelo, si caía.

El acróbata la dejó en el campanario y volvió en busca de Gussy, al que hubo de colocar en el trapecio. Estaba tan asustado, que Toni temió que fuera a caerse por el camino por no tener ánimos ni para agarrarse a la cuerda. Pero Gussy se aferró a la misma, a pesar de que le castañeteaban los dientes, y casi rompió a llorar de alivio cuando se encontró, por fin, por encima de la campana.

Dolly no dio el menor trabajo. No tenía miedo, y de haberlo tenido, hubiese puesto muy buen cuidado de no demostrarlo. Cruzó sin dificultad, arrastrada por Toni.

Todos se sintieron, de pronto, muy alegres. Lucy abrazaba a Jack sin parar. Había ahora tanta gente sobre la pequeña plataforma de piedra, que el pobre Toni apenas encontró sitio en que ponerse él.

—¿Y este cable de acero? —inquirió Pedro—. ¿Cómo podremos quitarlo?

—Lo dejaremos —anunció Toni—. No es posible quitarlo, tengo otro.

—Bajemos a la colina —sugirió Jack, temiendo que, después de haber ido todo tan bien, sucediera algo en el último instante que lo echara todo a perder—. Iré yo delante.

No tardaron en hallarse todos al pie del campanario.

—Silencio —susurró Jack.

Y empezaron a bajar con cautela por la ladera en dirección al circo.

Lucy caminó al lado de su hermano, que la rodeó con el brazo. Estaba muy contenta ahora que se sabía segura. Gussy les siguió, asustado e intrigado. ¡No parecía darse cuenta aún de lo que sucedía!

—Las niñas pueden usar nuestro carro —le dijo Pedro a Jack—. Tú, Gussy y yo podemos dormir de cualquier modo debajo de él.

Pero antes de que llegaran a la caravana, sonó un gran clamor que les produjo tal sobresalto, que se detuvieron en seco, presa del más vivo pánico. ¿Qué era aquel ruido tan tremendo?

—¡Es una campana..., son las campanas! —exclamó Jack, llevándose las manos a los oídos—. La campana del campanario... y la campana de la iglesia, y otra campana en otra parte. ¿Qué rayos pasa? ¿Han echado a Gussy de menos ya?

Los del circo se despertaron todos, saliendo de sus caravanas, maravillados por el imponente ruido que hacían las campanas. ¡Tolón..., tolón..., tolón..., tolón...! No paraban ni un instante.

Y luego se oyeron gritos en la población. Se encendieron luces, sin que dejaran de

sonar las campanas.

—Suenan algunas en el pueblo vecino también —anunció Jack, maravillado—. Tiene que ser para anunciarles algo a los habitantes. ¿Qué podrá ser? No es posible que estén enterados de la fuga de Gussy... Fuera del conde Paritolen y su hermana, nadie sabía que se hallase Gussy prisionero.

No..., las campanas no sonaban por la huida de Gussy. Estaban dando otra noticia: una noticia muy seria, realmente seria.

—¡El rey! ¡El rey se ha ido! ¡Ha desaparecido! No se le encuentra por parte alguna. ¿Dónde estará? ¡El rey ha desaparecido!

Los ciudadanos se daban unos a otros la noticia a voz en grito, sin ocultar sus temores. ¿Qué había sido de su rey? ¿Le habían matado? Todas las campanas del país tañeron la noticia. ¡Gente enemiga se había llevado a su rey! ¿Cómo? ¿Por qué? ¡Tolón..., tolón..., tolón..., tolón...!

—¡Troncho! —exclamó Jack, al conocer la noticia—. ¡Sacamos a Gussy «justamente» a tiempo! ¡Nada más que justamente! Media hora más y hubiese sido demasiado tarde.

—Sí —asintió Jorge—. Y me gustaría ver la cara del conde Paritolen cuando entre en el torreón en busca de Gussy para ponerle sobre el trono... ¡y se encuentre con que no está! El rey desaparecido... ¡y nadie a quien poner en su lugar!

Gussy estalló en lamentos.

—¿Qué le ha sucedido a mi tío? —clamó—. ¿Dónde está? ¡Yo no quiero ser rey!

—¡Cállate! —le ordenó Jack, con ferocidad—. ¿Quieres que se entere todo el mundo de que eres el príncipe? Si te delata alguno, volverá a capturarte el conde inmediatamente. ¡Métete en esa caravana y no te atrevas a decir ni pío!

Capítulo XXIII

¡Cuidado con los osos!

Jack empujó apresuradamente a las niñas y a Gussy hacia el carromato de Pedro. ¡No había contado regresar con ellos en medio de un jaleo como aquél! Toda la gente del circo había salido a ver qué ocurría. Los saltimbanquis iban envueltos en toquillas de todas clases, gabanes, impermeables, cualquier prenda que habían encontrado a mano y podido echarse encima de la ropa de dormir. Se encontraban ahora charlando, temerosamente, en grupos.

Era el peor instante para llevar a Gussy allí. ¿Y si le reconocía alguno? No habría más remedio que disfrazarle inmediatamente.

Pedro lo comprendió así también. Sabía, mucho mejor que Jack, el lío en que meterían a los del circo como se descubriera que daba asilo al propio príncipe. Los meterían a todos en la cárcel sin perder segundo. Pedro estaba preocupadísimo.

—¡Jack! ¡Tendré que decírselo a mamá! —anunció desesperado—. ¡No tendré más remedio! Ella puede esconder a Gussy mejor que nadie. Déjame que se lo diga. Nos ayudará.

No quedaba otro recurso que acceder. Jack vio a Pedro acercarse a su madre y decirle algo con urgencia. Luego se metieron ambos en el departamento de la mujer, y cerraron tras sí la puerta. Jack miró a Jorge, que se sentía aturdido ante tan brusca transición; el cambio tan repentino, del paso del encierro en el torreón al excitado movimiento reinante en el campamento de los saltimbanquis.

Las niñas y Gussy se hallaban ya en el carromato de Pedro, intentando atisbar por las ventanas para ver qué sucedía en el exterior. «Kiki» se había ido con ellos. ¡Lucy casi sintió no encontrarse nuevamente en el pacífico ambiente del castillo! No alcanzaba a comprender qué sucedía. ¿Dónde estaba Jack? ¿Por qué no acudía a decírselo claramente?

Pedro salió de la estancia de su madre y se fue derecho a Jack.

—Todo está arreglado —anunció—. ¡Mamá asume el mando! No le asusta ni pizca esconder al príncipe..., hasta disfrutará con ello, incluso. Le conseguirá ropa de niña, le pondrá un lazo en el pelo, y le conservará a su lado. Dice que le dirá a todo el mundo que es su nietecita que ha venido a pasar con ella unos días.

Jack rió al pensar en Gussy en el papel de niña.

—Le sentará como un tiro —dijo—. Armará un jaleo imponente.

—Mamá no le hará el menor caso —sonrió el otro—. Le dará un par de bofetones si es preciso y ¡tú no sabes lo huesuda que tiene la mano! ¡Iré a buscarle y se lo llevaré! No habrá quien sea capaz de reconocer al príncipe Aloisio cuando haya acabado ella de arreglarle.

Pedro se fue, y Jack se volvió hacia Jorge, que la contemplaba con una sonrisa.

—¡Pobre Gussy! Pero la idea es magnífica. ¡Hará una chica «bellísima»!

De pronto se oyó gritos por el otro extremo del campamento; luego chillidos. La gente empezó a correr en dirección a donde se hallaban los niños, gritando, atemorizada:

—¡Los osos! ¡Los osos! ¡Se han escapado!

Toni se acercó a Jack dando saltos.

—¿Dónde está ese amigo tuyo que dice sabe manejar a los animales? Ah, ahí está. Los osos están en libertad. Han roto tres barrotes de su jaula. A ver si puede ayudar tu amigo. Frank no puede levantarse de la cama siquiera.

Jorge no sabía una palabra de lo de los osos, claro, y Jack le contó apresuradamente los detalles mientras corrían hacia el otro extremo del campo.

—Dios quiera que puedas hacer algo por ellos. Jorge... Toni me ayudó a salvarte con la esperanza de que pudieses tú ayudar a tu vez. Representará una pérdida enorme, para el circo si se ven obligados a matar a esos animales para impedir que hagan una barbaridad.

Uno de los osos se encontraba aún en la jaula rota, atemorizado un poco por la muchedumbre. Hacía un ruido terrible. Nadie se atrevía a acercarse. En una jaula cercana, los chimpancés «Fifo» y «Fum» gemían de miedo. *Madame* Fifi se aseguró de que se hallaban bien cerrados y corrió al lado de Jack.

—No os acerquéis a ese oso, niños. Es peligroso. Y andad con ojo para no tropezares con los otros: están en libertad.

—¿No puede alguien tapar el hueco ese? —inquirió Jorge—. Saldrá de un momento a otro.

—Nadie se atreve —dijo Toni.

Pero la minúscula *madame* Fifi sí que se atrevió. Corrió a una antorcha que ardía allá cerca en un soporte, la arrancó, y siguió hacia la jaula. Cavó la punta de la antorcha en el suelo, delante de la jaula. El oso retrocedió ante la brillante luz, y se agazapó en un rincón. Le tenía miedo al resplandor.

—Ése queda eliminado —dijo Jorge, satisfecho—. No intentará salir ya, mientras se encuentre esa luz delante. Y ahora..., ¿dónde están los otros?

—Por allá..., olfateando la caravana del jefe —contestó Jack, señalando dos bultos oscuros—. ¡Apuesto a que el jefe está temblando dentro de su carro!

—¿Dónde puedo encontrar carne? —preguntó Jorge, jadeando, al cruzar corriendo el campo hacia los osos—. O mejor aún, ¿puedo conseguir en alguna parte miel... o melaza?

—¡Melaza! Sí, mamá tiene un tarro grande lleno —contestó Jack, acordándose—. Iré a buscarlo.

Regresó al carromato de mamá, irrumpiendo en él para pedir la melaza. Gussy estaba allí, en pijama, de seda, protestando ruidosamente. Mamá se había puesto a trabajar con él ya. No pareció sorprenderse al irrumpir Jack en busca de la melaza.

—Está en el estante —anunció, sin dejar de cepillarle a Gussy el cabello.

Jack encontró el tarro de piedra y volvió con él a Jorge. Éste se había acercado a los osos, que le miraban ahora con desconfianza.

—Han hecho daño ya a un hombre —dijo Jack en voz baja—. Tendrás cuidado, ¿verdad, Jorge?

—No te preocupes por mí —le contestó el otro—. Procura que no te vean.

Tomó el tarro de melaza, metió las manos dentro y se las untó con el dulce y espeso jarabe hasta más arriba de las muñecas.

Luego echó a andar hacia los osos, derramando un poco de melaza en la hierba por el camino. Los animales gruñeron, amenazadores. Jorge dio media vuelta y regresó al punto de partida. Se sentó en el suelo con el tarro de melaza, aguardando.

Los del circo le estaban observando ya. ¿Quién era aquel niño? ¿Cómo se le ocurría meterse con dos osos peligrosos? Miraron, con temor y curiosidad, preparados para salir corriendo a las primeras de cambio.

Jack se mantuvo donde no pudiera vérselo, pero estaba preparado para acudir en auxilio de Jorge si era preciso. Sin embargo, no creía que llegara a serlo; tenía fe absoluta en la habilidad de su amigo.

Los osos no tardaron en oler la melaza que Jorge había ido derramando sobre la hierba. Les encantaba la dulzura de aquel jarabe. Frank les daba un poco a veces, como cosa especial, y no había cosa que les gustara tanto como que les diese una lata de melaza vacía que poder lamer y en la que poder introducir las zarpas.

Olisquearon y se dirigieron a las primeras salpicaduras de melaza. Uno de ellos las encontró y lamió con avidez. El segundo le dirigió un gruñido e intentó apartarle de un empujón pero ¡olió de pronto más melaza un poco más allá! Avanzó hacia la otra salpicadura y lamió con la misma avidez que su compañero.

En cuanto los animales se dieron cuenta de que había melaza en la vecindad, se pusieron a gruñir excitados. Llevaban dos días negándose a comer y tenían hambre. Olisquearon en busca de más melaza.

Los espectadores contuvieron el aliento al ver a los torpes animales acercarse más y más al niño que les aguardaba sentado en el suelo. ¿No era grave el peligro que corría?

—¿Quién es? ¡Debieran avisarle! —se dijeron.

Pero Toni y Bingo impusieron silencio.

—¡Callaos! ¡Es amigo de Jack y un verdadero mago con los animales! ¡Dadle una oportunidad! ¡Puede correr si le amenazan los osos!

El primer oso se hallaba ya muy cerca del niño, con el hocico pegado al suelo buscando más melaza. Jorge metió la mano en el tarro, la sacó y la agitó lentamente en el aire para que le llegara al oso el olor con toda su fuerza.

El oso alzó la cabeza y vio a Jorge. Retrocedió un poco y soltó un gruñido de ira. ¿Quién era ése que estaba sentado en el suelo? Le brillaron los ojos de un rojo furibundo a la luz de una lámpara cercana. La ansiosa muchedumbre exhaló un

suspiro de temor.

Y entonces habló Jorge. Habló en lo que Jack llamaba su voz «especial»: la voz que empleaba siempre para dirigirse a los animales. Era una voz baja, monótona, una voz suave y bondadosa; pero una voz que, sin saber por qué, había que escuchar. «Una especie de voz hipnotizadora», pensó Jack, observando.

El oso escuchó. Gruñó otra vez y retrocedió, tropezando con el segundo oso. Pero la voz de Jorge seguía sonando. ¿Qué estaba diciendo? No le era posible oírlo a Jack. ¿Cómo sabía hablarles a los animales de aquella manera? Y ¿por qué le escuchaban todos? Los del circo, que observaban, sabían que la mayoría de los domadores de animales usan un tono especial cuando acarician a las fieras. Pero he aquí que un niño desconocido les hablaba a osos asustados y desconfiados y, no obstante, éstos le escuchaban.

El segundo oso se acercó un poco más, con las orejas erguidas. Olfateó. Olfateó, no sólo la melaza sino el olor particular de Jorge y le gustó: era un olor amistoso. Los osos dividían siempre a la gente en dos clases: aquella cuyo olor les gustaba, y aquella cuyo olor les resultaba desagradable.

Se acercó del todo al niño y le olió, dispuesto a propinarle un zarpazo si se movía. Alguien de entre la muchedumbre soltó un grito, pero el oso no hizo caso.



Jorge siguió hablando y ahora su voz era tan melosa y persuasiva, que hasta la muchedumbre empezó a sentir su hechizo. El oso lamió la mano del niño, que estaba cubierta de melaza. Jorge no se movió. El oso continuó lamiendo, sin el menor miedo ya.

El otro oso se acercó y, viendo cuan poco miedo tenía su compañero le dio un lametón a la otra mano del niño. Al cabo de dos o tres segundos, los dos osos gruñían de delicia ante tanta melaza. ¡Aquel niño era amigo! No sabían quién era, pero estaban seguros de que era amigo.

Jorge estuvo hablando todo el rato, monótona pero bondadosamente. Creyó poder atreverse a hacer algún movimiento ahora, conque alzó una mano despacio, la introdujo en el tarro y luego la sacó cubierta por completo de melaza otra vez.

Uno de los osos se tendió a su lado para lamer con comodidad. Un nuevo suspiro surgió de la muchedumbre en tensión. Jorge le dio el tarro al otro oso y luego, con la mano libre, empezó a acariciar al oso tendido a su lado. Éste gruñó de placer.

Los osos se sentían ahora felices y en paz. Habían encontrado a alguien que les gustaba y de quien se fiaban. Jorge sabía que los tenía dominados ya, si es que la muchedumbre no hacía alguna tontería, algún ruido brusco, o se precipitaba hacia él. Pero la gente del circo tenía demasiado sentido común para hacer nada de eso. Estaba acostumbrada a los animales.

Jorge se puso en pie, sin hacer cosa alguna de prisa. Todos sus movimientos eran pausados y suaves. Recogió el tarro y, con la otra mano en el cuello de uno de los osos, empezó a caminar hacia la jaula. Los osos le siguieron, relamiéndose el hocico.

Jorge les condujo hasta la misma jaula, abrió la puerta y les dejó entrar. Metió el tarro de melaza dentro, cerró la puerta y salió fuera.

Y entonces, ¡cómo le aclamó la gente!

Sonó la voz de alguien diciendo:

—Es una maravilla. ¿De quién se trata? Decidle a Frank que los osos están ya a buen recaudo y completamente bien. ¿Quién «es» este niño?

Capítulo XXIV

¡La mañana llega!

Jorge le gritó a su amigo:

—¡Jack! ¡Mira a ver si puedes conseguir carne... carne en abundancia... y tráemela!

—La traeré yo —anunció Toni.

Y marchó a todo correr.

Regresó con un cesto lleno de grandes trozos de carne de caballo, la tomó el niño. Abrió la puerta de la jaula y echó la carne dentro, habiéndoles alegremente a los hambrientos animales.

Éstos estaban ya dispuestos a comer. Ya no se sentían hoscos, asustados, ni enfurecidos. No eran más que tres osos muy hambrientos, y se arrojaron sobre la carne y se la zamparon.

—Dadle toda la que quieran comer —dijo Jorge—. Luego se quedarán dormidos. Mientras duermen, alguien debe reparar los barrotes. Conservad la antorcha donde está ahora. Ninguno de ellos se aventurará a salir por el hueco mientras la luz permanezca allí.

Todo el mundo rodeó a Jorge.

—Es amigo de Jack —se decían unos a otros—. Le trajo aquí porque sabe manejar a los osos. Debe haber venido de otro circo. Mirad... el jefe quiere hablarle.

El jefe lo había observado todo desde la ventana de su carro. Había quedado muy impresionado, y sentía un agradecimiento muy grande. Pedro le dijo a Jorge que el jefe le mandaba llamar, y él, Jack y Jorge subieron los escalones de la caravana.

El jefe soltó un raudal de alabanzas y de expresiones de agradecimiento en una mezcla de varios idiomas. Pedro interpretó, sonriente, sus palabras.

—Pregunta qué puede hacer por ti. Dice que has salvado a los osos de que los mataran a tiros. Dice pide lo que quieras y tuyo es si puede él dártelo.

Jack respondió en seguida:

—Sólo queremos una cosa. Ahora que hay todo ese jaleo en Borken, ¿podemos quedarnos en el circo?? Jorge no tendrá inconveniente en cuidarse de los osos mientras esté Frank enfermo. Pero le acompañan unas niñas... nuestras hermanas..., ¿pueden quedarse ellas también? No nos gusta dejarlas marcharse solas, por temor a que se declare la guerra civil en Tauri-Hessia.

Pedro tradujo estas palabras. El jefe creyó que aquellas «hermanas» eran artistas de circo también. Movi6 afirmativamente la cabeza.

—Sí... pueden quedarse. Si tienen algún número propio, alguna especialidad, pueden tener una oportunidad de presentarlo aquí. Pero hemos de ponernos en

marcha mañana. Resultaría peligroso quedarse en Borken más tiempo. El conde Paritolen es el propietario de estos terrenos, y como es muy probable que tenga él algo que ver con la desaparición del rey, será mucho mejor que nos marchemos antes de que empiece el jaleo.

—¿Qué dice? —preguntó Jack, con ansiedad.

Pedro les tradujo al inglés las anteriores palabras y los dos muchachos experimentaron un gran alivio. ¡Magnífico! ¡Podrían quedarse todos en el circo, y marcharían casi inmediatamente de allí! Pronto se encontrarían fuera de la zona de peligro. Y entonces quizá pudiesen mandar un mensaje a Bill.

Los niños bajaron los escalones de la caravana con Pedro, y se dirigieron al carro de éste, diciéndose que era necesario que celebraran una charla larga y tendida. Eran las dos de la madrugada aproximadamente ahora, pero ninguno de ellos sentía cansancio, ya que estaban demasiado en tensión después de los sucesos de aquella noche.

Al pasar, los artistas del circo le dieron a Jorge palmaditas cariñosas en el hombro. Él correspondió con inclinaciones de cabeza y sonrisas. Por fin, se encontraron los tres en el carro con las dos niñas y «Kiki».

—Cerrad la puerta —dijo «Kiki» al punto—. Limpiaos los pies. ¡Traed al rey!

—Ojalá pudiésemos, «Kiki» —contestó Jack, riendo, al irse a posar el loro en su hombro—. Pero no empieces a hablar del rey ahora. ¡Ah, Lucy...! ¡Por poco me tumbas! ¡Qué abrazo! ¡Me haces acordarme de los osos!

—No puedo remediarlo —dijo Lucy. Y le dio un abrazo a Jorge también—. ¡Tuve tanto miedo por ti y por Jorge con esos osos! Parece todo una pesadilla. Estaba ansiando que volvieras a nuestro lado. Gussy tampoco está aquí ya. ¿Va a ser una niña, de veras?

—Sí —respondió Jack, sentándose encima del colchón—. Ahora tenemos que hablar y hacer planes. En primer lugar, y como consecuencia de la gran exhibición hecha por Jorge con los animales esos, el jefe dice que nos podemos quedar todos en el circo. ¡No podríamos haber encontrado mejor escondite!

—Eso es verdad —asintió Dolly—. Pero, ¿y si el conde decide dar una batida en busca nuestra, y sus hombres vienen aquí? A Gussy podrán no reconocerle si está vestido de niña. Pero, ¿y a mí, y a Lucy, y a Jorge? Todos vestimos al estilo inglés. Se nos vería en seguida.

—Cierto —respondió Jack—. No había pensado en eso. Yo soy demasiado inglés también. Pedro..., tengo ahorrado algún dinero que gané exhibiendo a «Kiki»..., ¿podrías comprarnos ropa hessiana hoy?

—Mamá se encargará de equiparnos a todos —dijo Pedro—. ¡Es una maravilla con la aguja! Irá a pedirle tela a la vieja Lucía, la encargada de la ropa del circo. Y le pediremos maquillaje a Toni para daros a todos una cara morena como la de los hessianos. Pero, ¡no se os ocurra hablar en inglés!

—No hay peligro. Hablaremos una jerigonza de nuestra propia invención —

contestó Jorge, riendo—. Seremos naturales de Camelonia y usaremos el idioma de nuestro país. ¿No has oído hablar nunca en camelo? Pues, escucha: ¡Gunalilipindichundapandipaldatigundangarí!

Se echaron a reír todos.

—De primera —aseguró Pedro—. A cualquiera que venga a investigar por aquí, le diré que sois camelonios, y podéis contestarles de esa manera si os hacen alguna pregunta. Y a propósito, ¿dónde está Camelonia?

«Kiki» se lanzó de pronto a hablar el idioma de Camelonia, con gran regocijo de los que le escuchaban.

—¡Eres un ejemplar magnífico de loro cameloniano! —dijo Jack, riendo y acariciándole—. ¡Apúntale un ocho!

Dolly soltó un enorme bostezo que se apresuró a imitar «Kiki». Al verlo, todos empezaron a sentir sueño...

—Vamos..., nos pondremos en marcha bastante temprano —dijo Pedro, levantándose—. Dormid en paz, niñas. Nosotros tres estaremos debajo del carro, tumbados sobre unas mantas. En cuanto a Gussy, supongo que estará roncando ya en la caravana de mamá, hecho una niña preciosa.

Gussy no estaba dormido, sin embargo. Yacía en una litera pequeña, escuchando la fuerte respiración de mamá y sus bruscos resoplidos. Estaba furioso y se sentía humillado. ¡Mamá le había dada un buen repaso! Le había probado el pelo de esta y de aquella manera, decidiendo por fin que tenía más aspecto de niña con un lazo a cada lado, que con uno solo delante.

Había buscado ropa también: una falda bastante larga y sucia; de un colorido chillón y deshilachada en grado sumo, y una blusita encarnada, con una faja verde alrededor de la cintura. Se avergonzó tanto el niño, que hubiera llorado de buena gana.

Era completamente inútil discutir con mamá. Es más, al negarse Gussy a estarse quieto mientras le ataban los lazos, mamá le había dado un fuerte azote en salva sea la parte, dejándole tan atónito y escandalizado, que ni lanzar un grito pudo.

—Usted sabe que soy un príncipe, ¿verdad? —dijo, con ferocidad y entre dientes.

—¡Bah! —le contestó la mujer—. Tú no eres más que un niño. No tengo tiempo que perder con príncipes.

Y hablaba en serio.

Gussy intentaba ahora dormirse, atado el cabello aún con lazos, y enfundado en una prenda que medio parecía camisón, medio un gabán largo. Repasó mentalmente los acontecimientos de la noche y se estremeció. No; no quería pensar en el cable de alambre ni el trapecio, el simple recuerdo le ponía malo. Pensó en su tío y se estremeció de nuevo. ¿Le habrían matado? Los pensamientos del pobre Gussy distaban mucho de ser agradables.

La mañana llegó demasiado aprisa para los cinco cansados niños. Jorge se dirigió inmediatamente a la jaula de los osos a ver cómo marchaban. Se habían reparado y

reforzado los barrotes. Los osos, con aspecto de haber comido bien, estaban medio dormidos; pero en cuanto vieron a Jorge, se acercaron a los barrotes y gruñeron amablemente. Uno de ellos intentó alcanzarle con la pata como si quisiera acariciarle.

—Menos mal... Se encuentran divinamente —murmuró el niño.

Y les soltó unas palabras que ellos escucharon encantados como si las comprendieran perfectamente todas.

Frank se encontraba mejor, pero aún no podía levantarse. Jorge fue a verle, y el hombrecillo le tomó la mano y le expresó su agradecimiento en un torrente de palabras completamente ininteligibles. Jorge comprendió lo que quería decirle, sin embargo, Frank amaba a los osos como si de sus propios hermanos se tratara, y había estado medio loco la noche anterior al enterarse de que se habían escapado.

—Me encargaré yo de ellos hasta que esté usted restablecido —le dijo Jorge.

Y Frank le comprendió, y le estrechó la mano con calor.

Ahora era preciso preocuparse de la ropa. El circo iba a ponerse en movimiento dentro de tres horas, conque mamá tenía que darse prisa si pensaba obtenerles las necesarias prendas para que ninguno de los cuatro ni tan siquiera pareciese inglés.

Fue a ver a Lucía, la anciana que se ocupaba de arreglar la ropa a los saltimbanquis: no la ropa corriente, sino la que empleaban en la pista: Capas y faldas llenas de lentejuelas, camisas de seda y mantas magníficas. Estas prendas eran todas de precio y se las cuidaba mucho, de suerte que Lucía siempre andaba dándole a la aguja y a la plancha. Nadie era capaz de planchar ropa buena tan bien ni con tanto cuidado como Lucía.

Para cuando llegó el momento de la marcha, nadie hubiese conocido a Dolly, ni a Lucy, ni a Jack, ni a Jorge. Toni les había prestado maquillaje, y todos ellos estaban tan morenos en rostro, cuello, piernas y manos, como cualquier tauri-hessiano. Las niñas vestían al estilo del país, faldas largas y toquillas, y profusión de gayas cintas en el cabello.

El aspecto de los niños era el de rudos y toscos muchachos del país, y parecían haber envejecido de pronto. Lucy miró a Jack con sorpresa, apenas reconociendo a aquel joven moreno, cuyos dientes brillaban de pronto con deslumbrante blancura en su rostro atezado.

Mamá estaba satisfecha de su trabajo. Pero de lo que más se enorgullecía, era de lo que lograra en el caso de Gussy. Nadie, nadie en absoluto, hubiese podido soñar siquiera que no fuese Gussy una niña. ¡Estaba verdaderamente guapo! Los cinco, Pedro inclusive, rieron a carcajadas cuando el pobre Gussy bajó los escalones del carro de mamá, muy colorado, muy furioso, y muy lleno de vergüenza.

—¡Ésta es mi nietecita Ana María! —anunció mamá, con expansiva sonrisa—. ¡Sed bondadosos con ella, por favor!

Gussy pareció a punto de estallar en lágrimas.

—¡Sí, llora! —le dijo Jorge, con dureza—. ¡Así te parecerás del todo a una chica, Ana María!

Dolly le dio un leve golpe.

—¡Las niñas tontas son las únicas que lloran! —dijo—. ¡Caramba! ¿Verdad que Gussy..., quiero decir Ana María... está de primera?

—¡Está guapísima! —aseguró Jack—. Parece un cuadro. ¡Gracias a Dios que tiene el pelo largo! ¡Es eso, después de todo, lo que más hace que se parezca a una niña!

—Me lo cortaré pronto, pronto, muy pronto —exclamó el pobre Gussy con rabia—. ¡Al rape!

—No puedes. Nos dijiste que los príncipes de este país tienen que llevarlo largo como tú —le advirtió Dolly.

—Pues no seré príncipe, entonces —dijo Gussy.

Pareció de pronto muy desamparado y miró suplicante a Lucy, convencido de que ella era quien tenía el corazón más bondadoso de todos.

—No me hagáis rabiar —rogó—. Detesto esto. Estoy lleno de vergüenza.



—Bueno, Gussy..., ah... Ana María —contestó Jack—. No te haremos rabiar. Anímate. Serás un príncipe de nuevo antes de mucho, estoy seguro.

—Si mi tío vive, lo seré —asintió Gussy, sombrío—. Si ha muerto..., ¡he de ser

rey!

—¡Dios salve al rey! —dijo con fervor, «Kiki», irguiendo la cresta—. ¡Llama al médico y salva al rey!

Capítulo XXV

Se registra el campamento

Poco después, una larga procesión de carros empezó a bajar por la serpenteante carretera, alejándose de Borcken. Las dos niñas y Gussy iban en el carrito de Pedro, que conducía el caballito de su propiedad.

Jack se había puesto a conducir el carro de mamá, y la anciana parecía la mar de feliz. La encantaba las emociones, y reía a carcajadas cada vez que le echaba la vista encima al pobre Gussy.

Jorge, naturalmente, iba de conductor del vagón sobre el que estaba construida la jaula de los osos. Toni silbaba alegremente, sentado en el pescante del carro que servía de vivienda a Frank. Este último yacía sobre un colchón en el interior, contento de sentirse mejor, y de saber que el «niño maravilla» estaba al cuidado de sus osos. Se sentía lleno de agradecimiento hacia Jorge, y hacia Toni también por estar conduciendo tan alegremente su carro particular. La gente del circo siempre estaba dispuesta a ayudarse una a otra; ésa era una de las mejores cosas que tenía.

Los vehículos avanzaban lentamente por la carretera porque ni a los osos ni a los chimpancés les gustaba ir aprisa. A todos les excitaba el hallarse en movimiento de nuevo. «Fifo» y «Fum» castañeteaban entre sí, atisbando por la ventanilla de su carro.

—¿Adónde vamos? —le preguntó Dolly a Pedro por la abierta ventana del vehículo.

Pedro se encogió de hombros; no tenía la menor idea.

—Hemos de alejarnos de Borcken, donde a lo mejor hay jaleo —dijo—, y encontrar un lugar más apacible. Lo más probable es que nos metamos por algún camino rural, huyendo de las carreteras principales. Si hay jaleo, serán estas últimas las que usen los soldados.

Dolly volvió a meterse dentro. El vestido tauri-hessiano le sentaba bien, y parecía como si fuese el que hubiera llevado siempre.

—Nos dirigimos a algún camino rural —le dijo a Lucy—. Es una lástima que aún no podamos ponernos en contacto con mamá o con Bill. Deben estar la mar de preocupados por nosotros a estas horas.

—Supongo que habrá sido notificada la policía —repuso Lucy—, y que andarán buscándonos por todas partes. Pero ¡en Inglaterra y no aquí! Bueno, sea como fuese, nos encontramos seguras de momento, y libres del torreón. Empezaba a cansarme ya de nuestro encierro. ¡Sin nada que hacer en todo el día salvo jugar con esas cartas tan raras que nos prestaron!

A eso de la una hicieron un alto en el camino para comer. Los vehículos se pararon a un lado de la carretera, y los del circo se sentaron junto a ellos. Parecía

verano, aun cuando se hallaban en el mes de abril. El sol calentaba mucho y se veían por todas partes grandes masas de brillantes flores.

El lirón de Jorge salió a compartir con él la comida. Le asustaba la ruidosa charla de la gente del circo, y sólo asomaba cuando reinaba tranquilidad. Se sentó sobre la palma de la mano del niño, comiendo una nuez y mirando de vez en cuando al muchacho con aquellos ojos negros suyos tan grandes.

—¡No sé lo que hubiéramos hecho sin ti, «Dormilón», cuando estábamos encerrados en el castillo! —observó Jorge con dulzura—. Nos tuviste distraídos a todos con tus jugarretas y tus habilidades. Y le dijiste a Jack dónde estábamos la otra noche..., ¡corriste a él por debajo de la puerta!

Al poco rato reanudaron la marcha. Los osos se pusieron a dormir, contentos de saber que les conducía Jorge. El propio niño les había vuelto a echar comida al hacer alto, siendo recibido por ellos con gruñidos de satisfacción. Frank, que oyó los gruñidos y supo interpretarlos, se sintió muy satisfecho también.

La procesión siguió por el camino, desembocó en la carretera rural y bajó por ella con la intención de torcer por una carretera secundaria un par de millas más allá. Pero antes de haber recorrido la mitad de la distancia, sucedió algo con lo que no habían contado.

Tres potentes automóviles militares pasaron junto a la procesión, llegaron a la cabeza de la misma y se detuvieron, se apearon varios soldados, al mando de un capitán.

—¡Alto! —le ordenó al vehículo primero. Y toda la procesión se detuvo. Los del circo sintieron cierta preocupación. ¿Qué era aquello? ¿Soldados ya? Y, ¿por qué se les daba el alto a ellos? ¡Nada malo habían hecho!

Saltaron de los carromatos, aguardando en pequeños grupos. Jack metió la cabeza en el carro de mamá.

—Llegó el momento —dijo—. Creo que van a registrar los vehículos. Déle algo que hacer a Gussy, y regáñele como si fuera su nieta. Gussy, no olvides que eres una chica. No contestes ni digas una palabra cuando se acerquen los hombres. Procura parecer tímida, si puedes.

Pedro se dio cuenta también de lo que estaba a punto de suceder. Llamó a las dos niñas.

—Salid y mezclaos con la gente del circo. Id con Toni y Bingo. Yo iré también. Os rodearé con los brazos a las dos, como si fueseis hermanas mías o amigas.

Jorge, sin embargo, no se movió. Se encontraba en una situación privilegiada como conductor del vagón de los osos. Era seguro que los hombres aquellos turbarían a los animales y tendría él que apaciguarlos. ¡Los soldados le tomarían por un domador de osos!

El capitán encontró al jefe. Pero le oyó hablarle con tono incisivo.

—Vamos a registrar todos los carros. Sospechamos que oculta usted aquí a alguien que andamos buscando. Buena le espero si eso es cierto. Le aconsejo que le

entregue usted ahora mismo, sin perder un instante, porque cuando le encontremos, recibirá usted un severo castigo del que nadie podrá librarle.

El jefe puso cara de sorpresa. Estaba sentado en su sillón, dentro de su carro.

—No sé lo que quiere usted decir —respondió—. ¡Registre los carros! ¡No hay ningún inconveniente!

El jefe creyó que andarían buscando a un desertor, a un joven, quizá. No sabía que a quien andaban buscando era un niño, y mucho menos que ese niño era el príncipe Aloisio.

El capitán dio una orden. Los soldados desfilaron por los lados de los vehículos, atentos a que no hubiese nadie que intentara ocultarse entre los matorrales de la orilla de la carretera. Luego se pusieron a registrar cuidadosamente, carro por carro, mirando en todos los rincones, alzando mantas y ropas para asegurarse de que no había nadie debajo.

Se detuvieron al ver a Jorge. Se les había dicho que aunque debían hallar a toda costa a Gussy, había otros tres niños a quien buscar también, niños cuya presencia entre la gente del circo sería una prueba de que el príncipe no andaba lejos.

Se acercaron al vagón-jaula. Las alzadas voces irritaron a los tres osos; que gruñeron y se arrojaron sobre los barrotes.

Toni se aproximó a los soldados y les dijo que no se dejaran ver por los animales.

—Nos dieron quehacer ayer —explicó—. Y este niño, que ayuda al domador, a duras penas logró dominarles. Como verán ustedes, rompieron los barrotes de la jaula y hemos tenido que arreglarlos. No se dejen ver, por favor, o volverán a romperlos.



Jorge no entendió lo que decía Pedro, pero lo dedujo y decidió que lo mejor que podía hacer para impedir que le interrogasen era meterse en la jaula y fingir estar apaciguando a los osos. Conque entró y los animales le rodearon, contentos de tenerle a su lado.

Los soldados lo observaron todo desde una distancia prudencial. El capitán quedó satisfecho. Era evidente que aquel niño pertenecía al circo y hacía de ayudante del domador. No podía ser uno de los muchachos a los que se les había pedido que encontrasen. Pasaron al carro siguiente, y Toni le guiñó un ojo a Jorge.

—¡De primera! —murmuró—. Sigue ahí. Estás más seguro con los osos que en ninguna otra parte.

Los hombres fueron de carruaje en carruaje. Apenas miraron a Dolly y a Lucy que, rodeadas por los brazos de Pedro, estaban contemplando a los chimpancés. *Madame Fifi* había aprovechado la ocasión para sacarle a tomar un poco el aire.

El capitán, sin embargo, dirigió una penetrante mirada a Pedro. ¿Sería uno de los niños que buscaban? Le hizo una seña para que se acercase. Pedro obedeció, acompañado de las niñas, sonriente y sereno.

El capitán le hizo una brusca pregunta en tauri-hessiano. Pedro contestó tranquilamente, señalando la estancia de su madre. Estaba diciendo que viajaba con

su madre y su primita Ana María.

—¿Y estas dos niñas? —inquirió el capitán.

—Son del circo también —contestó Pedro—, familia del niño que se encarga de los osos, a quien ya ha visto usted. Son de Camelonia y saben muy poco hessiano. Pero entienden el francés si es que quiere usted preguntarles algo.

Dolly oyó la palabra Camelonia y adivinó que Pedro estaba diciendo que ella y Lucy eran camelonianas. Conque le dirigió inmediatamente un torrente de tonterías al capitán, agitando las manos y sonriendo expansivamente mientras largaba la jerigonza. Lucy movió la cabeza afirmativamente de cuando en cuando, como si estuviese de acuerdo con lo que estaba diciendo su hermana.

—Bien, bien —dijo el capitán en su propio idioma—. Todo esto es chino para mí. No entiendo una palabra. ¿Qué dice?

Pedro sonrió. Le dijo al capitán que Dolly le encontraba magnífico, mucho más grandioso que los capitanes de Camelonia. Quedó el hombre encantado. Saludó a las dos muchachas marcialmente y se marchó convencido de que, desde luego, no eran inglesas. Tendrían que averiguar dónde se encontraba Camelonia. No recordaba haber oído el nombre de aquella tierra nunca. ¡Venían de sitios tan raros aquella gente de circo!

Los soldados se encontraron ya a la altura del carromato de mamá. Jack continuaba sentado en el pescante, con el loro en el hombro. Le había advertido a «Kiki» que no hablase, porque temía que sus palabras inglesas les delataran.

—Pero puedes hacer ruidos —le dijo.

Y «Kiki» comprendió perfectamente.

Irguió la cresta al acercarse los hombres, y tosió muy fuerte. Los soldados le miraron con sorpresa.

—Pouke —dijo Jack, acariciando a «Kiki»—. Pouke, arka pouke.

Sabía que aquello quería decir «un loro inteligente», porque la gente que había acudido a ver a «Kiki» al exhibirle su amito, habían pronunciado con frecuencia aquellas palabras.

«Kiki» soltó un eructo, y luego otro. A los soldados les hizo gracia y rompieron a reír a carcajadas. El loro cacareó como una gallina al poner huevos, y aún les hizo más gracia la cosa.

Aquello era lo que le gustaba a «Kiki». Le proporcionaba una oportunidad para lucirse. Agachó la cabeza, dirigió una mirada llena de malicia a los hombres y les largó su imitación de un aeroplano en dificultades.

Les sobresaltó una barbaridad, y retrocedieron al instante. «Kiki» se puso a reír como un idiota, y siguió haciéndolo hasta que los soldados y el propio Jack se contagiaron y rieron a su vez hasta caérseles las lágrimas.

Sonó una voz aguda tras ellos. Era el capitán. Se cuadraron inmediatamente.

—¿Por qué perdéis el tiempo con este chico? —dijo el oficial—. ¡Bien a las claras se ve que es un saltimbanqui con su loro amaestrado! ¡Registrad el carro!

Jack sabía bastante hessiano ya para comprender aproximadamente lo que el capitán había dicho. De él, pues, no se desconfiaba. Y era evidente que ninguno abrigaba sospecha alguna respecto a Jorge y las niñas. Sólo quedaba Gussy. ¿Sería lo bastante sensato para desempeñar su papel y no hacer el idiota?

Dos soldados entraron en el carro de mamá. Vieron inmediatamente a Gussy, sentado junto a la mujer.

—¿Quién es ésta? —preguntaron bruscamente—. ¿Cómo se llama?

Capítulo XXVI

El carro del buhonero

Gussy les miró con timidez, y luego escondió la cara en el halda de mamá como si la vergüenza le abrumara.

¡Aquello había sido idea de mamá, claro!

—¡Vamos, vamos! —dijo mamá, en tauri-hessiano, dando unos golpecitos a Gussy—. Alza la cabeza y contesta a los señores, mi pequeña Ana María.

Se volvió hacia los soldados.

—Tendrán ustedes que excusarla —dijo—. Es una niña muy boba, de una timidez extremada. Alza la cabeza, cariño, y enseñales a estos bondadosos caballeros lo que estás haciendo.

Gussy se alzó un poco, enseñándoles a los soldados un trozo de bordado, aunque sin levantar del todo la cabeza, como si, en efecto, fuera tímida a más no poder. Jack, que lo observaba todo por la ventanilla, quedó asombrado de lo bien que estaba desempeñando el príncipe su papel. Y ¡aquel bordado! ¡Qué ingenio el de mamá darle a Gussy aquello para que se lo enseñara a los soldados! Había visto trabajar a la propia mamá noche tras noche bordando aquella pieza.

—Es mi nieta favorita —prosiguió mamá—, la niña más linda y más buena que darse pueda. ¡Háblales a estos señores, Ana María! Di les «¿cómo están ustedes?».

—No puedo —respondió Gussy.

Y volvió a hundir la cara en el halda de la vieja.

—No la atormente —dijo uno de los soldados—. Yo tengo en casa una niña tan tímida como ésta. Más vale que sean así, a que salgan atrevidas y descaradas. ¡Qué cabello más bonito tiene! Debe estar usted la mar de orgullosa de ella, anciana.

—¡Sabe coser y bordar tan bien! —aseguró mamá, con orgullo, dándole una palmadita cariñosa en la cabeza a Gussy—. ¡Levanta la cabeza, cariño! ¡Estos señores no van a comerte!

—Nos vamos —dijo el primer soldado—. Tome, dele esto para caramelos. Me recuerda una barbaridad a mi hijita.

Le echó a mamá una moneda que ésta atrapó en el aire y se metió en el bolsillo. Jack exhaló un enorme suspiro de alivio, al ver alejarse a los hombres. Metió la cabeza por la ventanilla.

—Ya no hay peligro. Se han marchado. Gussy, ¡has estado maravilloso! ¡Y luego hablan de actores! ¡Si tú eres un actor innato! Una niña tímida, clavada.

Gussy alzó la cabeza del halda de mamá. Tenía los ojos muy brillantes y la cara muy colorada. Estaba riendo de muy buena gana.

—Fue idea de mamá que obrara así —dijo—. Me aconsejó que no enseñara la

cara, que fingiese timidez y la escondiera en su halda.

—Una idea magnífica —aseguró Jack. Y sonrió, mirando a la anciana—. De veras, Gussy, te felicito. Jamás te creí capaz de desempeñar tan bien un papel.

—Me gusta hacer teatro —contestó el niño—. Pero no vestido de niña. Me siento tonto. La idea fue muy buena, sin embargo. Ahora..., estoy seguro, ¿no es eso?

—Así lo creo —respondió Jack, mirando carretera arriba—. Los soldados vuelven a sus coches. Se están metiendo en ellos. Sí..., el primer automóvil arrancó ya. ¡Uf! ¡Lo preocupado que quedé cuando entraron esos individuos en el carro!

En cuanto los tres automóviles militares se hubieron alejado, Jorge abandonó el carro de los osos y corrió, riendo adonde estaban los otros. Todos se reunieron en torno a la caravana del circo y escucharon de labios de Jack el relato de la maravillosa actuación de Gussy.

Gustavo estaba encantado. Rara vez le alababan los niños y resultaba agradable que le admirasen por una vez. Luego se vio en el espejo de mamá, cintas y todo, y se le ensombreció el semblante.

—No me gusta —dijo contemplando su imagen—. Volveré a ponerme mi ropa otra vez.

—¡Oh, no..., no..., aún no! —exclamó apresuradamente Jack—. A lo mejor te reconocería alguien de pronto, si lo hicieras. Tendrás que ser chica hasta que consigamos llevarte a lugar seguro. Vamos, Gussy..., a ti te gusta el teatro..., ¡será una actuación maravillosa!

Los carros se pusieron en marcha de nuevo. La excitación pasó rápidamente y todos se quedaron silenciosos. Estaban cansados por la falta de dormir y por las molestias que habían sufrido. Se detuvieron a merendar a las seis, y prosiguieron luego su camino.

Iban ahora por una solitaria carretera rural. Estaba en bastante malas condiciones y tenían que avanzar despacio. A nadie le importaba eso. La gente de circo nunca tiene prisa, salvo cuando la función está a punto de empezar. En ese momento, todo el mundo anda de cabeza y corre de un lado para otro, lleno de excitación.

Acamparon aquella noche en las colinas. Durmieron todos como troncos, desquitándose de la falta de sueño de la noche anterior. Luego emprendieron de nuevo el camino yendo, pausadamente, no muy seguros aún de hacia dónde se dirigían.

El jefe decidió, de pronto, que se habían equivocado de ramal al llegar a una bifurcación unas cuantas millas antes. Se hizo dar la vuelta los vehículos y retroceder nuevamente, entre los gruñidos y quejas de todos los saltimbanquis. Se cruzaron con muy poca gente por el camino, porque se hallaban ahora en una región muy solitaria.

—Yo quiero tiendas —gruñó mamá—. Necesito comprar cosas. Todos necesitamos comprar cosas. Es preciso que vayamos a algún sitio en que haya tiendas. Iré a decírselo al jefe.

Pero no lo hizo, porque le tenía miedo. Continuó gruñendo. Necesitaba carretes

de hilo. Necesitaba fruta en conserva. Necesitaba horquillas.

—Anímate, mamá..., a lo mejor nos encontramos con un carro de buhonero —dijo Pedro, cansándose de escuchar sus gruñidos.

—Y, ¿qué es eso? —inquirió Jack.

—Oh..., un carro que lleva toda clase de cosas a los pueblos apartados —contestó Pedro—. No espero que nos encontremos con ninguno..., pero, ¡he de decir algo para que se calle mamá!

El jefe dio la orden de que se acampara temprano aquella noche, y todo el mundo se alegró. No tardaron en arder fogatas junto a la carretera y olores apetitosos poblaron el aire.

En el momento en que empozaba a anochecer, apareció, subiendo laboriosamente por la colina en cuya ladera se había hecho el campamento, un carro pequeño. *Madame Fifi* fue la primera en verlo y dio la voz.

Todos alzaron la mirada.

—¡Mamá, estás de suerte! —anunció Pedro—. ¡Aquí viene un carro de buhonero!

El carro se detuvo al ver el campamento. Iban sentados dos hombres en el pescante; hombres vestidos a la usanza hessiana, tostados por el sol, pequeño uno, grande y corpulento el otro.

—Más vale que no asomes, Gussy —dijo Jack de pronto—. Uno nunca sabe..., puede tratarse de gente enviada para echarle otra mirada a los carros.

—¡Ay, Señor! —suspiró Lucy—. ¡No me digas que van a registrar otra vez!

El hombre pequeño se apeó, se fue a un lado del carro, y bajó la mitad del costado, que formó una especie de mostrador. Dentro del carro, sobre estantes, había géneros de todas clases. Latas de carne, de sardinas, de fruta. Latas de salmón y de leche. Madejas de lana, carretes de hilo, rollos de encaje, piezas de tela barata de algodón. Imperdibles y horquillas. Peines de toda clase. Jabón. Caramelos. Era, en realidad como una de esas tiendas de pueblo pequeño, que venden de todo.

—¡Venden de todo! —dijo Pedro—. Mamá, ¿quieres que te compre yo la mitad de las cosas?

—No. Iré yo misma —respondió la mujer, que disfrutaba yendo de compras—. Quédate aquí. Ana María.

—¿Crees tú que podremos ir nosotros a echar una mirada al establecimiento? —preguntó Dolly—. Tú tienes dinero hessiano, ¿verdad, Jack? Quisiera comprar jabón y unas cuantas cosas más. ¿No te parece que ese carro es auténtico? ¡No puede ser que esos hombres sean espías enviados a registrar el campamento otra vez!

—No; no lo creo que lo sean —asintió Jack—. El carro parece lo que representa, como dices. Bueno..., iremos a comprar unas cuantas cosas. Pero Gussy no.

Conque, mientras los otros se pasearon en el crepúsculo hacia la tiendecita ambulante, el pobre Gussy se quedó en el carro de mamá. Se enfadó una barbaridad.

El hombre pequeño fue el que vendió los géneros. El grande no hacía más que ayudar, alcanzándole esto a aquello, y envolviendo las cosas que lo necesitaran. No

decía una palabra. Era el otro el que hablaba. Y no paraba, por cierto, bromeando con unos y con otros, y dando las últimas noticias.

—¿Y qué noticias tienen ustedes? —les preguntó a mamá y Lucy al servirles horquillas y peines—. Vienen de la dirección de Borken, ¿verdad? ¿Hay noticias del rey allí? ¡Aún no le han encontrado, saben!

Mamá le dio sus noticias, describiendo el jaleo de las campanas durante la noche. Lucy intercaló algunos comentarios también.

—¿Dónde está el príncipe Aloisio? —quiso saber—. Dicen que le mandaron a estudiar a Inglaterra. Si el rey ha muerto, tendrán que traer otra vez al príncipe, ¿verdad?

—Hoy nos estuvieron registrando el campamento unos soldados —dijo *madame Fifi*—. Aunque Dios sabe lo que esperaban encontrar..., ¡al rey quizá!

Todo el mundo se echó a reír. La charla y la compra y venta continuaron un buen rato, y los buhoneros no hicieron mal negocio. Jack se acercó a comprarles unos caramelos a las niñas, con «Kiki» sobre el hombro.

—¡Buenos días, buenas noches, buena se ha armado! —le dijo el loro al buhonero que servía.

Éste rió. Pero su compañero no hizo tal. Volvió la cabeza y dirigió a «Kiki» una penetrante mirada. Jack sintió desasosiego. ¿Por qué miraba de esa manera el hombre aquel? Intentó verle el rostro, pero se había hecho oscuro ya, y resultaba difícil ver el interior del carro.

Lucy señaló unos caramelos.

—Me gustaría comprar unos cuantos de esos —dijo en inglés.

Jack vio cómo el hombre segundo se ponía rígido. Parecía estar escuchando para oír lo que dijera Lucy a continuación. Alzó la mano hacia el estante, bajó la lata de caramelos y luego se quedó inmóvil de nuevo al hablar Lucy otra vez.

—Compraremos una lata de pina. A «Kiki» le gusta.

El hombre dio bruscamente la vuelta, como para encararse con ellos. Jack empujó a Lucy apresuradamente para alejarla de allí. ¡Aquel hombre era un espía! ¡Estaba seguro de ello! Le echó una mirada, pero no pudo distinguir gran cosa. Una cabellera negra rizada, como la de todos los tauri-hessianos. Un bigotillo negro también. Y eso fue aproximadamente todo lo que vio.

—¿Qué ocurre, Jack? —preguntó Lucy, asombrada, al alejarla su hermano del carro, tirando de Dolly y Jorge también.

Les dijo apresuradamente lo que pensaba y se quedaron todos la mar de preocupados. Regresaron a toda prisa al carro de mamá, para asegurarse de que no le había sucedido nada a Gussy. Con gran alivio suyo, le encontraron allí, con cara de pocos amigos.

—Aunque maldito si sé que por qué habíamos de creer que no iba a estar —dijo Jack—. Gussy, saca tu bordado. Hemos visto a una persona sospechosa. Oyó a Lucy hablar en inglés, y a «Kiki» también, y dio muestras de demasiado interés.

—Bueno, confiemos que se irá pronto —dijo Jorge—. Iré a vigilar, y os avisaré cuando se huyan marchado los buhoneros.

Pero no se fueron. Los dos hombres cerraron el costado del carro, encerrando así el género, y luego se sentaron cerca, junto al fuego pequeño, haciéndose la comida.

—Van a quedarse a pasar la noche aquí —anunció Jorge—. No es una buena noticia, precisamente, ¿verdad? Y *madame* Fifi me ha dicho que el hombre bajo ha estado haciendo preguntas acerca de «Kiki»..., si el amo del loro pertenece al circo... y dónde está su carro.

—¡Maldita sea! —exclamó Jack—. ¿Qué podemos hacer? No podemos huir. No tengo la menor idea de dónde nos encontramos, pero debe ser a muchas millas de todas partes. Bueno..., confiemos en que todo salga bien: eso es lo único que podemos hacer. Dormiremos, como de costumbre, debajo del carro de las niñas y Gussy puede quedarse con mamá. Después de todo, el más importante es él... Nosotros carecemos de importancia, en realidad. Sólo interesamos porque Gussy se escapó en nuestra compañía y el conde debe suponer que, donde estemos nosotros, seguro estará Gussy también.

Los niños se retiraron a su carro y se desnudaron para dormir. Gussy estaba con mamá. Los tres niños se echaron debajo del carro de las niñas sobre las mantas, como de costumbre. Pedro no tardó en quedarse dormido; pero Jack y Jorge estaban preocupados y permanecieron despiertos, susurrando.

De pronto Jack asió a Jorge.

—Oigo a alguien —le susurró al oído—. Alguien se arrastra cerca de este carro.

Jack se incorporó cautelosamente, y buscó a tientas su lámpara. Sí, alguien se hallaba cerca del carro, arrastrándose silenciosamente en dirección a ellos. Jack encendió inmediatamente la lámpara.

La luz iluminó un rostro sorprendido. Había un hombre cerca, andando a gatas. ¡Era el buhonero más corpulento! La luz arrancó reflejos a la negra cabellera.



—¿Qué quiere usted? —preguntó Jack, con ferocidad—. ¿Qué busca, arrastrándose de esta manera por aquí? ¡Despertaré al campamento y se le echará todo el mundo encima!

Capítulo XXVII

Una sorpresa... y un plan

—¡Shhh! —dijo el hombre con urgencia—. Yo...

Antes de que pudiera decir otra palabra, sucedió una cosa extraña. «Kiki», que había estado observando al hombre con la mayor sorpresa, ¡desplegó de pronto las alas y fue a posársele en el hombro! Le frotó el pico contra la mejilla amorosamente, arrullándole como una paloma.

—¡«Kiki»! —dijo el hombre, y le acarició el cuello al loro.

—Bilibobo —murmuró «Kiki», amoroso—. Bilibobo, pon el agua a calentar, llama al médico.

Jack estaba tan asombrado, que fue incapaz de articular palabra. ¿Por qué se portaba «Kiki» de aquella manera, y cómo le conocía aquel hombre? Fue Jorge quien lo adivinó. De pronto se deslizó fuera de las mantas y salió corriendo a gatas de debajo del vagón.

—¡Bill! ¡Bill! ¡Esto debe ser un sueño!, ¿verdad que es usted? ¿Lleva una peluca?

Con una sonrisa, el hombre se quitó toda la negra cabellera. ¡Llevaba una peluca, en efecto! Y, sin ella, se le conoció en seguida, a pesar del bigotillo negro que sólo llevaba, claro está, pegado.

—¡Bill, oh, Bill, no puedo creerlo! —exclamó Jorge.

Bill tendió una mano, y el niño se la estrechó, solemnemente, un buen rato. Luego Jack se unió a ellos, con los ojos casi desorbitados. ¡Tenía que ser un sueño! ¡No era posible que fuese verdad!

Pero lo era. Se trataba de Bill en persona. Preguntó, con avidez, por las muchachas.

—No sabéis el alivio que sentí al verlas tan bien —dijo—, aunque apenas las conocí con esa vestimenta. Sin embargo, reconocí la voz de Lucy sin dificultad, y a «Kiki» también, claro. No podía dar crédito a mis ojos cuando le vi sobre tu hombro, Jack. De veras que no. ¿Dónde están las niñas? ¿En este carro?

—Sí. Nos enteramos de que había usted preguntado dónde estaba nuestro carro —dijo Jack—. ¡Y creímos que se trataba de espías! No se nos ocurrió que pudiera ser usted y que deseaba venir a vernos por la noche. Entremos en el carro y despertemos a las muchachas. Despertemos a Pedro también. Es un gran amigo nuestro.

Poco después, un excitado grupo de seis personas y un loro se hallaba reunido en el carro de Pedro. Lucy se agarró a Bill y no le dejó moverse ni un centímetro sin ella. Le resbalaban las lágrimas por las mejillas, y no hacía más que enjugárselas con la mano.

—No puedo remediarlo, Bill. No es que esté llorando en realidad. Es que me

siento tan feliz, que no puedo remediarlo —dijo la pobrecita Lucy, sonriendo a través de las lágrimas que le caían a raudales.

Bill sacó un pañuelo enorme y le sacó los ojos. Quería mucho a Lucy.

—Me haces pensar en Gussy —dijo—, y recordar la ocasión en que Jorge sacó un mantel para secarle a él las lágrimas. Anímate..., estamos todos juntos otra vez... y vosotros podéis darme información de mucho valor.

—¿Cómo está mamá? —preguntó Jorge—. ¿Muy preocupada?

—¡Mucho! A ella y a mí nos cogieron y ataron la noche en que os secuestraron a vosotros. No pudimos desatarnos. Tuvimos que aguardar a que la señora Gump bajara por el camino a la mañana siguiente en dirección a la casita. Para entonces, claro, se había perdido por completo vuestra pista. ¡La policía ha estado buscándonos por todos los condados de Inglaterra! No nos atrevimos a decir que Gussy había desaparecido también, porque no queríamos que la noticia llegase a Tauri-Hessia.

—Salimos de Inglaterra en un aeroplano después de haber sido secuestrados en automóvil —dijo Jorge—. Jack se escondió en el portaequipajes del auto, y se ocultó luego en el avión..., conque él sabía adonde nos habían llevado. Nos encerraron en el castillo de Borcken con Gussy... ¡y Jack consiguió salvarnos!

—Entré a formar parte de este circo con «Kiki» —explicó Jack—. Pedro se portó muy bien..., me ayudó una barbaridad. Conseguimos que los acróbatas Toni y Bingo nos ayudaran a salvar a los otros. ¡Uf! ¡Fue la mar de peligroso!

Le contó a Bill toda la historia. Bill escuchó con asombro. ¡Qué niños! ¡Las cosas que les ocurrían! ¡La manera en que hacían frente a todas las circunstancias sin inmutarse siquiera! Y ahora ¡tenían consigo a Gussy, sano y salvo, disfrazado de muchacha!

—Pero, Bill..., usted no nos ha dicho lo que hace aquí —dijo Jack—. ¡Mira que presentarse usted en un carro de buhonero, vestido de tauri-hessiano! Suena demasiado fantástico para que se pueda creer.

—Pero es la verdad. Lo que ocurrió fue que cuando nuestro gobierno se enteró de que el rey de Tauri-Hessia había caído prisionero... o le habían matado, porque aún no sabemos lo ocurrido..., consideró absolutamente necesario saber lo sucedido a ciencia cierta... y dar con el paradero de Gussy también, de ser posible. Conque, como el gobierno de Tauri-Hessia había encomendado a Gussy a mi cuidado, como sabéis, se decidió que fuera yo quien viniese a investigar.

—Comprendo —dijo Jorge—. Vino usted a explorar el terreno. ¿Pensó usted que pudiéramos estar todos en Tauri-Hessia?

—Sí... Llegué a la conclusión de que, adondequiera que hubiesen llevado a Gussy, allí estaríais vosotros también... que os conservarían como rehenes si nuestro gobierno ponía dificultades. Y en cuanto llegó la noticia de que había desaparecido el rey, tuvimos la seguridad de que Gussy se hallaría en alguna parte de Borcken, territorio propio del conde Paritolen. Y existía también la posibilidad de que al rey se le tuviera prisionero allí también. Conque yo, y otro hombre que habla el tauri-

hessiano bien, volamos aquí a espiar un poco. ¡De ahí el carro del buhonero!

—Mamá estará la mar de preocupada, habiéndose marchado usted también —dijo Dolly.

—Le haré llegar un mensaje mañana —aseguró Bill—. Y ahora..., ¿podrís decirme vosotros una cosa? ¿Tenéis la menor idea de dónde puede estar escondido el rey?

—En el castillo de Borken —dijo Jack, sin vacilar—. ¡Estoy seguro de ello! Y le diré a usted por qué.

Le contó a Bill cómo había explorado el castillo, y cómo había oído hablar muy excitados al conde y a *madame* Tatiosa.

—Eso fue la noche antes de que se supiera que el rey había desaparecido —dijo Jack—. Yo creo que sus planes marchaban bien..., hasta es probable que le tuvieran prisionero ya en alguna parte. Y el sitio más a propósito para encerrarle era el castillo del propio conde. Hubiese tenido a Gussy allí... y al rey también, al alcance de su mano. Podía regatear con ambos si así lo deseaba.

Bill escuchó la larga perorata con mayor interés.

—Creo que tienes razón —dijo—. Ojalá pudiésemos introducirnos en el castillo y averiguar algo. Ronald, el hombre que me acompaña, habla el hessiano como si de aquí fuese. A lo mejor podría introducirse valiéndose de algún engaño..., fingiendo ser alguno que iba a hacer alguna reparación o algo así.

—Ya sé lo que podríamos hacer —dijo Jack, invadiéndole de pronto una oleada de excitación—. Sé un camino para entrar, Bill..., el que usé para salir la primera noche que estuve. Conduce, a través de unos pasadizos, hasta el gran salón de baile. Se puede pasar al salón por la puerta secreta que hay detrás de un cuadro. Sin embargo, no sé cómo se descorre, de ahí la dificultad.

—Ya lo descubriremos nosotros —aseguró Bill—. ¡Eso es magnífico, Jack! ¿Estás dispuesto a acompañarnos a Roña Id y a mí, y enseñarnos la entrada secreta del castillo? Si pudiésemos averiguar si el rey está vivo o no... o si se encuentra prisionero..., la cosa tendría mucha importancia para nosotros. Algo hay, no obstante: ¡deben haber quedado descabalados los planes de los conspiradores habiendo desaparecido Gussy! No hay rey para el país... ¡ni príncipe que colocar en su lugar! ¡Es una situación difícil para ellos!

—Iré, Bill —contestó el niño con excitación.

—Y yo iré también —dijo Jorge.

—No, tú has de quedarte a custodiar a las niñas —le dijo Bill—. He de dejar a uno de los dos con ellos. Y cuida a Gussy también. Pero puedes ayudarme en eso.

—¿Nos vamos ahora? —preguntó Jack, con avidez—. Es una noche muy oscura.

—Cuanto antes, mejor —aseguró el detective.

Y se puso en pie.

—Aguardad aquí —agregó—. Iré a buscar a Ronnie. Tendré que decirle unas cuantas cosas primero, sin embargo. ¡Caramba! ¡Lo sorprendido que va a quedar!

Bill se fue. Durante un momento, ninguno de los cinco dijo una palabra. «Kiki» fue el que rompió el silencio.

—¡Tolón, tolón, Billy está en las llaves! —dijo—. Y el gato tiene un catarro..., ¡aaaa-chís!

—¡Idiota! —exclamó Jack—. ¡Troncho, qué noche! ¡Mira que presentarse Bill aquí! Fue «Kiki» quien le reconoció cuando vino arrastrándose por la vecindad del carro. Yo no.

—Todo irá bien ahora —dijo Lucy—. Siempre salen las cosas bien cuando llega Bill.

—No hables demasiado pronto —avisó Dolly—. ¡No les espera una tarea fácil esta noche!

Bill regresó con Ronnie, que parecía un poco abrumado por tener que conocer a tanta gente de golpe. ¡Tenía mucho más que decir como buhonero, que como compañero de Bill en el carro de Pedro!

—Bueno, ¿estamos listos? —inquirió Bill—. Vámonos, pues.

Salieron de la caravana, y Jack siguió a los dos hombres. Tenían su carro allá cerca, y Jack adivinó lo que iban a hacer: usarlo para dirigirse a Borken. No necesitarían mucho tiempo, porque no se encontraba, en realidad, muy lejos. La procesión circense de carros tirados por caballos había ido al paso durante los dos últimos días, y además había retrocedido sobre sus pasos una vez. No necesitarían más de una hora para llegar a Borken haciéndolo a buen paso.

Partieron en la noche, conduciendo Ronnie. «Kiki» iba posado sobre el hombro de Jack. Pensaba participar en todo, fuera lo que fuese.

Llegaron a la población, que se encontraba sumida en las tinieblas.

—Dejen el carro en el campo en que estuvo el circo —sugirió Jack, y les guió a él—. El castillo se encuentra en la cima de la misma ladera.

Dejaron el carro detrás de un matorral grande. Luego subieron la pendiente hacia el castillo.

—Ahí está el campanario —anunció Jack, cuando se acercaron—. Más vale que vayamos con cautela por si hay gente de guardia. El conde debe saber que por ahí nos escapamos. Tuvimos que dejar atrás el cable de acero de Toni tendido desde el torreón al campanario.

Nadie parecía rondar por allí, sin embargo. Pero de pronto Jack vio luces en las ventanas del castillo, muy por encima de ellos. Eran seis ventanas por lo menos las iluminadas. ¡Algo se estaba celebrando en el castillo a medianoche, eso era seguro!

—Tal vez podamos investigar eso —observó Bill, contemplando las luces—. Debe estar celebrando una conferencia o algo parecido.

—Hay un agujero en una de las paredes de la sala de conferencias... o por lo menos supongo que se trata de la sala de conferencias —exclamó Jack, poniéndose la mar de excitado—. Vi una mesa redonda, y sillas, y blocs de notas, y lápices, quizá viéramos algo interesante... y lo oyésemos también.

—Es posible —asintió Bill—. Bueno, vamos a ponernos en movimiento. ¡Entremos en el campanario! ¿Dónde está la compuerta de que nos hablaste?

Entraron en el campanario. Jack buscó la compuerta y cuando Bill la hubo abierto, descendieron los tres al sótano, cerrándola tras ellos.

—Ve tú delante, Jack —dijo Bill, y encendió una lámpara de bolsillo de gran potencia.

Jack vio con sobresalto que los dos hombres llevaban un revólver cada uno en la mano. ¡Troncho! ¡Aquello podía ser algo muy serio entonces!

—¡Por aquí! —dijo el niño, pasando por encima de los trastos viejos que había en el agujero—. Más vale que hagamos el menor ruido posible. ¡Ahora...! ¡Por aquí!



Capítulo XXVIII

¡Al castillo de Borken otra vez!

Jack se metió por el agujero redondo del otro lado del sótano. Se encontraba ahora en el pasadizo estrecho y de techo bajo que tan bien recordaba por haber tenido que recorrerlo con la cabeza agachada. Condujo a Bill y a Ronnie por el pendiente corredor, iluminado por la lámpara del detective.

El niño se detuvo al llegar a la parte superior de la rampa.

—Nos encontramos muy cerca del lugar en que se encuentra el agujero de espía —susurró—. Si se está celebrando alguna conferencia, o alguna especie de reunión, podremos verlos por ese hueco... o podrá usted, Bill, porque, que yo sepa, no hay más agujero que uno.

—Avísame cuando lleguemos a él —susurró Bill.

Y reanudaron la marcha. Al cabo de un rato, Jack vio un rayo de luz por la pared de la derecha. ¡Debía de ser el agujero!

Le habló en voz baja a Bill. Éste vio la luz, y movió afirmativamente la cabeza. No había sitio para que pudiera adelantarse al niño allí, conque éste pasó de largo, dejando que Bill se colocara junto al agujero detrás de él. Ronnie se hallaba junto al detective, guardando completo silencio. A «Kiki» le habían dado un golpe en el pico para que supiera que debía estar callado también.

Bill pegó el ojo al atisbadero. Vio la misma estancia que viera Jack: una habitación con una mesa redonda, sillas alrededor, y material de escribir encima.

Pero ahora ardían luces en el cuarto. Y todas las sillas estaban ocupadas. El conde Paritolen estaba sentado en la presidencia. A su lado se hallaba *madame* Tatiosa. A su otro lado, alguien a quien Bill conocía por haber visto su retrato: el primer ministro, marido de *madame* Tatiosa. Parecía estar intranquilo y muy serio. También había hombres vestidos con uniforme militar alrededor de la mesa.

Al pie de la mesa se encontraba un hombre alto, que tenía un gran parecido con Gussy, ¡su tío, el rey! Bill exhaló un suspiro de alivio. Conque no le habían matado después de todo. Eso era una buena cosa, por lo menos. Si se conseguía sacarle de allí, podría arreglarse la situación muy aprisa y se evitaría la guerra civil.

El detective aguzó el oído para escuchar lo que se hablaba. No oía muy bien tras el tabique de madera, pero oyó lo suficiente para saber lo que estaba sucediendo.

Estaban instando al rey a que abdicara, a que dejase el trono para que Gussy, el príncipe Aloisio, reinara en su lugar.

—Si no firmáis este documento abdicando, una suerte mucho peor os aguarda —terminó diciendo el conde Paritolen—. Mucho me temo que no se vuelva a oír hablar de vos.

Bill entendió esto con dificultad, porque no conocía el tauri-hessiano muy bien. En realidad, sólo había intentado aprenderlo al saber que, probablemente, tendría que hacer un viaje a Tauri-Hessia. Pero estaba seguro de que era aquello lo que decía el

conde.

El primer ministro intercaló una protesta, pero el conde no le quiso escuchar. *Madame* Tatiosa pronunció un corto discurso con iracundo acento, y volvió a sentarse. El rey hizo una leve reverencia y luego habló en voz tan baja que Bill no pudo oírle.

—Está bien —dijo el conde—. Disponéis de esta noche para decidiros..., de esta noche nada más. Levantaremos la sesión para reanudarla mañana.

Se puso en pie y todos le imitaron. El conde salió con su hermana y el primer ministro. El rey les siguió, rodeado de cuatro hombres. Parecía triste y preocupado.

Se amortiguaron las luces de la sala de conferencias y reinó el silencio. Bill se volvió hacia Ronnie y repitió rápidamente lo que había visto y lo que creía que había sucedido.

—Según deduzco, el rey dispone de toda esta noche para reflexionar. Si dice que no, que no está dispuesto a renunciar al trono, firmará su propia sentencia de muerte. Y yo creo que dirá que no.

Hubo silencio durante unos instantes tras el tabique de madera. Bill se entregó a la meditación. ¿Podría volver a la capital de Tauri-Hessia, contar lo que había visto, y volver con hombres para rescatar al rey?

No; no habría tiempo. La capital se hallaba demasiado lejos. No había más que una solución: ver si podía salvar él por su cuenta al soberano.

Le susurró esto a Jack. El niño movió afirmativamente la cabeza.

—Sí. Podríamos salvarle si supiésemos dónde iba a estar esta noche. No le meterán en el cuarto del torreón, eso es seguro. Temerían que se escapase como lo hizo Gussy. Vayamos al salón de baile, donde cuelga ese cuadro... quizá consigamos descorrerlo e introducirnos en la habitación.

Les guió de nuevo, subiendo una pendiente escalera y continuando adelante. Doblaron poco después un ángulo agudo y pasaron a un corredor estrecho y oscuro que se hallaba dentro de las paredes de la estancia pero a un nivel inferior al del suelo. Después se encontraron con otros escalones, y Jack se detuvo.

—Ésta es la escalerilla que conduce a la parte de atrás del cuadro —susurró—. Tendrán ustedes que ver si pueden encontrar la manera de moverlo. Se desliza hacia un lado, sin despegarse de la pared.

Bill y Ronnie se pusieron a buscar a tientas por todo el muro. Bill encontró, de pronto, una especie de botón. ¡Ah, quizá fuera aquello! Un tirón tal vez pusiese en movimiento el mecanismo que retiraba al cuadro y dejaba al descubierto el agujero.

Escuchó atentamente. No se oía el menor sonido en el vecino cuarto. Bueno, tendría que correr el riesgo en cualquier caso. Tiró del botón.

No sucedió nada. Lo torció. Siguió sin ocurrir cosa alguna. Lo empujó entonces... y cedió pausadamente bajo sus dedos.

Se oyó a continuación como si rasparan algo, y le pareció a Bill como si parte de la pared estuviese desapareciendo. Pero sólo era el cuadro que se movía de lado,

dejando al descubierto un agujero casi del mismo tamaño: ¡la entrada secreta del salón de baile!

Había muy poca luz en la amplia habitación: sólo el débil resplandor de un quinqué cuya mecha había bajado. Bill atisbo por el hueco.

—No hay nadie aquí —les susurró a los otros—. Aprovecharemos la ocasión para introducirnos.

Saltó por el agujero al suelo sin hacer ruido. Le siguieron los otros dos. Todos llevaban suela de goma.

—Más vale que vayamos a ver si han metido al rey en el cuarto del torreón después de todo —susurró Jack—. Iré yo, que conozco el camino. Ustedes quédense aquí, detrás de estas cortinas.

Corrió a la antecámara y vio la escalera de caracol. Se detuvo a escuchar. Nada se oía por allí. Subió los escalones tan aprisa como pudo, y llegó al descansillo. Iluminó con su lámpara de bolsillo la puerta del cuarto en que Jorge, Gussy y las niñas habían estado recluidos.

¡Estaba abierta de par en par! La habitación de dentro se hallaba en tinieblas también, aunque era evidente que al rey no le habían metido allí. Volvió a bajar.

Se acercó de puntillas a las cortinas tras las cuales el detective y su compañero se habían escondido.

—Nada a hacer —dijo—. La puerta está abierta. No se encuentra allí.

—¡Escuchad! —dijo Bill de pronto—. ¡Oigo algo!

Escucharon. Era el ruido acompasado de pisadas que se iban acercando más y más. Parecía el de dos o tres personas. Bill atisbo por la orilla de la cortina una vez hubo pasado el ruido.

—Dos soldados —dijo en voz baja—. Deben haber ido a relevar a otros dos que se hallan de guardia en alguna parte. ¿Y a quién pueden estar guardando sino al rey? Aguardaremos a ver si los otros dos regresan por este camino, y entonces tendremos la seguridad de que, en efecto, los otros dos han marchado a montar guardia a alguna parte. Exploraremos, si así es, el pasillo por el que los otros se metieron.

—Cuando estuve yo aquí la otra vez, el centinela de guardia desaparecía siempre por ahí —anunció Jack, recordando el detalle—. Creo que se trata de un camino fijo señalado para ronda de la guardia. Quizá se hayan llevado por allí al rey, encerrándole en alguna celda.

—¡Atención! —dijo Ronnie.

Se oyó rumor, de pasos de nuevo, y dos centinelas distintos pasaron en dirección opuesta a los primeros, desapareciendo. Los tres escucharon durante un rato el ruido de las pisadas que acabaron apagándose.

—¡Ahora! —dijo—. Y andad con los oídos aguzados y los ojos bien abiertos, también.

Se metieron todos por el oscuro pasillo que habían seguido los dos primeros centinelas. Hasta el final, doblando una esquina, luego bajando unos escalones,

siguiendo un pasillo más estrecho, doblando un nuevo recodo. Pero allí se detuvieron. ¡Se oían los pasos de nuevo... caminando en dirección adonde ellos se encontraban!

Se abría una habitación cerca de donde se hallaban. Bill empujó la puerta, y pasaron los tres apresuradamente. El cuarto estaba oscuro. Bill encendió la lámpara un instante y vieron que se trataba de una especie de cuarto de equipajes. Los centinelas pasaron de largo, recorrieron un buen trozo más de pasillo, y luego dieron media vuelta, regresando por el mismo camino.

Bill escuchó atentamente las pisadas. Parecieron seguir bastante lejos pasillo abajo antes de dar un talonazo y retroceder nuevamente.

—Se me antoja que el rey debe estar encerrado allá por el centro del camino que recorren —dijo—. Les dejaremos llegar hasta aquí otra vez y, cuando hayan pasado de largo, saldremos a explorar un poco. Siempre nos queda el recurso de irnos a ocultar más allá del otro extremo de su ronda si los oímos volver.

Los centinelas llegaron a la altura de la puerta del cuarto en que se hallaban y pasaron de largo hacia el final de su recorrido. Bill, Ronnie y Jack salieron apresuradamente de su escondite y corrieron pasillo abajo. Doblaron un recodo y se encontraron con que no podían ir más allá. Una puerta muy recia les cerraba el paso, una puerta con los cerrojos echados y cerrada con llave también, como descubrió Bill en cuanto intentó abrirla.

—¡Chitón! —dijo Ronnie de pronto.

Y tiró de ellos hacia un rincón oscuro. Bill y Jack se preguntaron qué sería lo que le había asustado; pero lo vieron en seguida.

Se estaba abriendo una puerta silenciosamente ante ellos, una puerta que no habían visto, porque formaba parte integrante del zócalo. Alguien salió por ella con un quinqué en la mano. Era el conde Paritolen. ¿Había acudido a matar al rey? ¿O a razonar nuevamente con él para persuadirle a abandonar el trono?

Bill vio otra cosa. Observó que, en la otra mano, el conde llevaba una llave. ¡La de la celda del rey sin duda alguna!

El conde oyó que regresaban los centinelas y retrocedió nuevamente por la puerta secreta, cerrándola tras sí. Era evidente que pensaba esperar hasta que hubiese llegado la guardia allá, y dado la vuelta otra vez.

—Ronnie —dijo el detective, con los labios pegados al oído de su compañero—, vamos apoderarnos de esa llave, ¿comprendes? Y del conde también. ¿Te encargarás tú de él mientras abro yo la puerta y miro a ver si está el rey ahí? No debe hacer ruido alguno.

—No lo hará —aseguró Ronnie, sombrío.

Los centinelas llegaron hasta allí mismo, giraron sobre los talones y marcharon en dirección opuesta. En cuanto hubieron doblado la primera esquina, la puerta secreta tornó a abrirse y salió el conde apresuradamente, lámpara en mano, y con la llave en la otra.

Las cosas sucedieron entonces tan aprisa, que Jack quedó aturdido. Oyó una

exclamación del conde, y luego vio correr a Bill hacia la puerta con la llave y, a Ronnie arrastrar al conde por la puerta secreta. La lámpara se apagó. Hubo un silencio total.



Ronnie regresó unos segundos más tarde y encendió la lámpara de bolsillo. Vio que Bill hacía girar la llave en la cerradura y tiraba luego de los cerrojos.

—He descubierto una celdita muy buena allá dentro —dijo Ronnie, señalando en dirección a la puerta secreta con un movimiento de cabeza—. Justamente la que necesitaba el conde. Está atado y puede hundir las paredes a gritos si le da la gana... ¡nadie le oirá en ese sitio!

—Buena faena —le repuso Bill—. ¡Malditos cerrojos estos! ¡Hay media docena! ¡Tendremos a la guardia de vuelta cuando queramos darnos cuenta!

Ronnie apagó la linterna que colgaba en el pasillo cerca de la puerta.

—¡No nos interesa que la guardia vea que están descorridos los cerrojos! —dijo—. ¡Date prisa, Bill, que vuelven ya! Jack y yo aguardaremos aquí... por si hay jaleo con los centinelas. ¡Date prisa!

Capítulo XXIX

Unos momentos de emoción

Bill consiguió abrir la puerta por fin, y entró. Surgió un rayo de luz del cuarto inmediatamente y Ronnie se apresuró a cerrar. Jack se dio cuenta de que el corazón empezaba a palparle con violencia otra vez. Los centinelas... ¿regresarían antes de que hubiese sacado Bill al rey?

La puerta volvió a abrirse, pero esta vez no se vio luz alguna. Bill había apagado la lámpara que había dentro del encierro. Alguien le acompañaba: el rey. ¡Magnífico!, pensó Jack.

La guardia regresaba. Se oían claramente sus pisadas. Bill condujo al rey apresuradamente hacia la puerta secreta, la abrió y le metió por allá. Ronnie le siguió y Jack entró después.

¡Justamente a tiempo!

—¿Cree usted que se fijarán en que están descorridos los cerrojos? —preguntó Jack—. No tuvo usted tiempo de echarlos otra vez.

—Pronto lo sabremos —le contestó el detective—. Me temo que sí que se fijarán... Estoy seguro de que parte de su obligación es comprobar eso cada vez que se acercan.

Jack soltó de pronto una exclamación.

—¡«Kiki»! ¿Dónde está? Lo llevaba en el hombro hace un momento, y ahora ha desaparecido. No me di cuenta de que se iba por lo excitado que estaba. Oh, Bill... debe andar por el pasillo.

Así era, en efecto. Y el hecho de que Jack pareciera haber desaparecido le llenaba de ira. ¿Dónde estaba? Oyó acercarse cada vez más a los centinelas, y su acompasada marcha le molestó.

Voló a posarse sobre una piedra que sobresalía de la pared y, cuando los dos hombres pasaron por debajo de él, inició una prolongada y sonora ululación.

—¡Uuuuuu! ¡Uu-uu-uu!

Los pasos se detuvieron bruscamente. Uno de los hombres le dijo algo rápidamente al otro en voz asustada.

«Kiki» ladró como un perro y luego soltó un rugido. En la oscuridad de aquel pasadizo lleno de ecos, el sonido no pudo resultar más extraordinario. Los hombres miraron a su alrededor, buscando al animal que producía tales ruidos.

—¡Mi-au-au-au! —gimió «Kiki», como un gato hambriento.

Y rompió a reír a carcajadas.

—¡Límpiate los pies, suénate la nariz, pii suena el pito, pum, pum-pum!

Los centinelas no entendieron una palabra, claro; pero ello sólo sirvió para

asustarlos aún más. Se agarraron el uno al otro, sintiendo que los pelos empezaban a ponerse de punta.

«Kiki» tosió y carraspeó sorprendentemente igual que un ser humano. ¡No logró comprender por qué aquello había de producir tan complejo pánico a los soldados! Porque lo hizo. Los dos hombres dejaron caer las armas y huyeron pasillo arriba a toda velocidad, aullando algo en su propio idioma.



Jack lo había oído todo, ya que, en su ansiedad por saber dónde estaba «Kiki», había entreabierto la puerta secreta. Escuchó su actuación con una sonrisa. Luego le llamó en voz baja y el loro fue a posarse encantado sobre su hombro.

Bill se preguntó qué partido tomar ahora. Resultaría peligroso regresar por el camino que llegaron, porque los asustados centinelas volverían con otros para investigar el misterio de las ululaciones, los alaridos, los maullidos y las toses.

—¿Conducirá el pasillo de detrás de esta puerta a algún otro sitio aparte de la habitación en que metiste al conde? —le preguntó Bill a Ronnie.

—Iremos a preguntárselo —contestó alegremente Ronnie—. Le meteremos esto en las costillas a ver si se le suelta la lengua.

«Esto» era el revólver. Bill se echó a reír.

—No tendrás necesidad de eso —dijo—. Hablará en cuanto vea al rey. ¿Querrá Su Majestad encargarse del conde y ordenarle que nos enseñe la salida?

El rey hablaba perfectamente el inglés. Al igual que Gussy, se había educado en

Inglaterra. Movi6o afirmativamente la cabeza, con los ojos muy brillantes. Era evidente que disfrutaría enormemente hablando unas palabras con el conde.

Se dirigieron a la especie de celda en que había encerrado Ronnie al conde después de atarle. El individuo en cuestión se hallaba tendido en el suelo, con cara de furia. Cuando vio al rey, reflejó tal estupefacción su semblante, que Bill se echó a reír.

—Desátale los pies, Ronnie, pero no las manos —dijo el detective—. Ha de ponerse respetuosamente de pie ante su soberano.

El conde se puso en pie en cuanto le desataron los pies, con el rostro muy pálido en verdad. El rey le dirigió la palabra en tauri-hessiano, empleando un tono vigoroso. El conde se sobrecogió, agachó la cabeza y acabó cayendo de rodillas, asustado. El rey le tocó desdeñosamente con el pie y dijo unas cuantas palabras más. El conde se alzó de nuevo y dijo: «¡Ai, ai, ai!», con avidez. Jack sabía que aquello quería decir «¡Sí, sí, sí!».

—Nos va a enseñar la salida —dijo Bill—. Y me alegro. Me parece oír surgir un ruido tremendo en la distancia. Nuestros amigos los centinelas deben haber vuelto con todos sus compañeros... y han descubierto que los cerrojos de la puerta están descorridos, y que no hay nadie en la celda. Dile al conde que acelere, Ronnie.

Con los brazos atados aún a la espalda, el conde salió de la desnuda habitación. Les condujo a una puerta que había enfrente, y la abrió de un puntapié. Vieron una pequeña escalera descendente.

—Iré yo primero —dijo Ronnie.

Y se adelantó al conde.

Los escalones conducían a un cuarto pequeño de paredes recubiertas de madera, y que parecía un despacho. El conde dijo unas cuantas palabras, señalando con un gesto uno de los entrepaños. Ronnie se acercó a la pared, y consiguió hacer descender el entrepaño, dejando al descubierto un agujero justamente lo bastante grande para que pudiera pasar por él un hombre. No se veía nada al otro lado, porque colgaba algo por encima.

—Son cortinas o tapices —dijo Bill, alargando la mano—. Vaya, vaya..., ¡cuántos escondites y agujeros secretos tiene usted aquí, conde! Muy bonito. ¿Qué hacemos ahora? ¿Pasar por detrás de ese tapiz?

—Dice que se trata de un tapiz que cuelga en una de las alcobas —anunció Ronnie—. Si andamos por detrás de él un trecho, llegaremos a una abertura. Voy a verlo.

Se metió por el agujero, caminando por detrás de la tapicería que daba la vuelta al cuarto, colgando desde el techo hasta el suelo. Por fin llegó adonde, como dijera el conde, había una abertura. Era el punto en que se encontraban dos tapices distintos. Ronnie los separó y se encontró en una alcoba. Al encender la lámpara de bolsillo vio unos muebles muy hermosos y magníficas alfombras. El cuarto estaba desierto.

Los demás salieron al cuarto también, habiendo pasado por detrás de los tapices.

Jack estornudó, porque la colgadura estaba llena de polvo. «Kiki» estornudó entonces también, con gran asombro del conde. ¡No había visto a «Kiki» con anterioridad!

—Y ahora, ¿adónde? —inquirió Ronnie, clavando bruscamente el revólver en las costillas del conde.

El hombre dio un brinco de sobresalto, y por poco se cae del susto.

—No creo que ese golpecito en las costillas fuera necesario en realidad —dijo Bill, con una sonrisa.

—Necesario no —reconoció Ronnie—; pero sí saludable para un traidorzuelo como éste. La gente que amenaza a otra cuando la tiene en su poder, merece que mi revólver le dé un susto. Vamos, conde... ¡el camino más rápido y mejor para salir, haga el favor!

Esto último lo dijo en hessiano, y el conde replicó sin vacilar, hablando atropelladamente en su afán por tener contento a tan feroz inglés.

—Ahora es fácil —dijo Ronnie—. Al parecer, hemos de bajar por la escalera de servicio a las cocinas, que están desiertas, y salir por la puerta de atrás. Nada podría ser más sencillo.

Conque bajaron por la escalera de servicio a las vastas cocinas. Había tres gatos allí, que huyeron espantados al ladrar «Kiki» como un perrito.

—¡«Kiki»! —le dijo Jack, riendo—. ¡Eres incorregible!

«Kiki» intentó repetir la palabra y no pudo. Bill estaba abriendo la enorme puerta de atrás. Salieron todos a un gran patio. Luego bajaron hasta la verja del castillo, una verja maciza de hierro forjado, cuyas llaves colgaban, convenientemente, a un lado. Bill abrió y salieron, encontrándose en la calle principal de Borken.

—¿Dónde está el sitio en que dejamos el carro? —murmuró Bill—. Jack, ¿podrías conducir a Ronnie adonde está? Ronnie, te aguardamos aquí.

Jack marchó apresuradamente con el otro. Había estado en la población varias veces y conocía el camino.

No tardaron en llegar al campo en que dejaron el carro, y Ronnie lo puso en movimiento en seguida. Pero después se detenían ante los otros tres, que subieron a bordo. Bill se metió detrás con el conde y con Jack. El rey se sentó delante con Ronnie. Era raro estar sentado dentro, viendo bambolearse toda clase de géneros en los estantes. Pero el conde no se fijó siquiera. Se sentía demasiado lúgubre, deshecho...

—Oiga..., ¿adónde vamos? ¡Éste no es el camino del campamento del circo! —exclamó Jack, de pronto.

—No, ya lo sé —contestó el detective—. Me temo que hemos de volver derechos a la capital de Tauri-Hessia, Jack. El rey necesita estar allí lo más aprisa posible. Las cosas andan muy revueltas, ¿comprendes...?, nadie sabe lo que va a suceder. Sin rey... sin príncipe... con el conde a punto de asumir las riendas del Estado al parecer... el primer ministro un débil instrumento...

—Sí, comprendo —contestó el niño—. Pero, en cuanto aparezca el rey, todo se

arreglará, ¿verdad?

—Todo se arreglará, en efecto, en cuanto se haya presentado a su pueblo y le haya dirigido la palabra. ¡Tendrá la mar de cosas interesantes que contar! Creo, por añadidura, que es esencial que Gussy se presente también... para que la gente vea que él y su tío se encuentran en buenas relaciones y se apoyan mutuamente.

—¡Ah, a Gussy le encantará eso! ¿Hemos de volver a buscarle?

—Sí. Y también traeremos a los otros. Estoy seguro de que el rey querrá conocer a los compañeros de prisión de su sobrino. Tiene muchas cosas que saber aún.

El rey, en efecto, expresó vivos deseos de conocer a los otros en cuanto oyó la sorprendente historia que le contó Bill. Estaba al tanto de todo ya para cuando llegaran a palacio. Luego, después de ser recibido con alegría y sorpresa por los pocos sirvientes que se hallaban de guardia, el rey se retiró a una habitación pequeña con Bill, Ronnie y Jack. Al conde se lo llevaron entre ocho soldados, cuatro delante y cuatro detrás.

—¡Un-dos, un-dos! —gritó «Kiki» tras él—. ¡Dios salve al rey!

Aún era de noche, porque faltaba una hora para que rayase el día.

Jack bostezó de pronto sin poderlo remediar.

—Más vale que descabeces un sueño —dijo Bill—. El rey va a mandar a su coche oficial en busca de los otros a primera hora de la mañana. Te dejará ropa de Gussy, dice, si quieres estar decente. A los demás les va a mandar ropa también, en particular a Gussy. ¡No puede presentarse aquí vestido de muchacha!

—Esto va a ser divertido de ahora en adelante —murmuró el niño, intentando mantenerse despierto—. ¡Troncho, qué sueño tengo! ¿Qué va usted a hacer, Bill? ¿Dormir también?

—No. Voy a ponerme en comunicación con tu tía por radio, y decirle que todos os encontráis sanos y salvos. ¡La haré venir aquí en avión mañana, y estaremos todos juntos otra vez!

Jack se dejó caer en un sofá, seguro de que sería incapaz de permanecer despierto un instante más.

—¡Qué Bill más grande! —murmuró—. Todo sale bien cuando está usted aquí. Buenos días... quiero decir ¡buenas noches!

Y medio segundo más tarde, estaba profundamente dormido. ¡Qué noche había pasado!

Capítulo XXX

¡Dios salve al Rey!

A Jack le despertó una linda doncella tauri-hessiana con un succulento desayuno. Alguien le había desnudado, puesto en pijama de seda y metido en lujosa cama. Estaba estupefacto.

—¡Pensar que hicieron todo eso y yo no me desperté ni un instante! —se dijo—. ¡Lo cansado que debía estar! ¡Troncho, qué desayuno! «Kiki», fíjate... la toronja más grande y lujosa que en mi vida he visto... y dos mitades, no una. Puedes comerte tú una, si no ensucias demasiado.

«Kiki» dio aprobación a la sugerencia. Se concentró en la media toronja y, por una vez en su vida, no dijo ni una palabra. Jack se comió hasta la última miga del generoso desayuno y luego se dejó caer de nuevo sobre la almohada, pasando revista a los acontecimientos de la noche anterior.

—Apuesto a que el conde no se está comiendo un desayuno como éste —le dijo a «Kiki»—. ¿Qué opinas tú?

—El médico está acatarrado, llamad al rey —dijo «Kiki» mirando a ver si Jack se había dejado algún trozo de su media toronja—. Uno, dos, diez, ¿cómo está usted?

—Di las cosas bien, por lo menos —murmuró Jack, sonriendo—. ¡Oye... fíjate! ¿Crees tú que esa ropa tan principesca es para que me la ponga yo, «Kiki», pajarito? ¡Troncho! ¡Los tauri-hessianos no van a saber si el príncipe soy yo o si lo es Gussy!

Entró Bill, decentemente arreglado ahora.

—¡Ah, conque despertaste al fin! —dijo—. ¡Caramba! Pero, ¿es posible que te hayas comido todo ese desayuno?

—Me ayudó «Kiki» —rió el niño—. ¿Han mandado a buscar a los otros ya, Bill?

—Sí. Me gustaría verles la cara cuando se acerque el automóvil real con ropa para todos ellos —dijo Bill—. El rey es una buena persona. Ha invitado a Pedro, a Toni, a Bingo y a mamá también... y ¡ha mandado ropa para todos!

—¡Caramba! —exclamó Jack—. ¡A mamá! ¡Lo bien que lo va a pasar! Pero, de no haberse cuidado ella de Gussy, es seguro que le hubiesen pillado. Oiga... esto va a ser toda una fiesta, ¿eh?

—Y que lo digas. ¡Tú tía va a llegar hoy también!

—¡Parece el desenlace de una revista musical! —exclamó Jack, encantado—. ¡Todo el mundo en escena en el último cuadro!

—Más vale que te levantes. El rey va a dirigir la palabra a sus súbditos a las doce, y son las once ya. Después de eso, va a servirse una magnífica comida y... ¡te arrepentirás de haber hecho tan buen desayuno, ya lo verás!

Jack saltó de la cama.

—¿Son las once de verdad? ¡Troncho! ¡No lograré estar preparado a tiempo! No sé cómo ponerme esa ropa, con tanta hebilla, faja, volante... ¡Dios Santo! ¿Es un disfraz todo esto?

—No. Es un traje corriente tauri-hessiano de fiesta —le contestó Bill—. No me siento capaz de hacerle honor, y lo mismo le sucede a Ronnie. Nos sentimos más ingleses con nuestra propia ropa; pero tú y los demás niños estaréis la mar de bien.

Jack estuvo preparado a las doce menos cuarto. Se miró a sí mismo en el espejo.

—¡Troncho! ¡Parezco un príncipe de opereta! Tendré que hacerme un retrato para enseñárselo a los compañeros de colegio... ¡se van a tronchar de risa!

Se oyeron aclamaciones y vivas en la calle. Jack abrió la ventana de su cuarto y se asomó. Un magnífico automóvil de la Casa Real avanzaba lentamente por la calle, seguido por otro no menos vistoso. Más que automóviles parecían carrozas. La gente los aclamaba al pasar.

Jack por poco se cae por la ventana, y «Kiki» soltó un chillido.

—¡Mira, «Kiki»! ¿Ves quién va en el primer coche? ¡Lucy, Jorge, Gussy y Dolly! ¿Has visto a persona alguna parecer más grandiosa? ¡Y mira en el coche segundo! ¡Pedro... mamá... Toni y Bingo! ¡Están tan magníficos como si estuviesen a punto de salir a la pista en el circo!

Y así era. Mamá, sobre todo, tenía un aspecto grandioso y daba muestras de una repentina e inesperada dignidad que hacía que Pedro la mirara con sorpresa y con gran orgullo. ¡Su madre! ¡La vieja mamá, en una carroza real, con ropa de seda hasta junto a la piel! A Pedro le costaba trabajo creerlo.

Estaba la mar de magnífico él también, y disfrutaba del momento. Sabía que jamás volvería a sucederle una cosa así mientras viviese, y tenía la intención de sacarle todo el jugo posible, exprimir hasta la última gota de placer.

Toni y Bingo tenían aspecto suntuoso pero estaban cohibidos. No sentían el menor nerviosismo al salir a la pista en el circo, pero estaban sumamente cohibidos ahora sin poderlo remediar. ¡No podían con todas aquellas aclamaciones ni con los aplausos no hallándose en plena función!

Los automóviles entraron por la verja y Jack se inclinó todo lo que pudo fuera de la ventana, y gritó a todo pulmón, olvidándose por completo de que se hallaba en el palacio del rey:

—¡Lucy! ¡Estoy aquí!

«Kiki» graznó también:

—¡Hip, hip, hip, hurra! ¡Llamad al médico!

Dieron las doce. El rey salió a la tribuna de palacio a exhibirse ante su pueblo y soltar un discurso explicando lo sucedido. Reinó un silencio profundo mientras los altavoces propagaban la sencilla pero vigorosa perorata.

Bill se dijo que Tauri-Hessia tenía un rey magnífico.

Se alegró de que el conde no hubiese logrado destronarle y colocar a Gussy en su lugar. Gussy no era más que un niño tonto de momento. Pero quizá, cuando tuviera

unos años más y hubiese aprendido, resultaría tan buen rey como lo era su tío ahora.

Gussy fue recibido con una ovación tremenda cuando su tío le llamó a su lado y le presentó al pueblo. Después de todos los sustos los últimos días, la gente necesitaba ver no sólo al rey, sino al príncipe también.

El niño pareció un verdadero príncipe de pies a cabeza cuando saludó con rigidez e inclinó luego la cabeza en una y otra dirección. Llevaba una ropa magnífica, y el viento le hinchó la capa, descubriendo el forro carmesí. Jack sonrió al pensar en el aspecto de Gussy la última vez que le viera, vestido de chica, con el largo cabello recogido con cintas. ¡Pobre Gussy! Nadie debía enterarse jamás de aquello, o de lo contrario le tomarían el pelo mientras viviese, y a Gussy no le gustaba que le hicieran rabiar.



La comida se sirvió a continuación. A los niños les habían sentado Juntos a una mesa, con Gussy y Pedro también. Mamá, Toni y Bingo ocupaban una bonita mesa lateral, algo embarazados por su magnífica vestimenta. Procuraron que sus modales estuvieran en consonancia con su ropaje, y lo comieron todo con cuchillos, tenedores o cucharas, en lugar de usar los dedos la mayor parte del tiempo como tenían por costumbre.

Los seis niños charlaron animadamente entre sí, haciendo intercambio de noticias.

—Frank se ha repuesto ya y se ha levantado —dijo Jorge—. Gracias a Dios que así ha sido, de lo contrario no hubiese podido yo venir. Hola, «Dormilón», ¿quieres compartir la comida con nosotros por fin? Ha visto esas almendras, Dolly... ¡fíjate cómo tiene cogida una y la roe!

—No me gusta verle en la mesa —contestó su hermana; pero se sentía demasiado feliz para armar jaleo.

Le contó a Jack la emoción que se había sentido allá en el campamento al recibirse el mensaje de que habían de vestirse todos de gala y ser conducidos a palacio.

—¡No podíamos creerlo! —dijo—. Cuéntenos otra vez lo de anoche, Jack... dínos cómo salvasteis al rey y capturasteis al conde.

Gussy estaba enormemente excitado. Le relucían los ojos y charlaba hasta por los codos. Se sentía en su elemento ahora. Era el príncipe, el heredero del trono, el príncipe Aloisio Gramondie... ¡no un niño llorón tonto con el pelo demasiado largo!

—¡Aquí está tía Allie! —exclamó Lucy de pronto.

Dejó caer la servilleta y voló al otro lado del comedor, sin pensar en nada más que en dar la bienvenida a la persona a quien tanto quería.

—¡Tía Allie! ¡Ha venido!

A la señora Cunningham la estaban introduciendo en la sala dos sirvientes que habían cantado su nombre. Bill acudió en seguida a ella, y Dolly, Jorge y Jack se unieron a Lucy en su carrera a través del cuarto. ¡Aquello era lo único que les había faltado para que la ocasión fuese perfecta!

A Bill le relucían los ojos cuando condujo a su esposa a presencia del rey para presentársela. Se había reservado un puesto para ella a su otro lado, porque habían estado esperando el avión durante la última media hora. Tía Allie se sentía un poco aturdida, porque, naturalmente, ella no conocía más que la mitad de la historia.

Gussy aguardó a que los demás se hubiesen hartado de colmarla de atenciones, mimos y agasajos, y se acercó él entonces. Ella le tendió una mano, y el niño se inclinó y la besó cortésmente, igual que hiciera momentos antes su tío. Sin saber por qué, aquello parecía muy bien hecho y en su punto en Tauri-Hessia, y a ninguno de los niños se le ocurrió siquiera reír.

Después de la comida, los niños fueron a recorrer el palacio.

—¡Caramba! ¡Qué suerte tienes con poder pasarte el resto de las vacaciones aquí, Gussy! —exclamó Jack—. Es un sitio maravilloso. Y no es que me gustaría a mí vivir aquí, claro... pero, pasarse aquí unas semanas como podrás hacerlo tú..., ¡qué suerte tienes!

—Te echaremos de menos, Gussy —dijo Lucy—. Supongo que nos marcharemos mañana o así. Siento una barbaridad que haya terminado ya esta aventura.

—Pero es que no ha terminado —anunció Gussy, con el rostro radiante—. ¡No ha terminado! Le he pedido a mi tío que me permita teneros aquí como invitados. ¿Os

quedaréis? ¿O no me queréis lo suficiente para eso? ¡Me habéis hecho rabiarse tantas veces... como cuando me sangraba el dedo...!

—Oh, Gussy, el que hagamos rabiarse a la gente no quiere decir que no la queramos —exclamó Lucy—. ¿Dices en serio que tu tío quiere que nos quedemos? ¿Todos? Yo no quiero quedarme si no están Bill y tía Allie.

—Todos vosotros —aseguró Gussy, radiante otra vez—. «Kiki» y «Dormilón» también. Pero no Pedro y los otros, porque dicen que han de volver al circo. Así, pues, ¿os quedaréis conmigo hasta que volvamos al colegio juntos?

—Nos encantaría —aseguró Jack—. No me irá mal un par de semanas en palacio. Me llevaré unas cuantas fotos para enseñarlas en el colegio. ¡Creerán que les estoy contando un cuento de hadas, si no!

Pedro, mamá, Toni y Bingo se despidieron de los cinco niños aquella tarde. Seguían con la suntuosa vestimenta puesta.

—Nos han dicho que podemos quedarnos con esta ropa —anunció Pedro, riendo—. ¡El pisto que me voy a dar cuando entre en la pista a ayudar a Toni y Bingo a colocar los alambres y los trapecios! ¡El Grande e inmarcesible Pedro el Magnífico!

Hizo una reverencia tan profunda, que casi tocó el suelo con la frente.

Mamá le dio una resonante palmada.

—¡Pedro! ¡Le pelarás las patatas a tu madre esta noche! —dijo.

Y rió ruidosamente. «Kiki» la imitó, haciéndola reír aún más.

Los niños lo sintieron cuando se marcharon los del circo. ¡Habían sido tan buenos amigos!

—¡Ojalá volvamos a verles algún día otra vez! —exclamó Lucy—. Me han sido muy simpáticos todos.

—¿Vendréis ahora a mi tío y le diréis que os quedáis, por favor? —suplicó Gussy, que parecía temer que cambiasen de opinión—. Y tengo que pedirle yo algo. Tenéis que ayudarme a hacerlo.

Les arrastró hacia la habitación de su tío. Todos hicieron una cortés reverencia.

—Bien, Aloisio —dijo el rey, bailándole la risa en los ojos—. ¿Has conseguido persuadir a tus amigos a que te aguanten y se queden durante lo que les queda de vacaciones?

—Se quedarán —anunció Gussy—. Y, Majestad, tengo otra cosa que pedir... que «suplicar». Estos niños os dirán que es muy importante. ¿La concederéis, señor?

—Es posible, puesto que me siento bien inclinado hacia ti en estos instantes —respondió el soberano—. Pero dime primero de qué se trata.

—De mi cabello —dijo Gussy—. Lo quiero corto... como el de Jorge y el de Jack. No quiero parecer una niña. ¡«No quiero»!

—No es de ley que lo lloves corto, Luis —le contestó su tío—, pero comprendo tus sentimientos. Los míos fueron aproximadamente los mismos cuando, siendo príncipe, fui a Inglaterra al colegio. Está bien... ¡se te dejará corto el pelo!

El rostro de Gussy era todo un poema. Ninguna cosa del mundo le hubiese

causado mayor contento.

—Iré mañana —anunció—. Iré mañana a las siete de la mañana. ¡Ah! ¡Será tan corto, que jamás una cinta se volverá en él a poner!

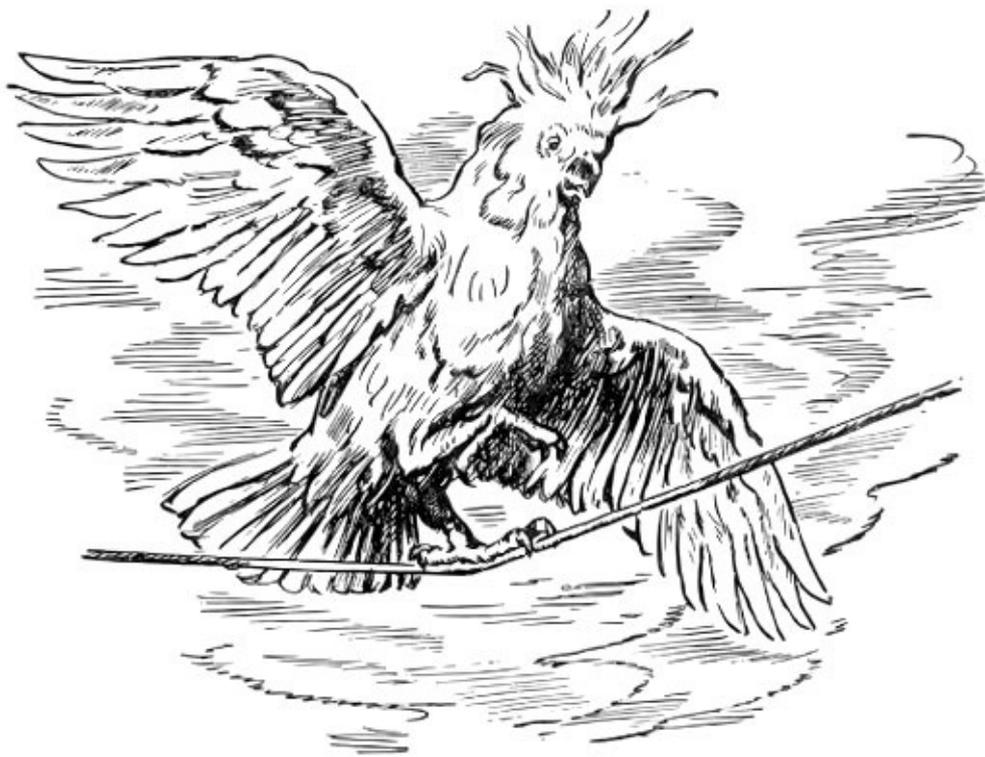
—Gracias por pedirnos que nos quedemos, Majestad —dijo Jack, hablando en nombre de todos—. Disfrutaremos mucho y estamos la mar de satisfechos de que Gustavo quiera que nos quedemos.

—¡Gustavín-berrenchín! —exclamó «Kiki» con inoportunidad manifiesta—. ¡Gustavín-berrenchín! ¡Majestad, Majestad, Majestad! ¡Llama al médico, suénate la nariz!

—¡«Kiki»! —gritó Jack, escandalizado.

El loro miró al rey, irguió la cresta todo lo que pudo e hizo una leve reverencia.

—¡Majestad! —dijo—. ¡Dios salve al Rey!





ENID BLYTON (1897-1968). Nació en Dulwich, localidad al sur de Londres, Inglaterra. Tuvo dos hermanos. Sin duda ha sido la autora de libros infantiles y juveniles mas leída del mundo entero.

Desde pequeña le gustaba mucho leer. Entre sus libros favoritos se cuentan Alicia en el país de las maravillas y Alicia a través del espejo de Lewis Carroll. Leía todos los libros de cuentos y leyendas que caían es sus manos. Según nos cuenta ella misma en un libro sobre su vida, se leyó dos veces de cabo a rabo una enciclopedia infantil que la animó a leer más y más. Y también le gustaba la poesía.

Después de iniciarse en los estudios de medicina, los abandonó para estudiar magisterio movida por una fuerte inclinación hacia la juventud. Cuando era maestra lo que más le gustaba era explicar cuentos.

En 1924 se casó y tuvo dos hijas, Gillian e Imogen. Aunque tanto Gillian como Imogen ya son mayores, todavía recuerdan como su madre escribía una historia detrás de otra con la máquina de escribir encima de sus rodillas; en el jardín cuando el tiempo era bueno y junto al fuego durante el invierno.

La casa donde vivió con su familia se llamaba Green Hedges, que significa Setos Verdes y tenía un precioso jardín, no muy grande, pero que rodeaba la casa. Habían allí muchas flores, abetos, un viejo avellano y otros árboles. También tenía un estanque con peces dorados. A Enid Blyton, como a la mayoría de los ingleses le encantaba cuidar de su jardín.

Le gustaban mucho los animales. Cuando era pequeña sus padres no la dejaban tener animales en casa, pero cuando fue mayor y tuvo su casa y su jardín, tuvo toda clase de animales: perros, muchos gatos, peces que la conocían y venían a comer de su mano, y erizos. A lo largo de su vida tuvo varios perros: Dos fox terrier llamados Bobs y Topsi, y dos perritas cocker spaniel, la primera se llamaba Lassie y la segunda Laddie. No los tuvo todos a la vez, claro sino de uno en uno, pues desgraciadamente la vida de los perros es mas corta que la de las personas.

Desde pequeña, Enid Blyton quiso ser escritora y empezó a escribir muy pronto, y nunca dejó de hacerlo, pero tuvieron que pasar muchos años antes de que pudiera publicar su primer libro. Escribió unas setecientas obras llenas de acción y suspense entre los años 1915 y 1968. Sólo en los diez últimos años se vendieron en el mundo más de cien millones de ejemplares de sus libros. Enid Blyton es su verdadero nombre y la reproducción de su firma aparece en muchos de sus libros.